



## EL NUEVO RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

EN substitución del doctor Carracido ha sido nombrado por el Gobierno Rector de la Universidad Central D. Luis Bermejo, catedrático de Química Orgánica en dicho centro. El Sr. Bermejo es uno de los catedráticos más jóvenes y modernos de nuestra Universidad, donde hace cuatro años que explica su cátedra,

conseguida por oposición. En Valencia, apenas salido de las aulas, obtuvo por oposición la cátedra de Química de la Facultad de Ciencias. Demostró en ella tan gran saber y tan concienzuda preparación para la enseñanza, que fué nombrado vicerrector de la Universidad valenciana cuando aún hacía poco tiempo que formaba parte

del Claustro. Al pasar luego á la Universidad Central, sus compañeros de Valencia le tributaron un cordialísimo homenaje. El doctor Bermejo llega al rectorado lleno de fervores y de entusiasmos en pro de la vida universitaria.

(Fot. Padró)



Vista general de Vallecas, tomada desde la plaza de Mariano de Cavia

(Fot. Cortés)

## LA CINTURA DE MADRID

### UN DIABÓLICO VIAJANTE

ESTE atroyuelo de las Moreras, que lame los cimientos de unas docenas de casuchas chatas y raquíticas—en el bullicioso Puente de Vallecas—, corre por una hoya ú hondonada llena de lodo, de latas viejas y desperdicios caseros. Como muchas vidas, el manantial de donde sale esta linfa será claro y transparente; pero lo ensucia el camino. Este agua, achocolatada y espesa, está enferma. La adelfa no se mira en esta lámina, ni el junco se dobla cortésano á su paso, ni el recental alarga su cuello para sacar lleno el befo de los blancos hilos.

No salta el arroyo por las quebradas peñas, ni busca el remanso para servir de espejo á las ninfas. De sus orillas han huído las castas y limpias musas asustadas por el mal olor, y el turbio y malsano cauce no aguarda la canción ni la letrilla, que lo inmortalice, sino la carretada de tierra que lo tipe. En sus charcos, ó remansos fétidos, no aguza ó lava el pico el volandero pajarillo, pero sí vuela, ó se posa en sus orillas el dramático y diabólico mosquito, anofele, este viajante de las palúdicas que carga su maleta en la tenebrosa charca, mientras á su vera, el

garapito, golfillo de las aguas estancadas, nada de espaldas, se desliza y hace ejercicios de acrobacia sobre el légamo.

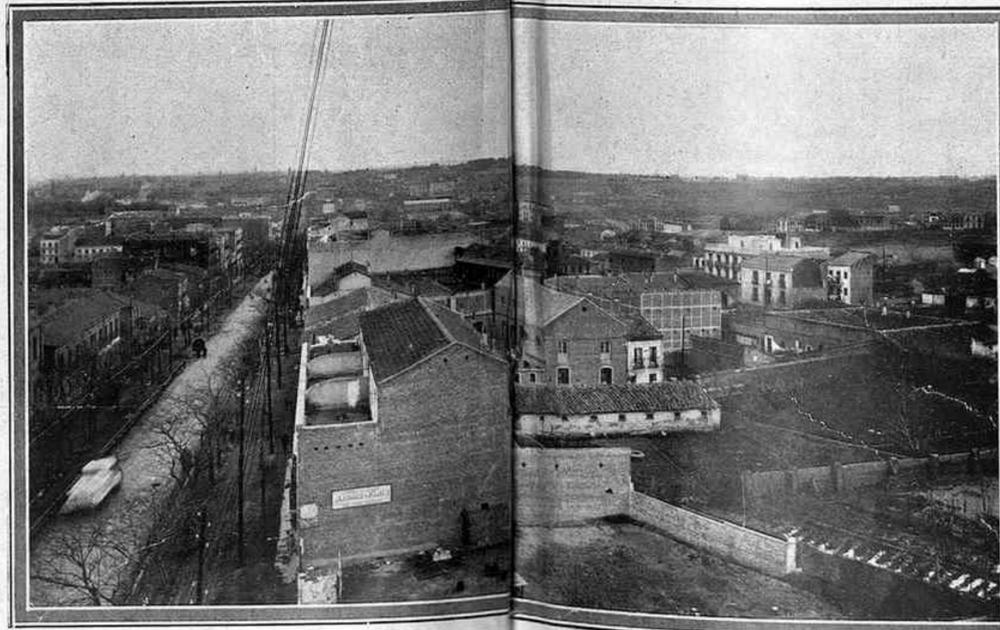
Y junto á este peligroso arroyuelo se levantan achacosas un montón de casitas de paredes torcidas, de techos hundidos, ó ladeados como gorriillas de truhanes. De las cuerdas penden blancos trapos, como banderas de paz, y los chiquillos, del color del barro, juegan en el lodo.

Un palo larguísimo, de punta aguda, como frámea de bárbaro, sostiene un alambre de donde cuelgan, como despojos de batalla, zamarras, batas, zapatos y calzones. Alguna ventanita en calada, semeja el ojo blanco de un payaso, y otra rota y hundida parece que ha recibido el puñetazo de Uzcudun.

Y el arroyo tenebroso y malsano, cuya historia no hay que buscarla en las antologías poéticas, sino en los libros de Medicina, riega el ambiente de peligrosas miasmas y devuelve á los hombres lo que toma de los hombres.

### LA BATALLA ENTRE EL ARRABAL Y LA CORTE

El Puente de Vallecas, con sus muchedumbres proletarias, su griterío ensordecedor y su loco



## El Puente de Vallecas y sus 60.000 vecinos

trajin, es un prisionero de la gran urbe. Madrid se lo traga. Desde sus calles sucias y enlodadas, se ve con pavor cómo avanza la ciudad insaciable. Los altos edificios madrileños son los centinelas que miran con los miles de ojos de sus ventanas al bullicioso arrabal. Ya le ha tirado una gañafada, y con el largo tentáculo del Pacífico ha agarrado las hileras de casas vallecanas de techumbres de lata, pequeñas y bajas, como viviendas de gnomos. Por un costado el pueblo gime apretado por los negros cobertizos de la estación del Mediodía, y por otro, avanzan los verdaderos de tierras, que sacan y traen de las entrañas de Madrid, cientos de carros que van dejando, poco á poco, hueca la urbe.

Desde un altozano se ve la batalla entre el arrabal y la Corte. Un hormiguero humano baja por María Cristina ó el Pacífico, y en los días soleados la muchedumbre va envuelta en cegadoras tolvaneras, y en las mañanas grises y lloviznas se hunde en el lodo espeso de los barrizales. El trazado de las calles del Puente de Vallecas parece hecho por un arquitecto beodo. Se ha edificado aquí y allá de una forma anár-

quica y arbitraria. Las casas se estorban ó se empujan como las ideas en la cabeza de un loco. El pueblo, desde lo alto de una azotea, parece un baile gañanesco ó una burga sin maestro. Y junto á las casas, las babazas del agua enjabonada buscan su cauce, en la honda cicatriz hecha en el lodo por la dura rueda de un carro.

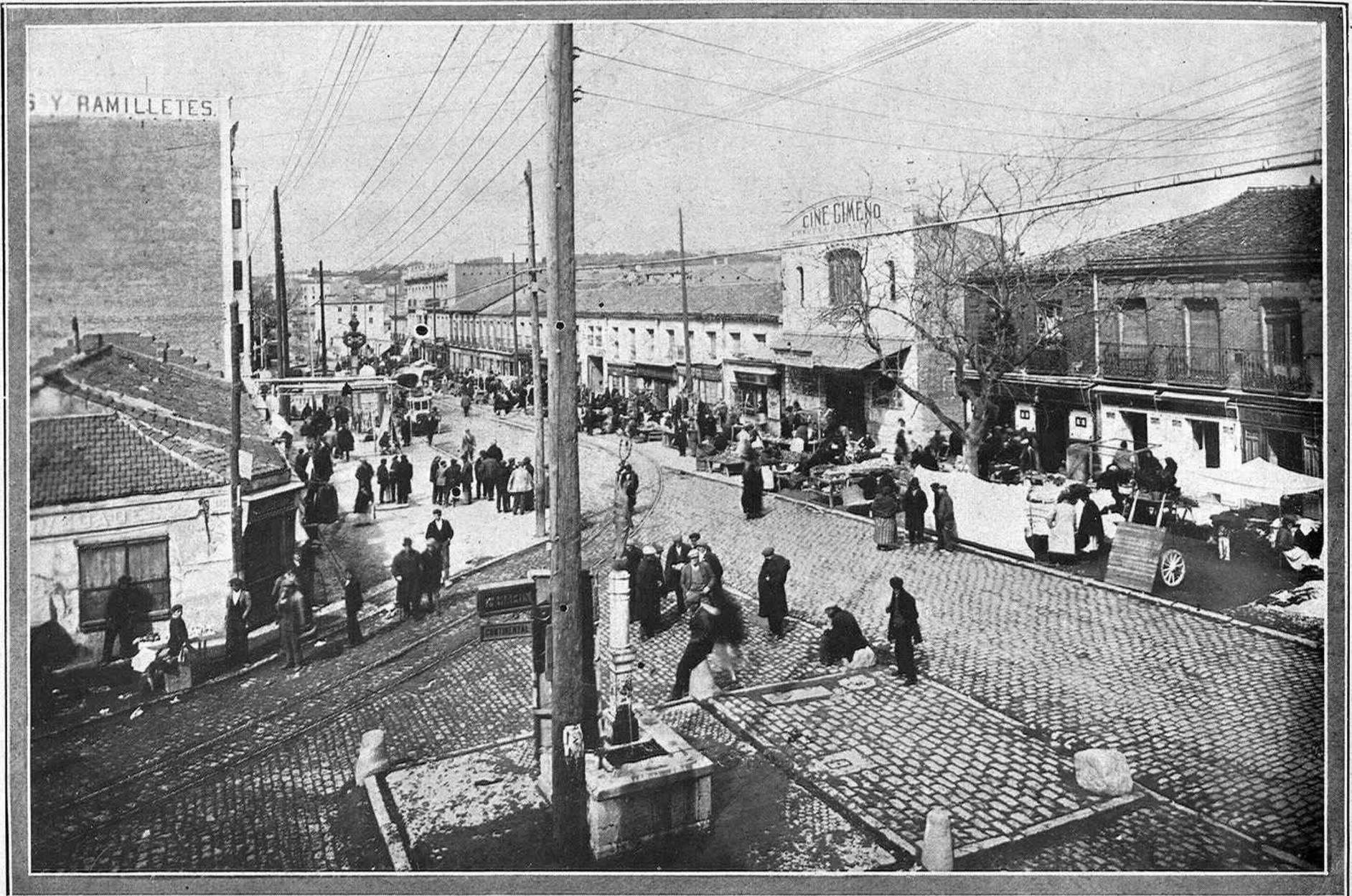
LAS GRANDES OBRAS DE URBANIZACIÓN. LO QUE DICE EL ALCALDE. UN MERCADO, TRES GRUPOS ESCOLARES, UNA RED DE ALCANTARILLADO Y LA PAVIMENTACIÓN DE LAS GRANDES VÍAS

Madrid, como un baturro tozudo, se ha liado á la cintura la faja de estos pueblos. La ciudad despierta y se despereza agarrando entre sus dedos los arrabales. El Puente de Vallecas lucha por desasirse de la voracidad de su vecino, y se siente fuerte y ariscado. Junto á las chavolas de cajones y adobes se alzan ya grandes pirámides de ladrillo que retan á desafío á los «rascacielos» ciudadanos; y á la vera de las chimeneas de lata, largas y estrechas como sombrero de gazona, alargan su redondo tubo las altas chimeneas de las fábricas que escupen al cielo chisquetazos de negro y espeso humo.

Aspecto de una barriada del Puente de Vallecas. Al fondo, Madrid

(Fot. Cortés)





Carretera de Valencia, calle central de Vallecas, en donde se establece el mercado al aire libre

(Fot. Cortés)

Hemos dejado el ombligo de la urbe. Allí queda el chismorreo estólido, la mentira falaz, la hipócrita y ladina añagaza, el gesto ciudadano adobado de falsas insinuaciones y la zancadilla proterva. Aquí podrá uno llevarse el calcañar lleno de lodo, pero el espíritu es más libre.

Estos pueblos cercanos á Madrid se nutren de la savia de la gran ciudad, y á ella deben su grandeza y servidumbre. El Puente de Vallecas quiere remozarse, limpiarse y engrandecerse. Unos cientos de obreros afilan las piquetas, acarrean adoquines y apilan grandes losas. Hemos buscado al alcalde, D. Adolfo Salazar León. Lo hemos encontrado detrás del mostrador de una tienda de tejidos. Al lado de una pieza de cretona, una vara de medir y un puñado de facturas hemos tomado estos datos:

ALCALDE.—Sí, señor. Vamos á hacer obras de una gran importancia. Es necesario, imprescindible. El Ayuntamiento construirá un nuevo Matadero, tres grupos escolares magníficos, donde puedan educarse á todos los niños vallecános, un nuevo mercado de abastos y una red de alcantarillado.

PERIODISTA.—¿A cuánto ascenderán las obras proyectadas?

ALCALDE.—A dos millones de pesetas. Este dinero saldrá de un empréstito con el Banco del Crédito Local.

PERIODISTA.—¿Cuánto costarán los grupos escolares?

ALCALDE.—Los dos grupos escolares de primer orden costarán 125.000 pesetas cada uno; y el otro, de menor cuantía, que se construirá en el barrio del Picazo, 50.000 pesetas.

PERIODISTA.—Dígame, señor alcalde: ¿hay

muchos niños en Vallecas que no tienen escuelas?

ALCALDE (*una ligerísima pausa*).—Pocos. Ahora tenemos muchos colegios particulares que subvenciona el Ayuntamiento.

PERIODISTA.—¿A cuánto alcanzará el coste del Matadero?

ALCALDE.—A 600.000 pesetas. Irá emplazado

en la plaza de San Isidro, y estará dotado de todos los elementos de higiene que exigen estas edificaciones. (*Sonríe levemente y dice con cierto dejo de vanagloria:*) Yo quiero que sea tan importante como los mejores de Madrid. ¿Ha visto usted la calle que sirve ahora de mercado? Los puestos de verduras, de frutas, de carne, etcétera, están envueltos en el polvo que levantan los cientos de carromatos y vehículos que pasan por esa arteria. Ya comprenderá la necesidad, ¿qué digo la necesidad?, la urgencia de ese mercado.

PERIODISTA.—¿Y la urbanización de las calles? Acabo, señor alcalde, de andar el pueblo de punta á punta. He pasado por el arroyo de las Moreras, ese riachuelo mefítico, abominable, que envenena á los que viven á su lado:

ALCALDE.—¿Y no ha visto usted el del Oivar?

PERIODISTA.—No, señor.

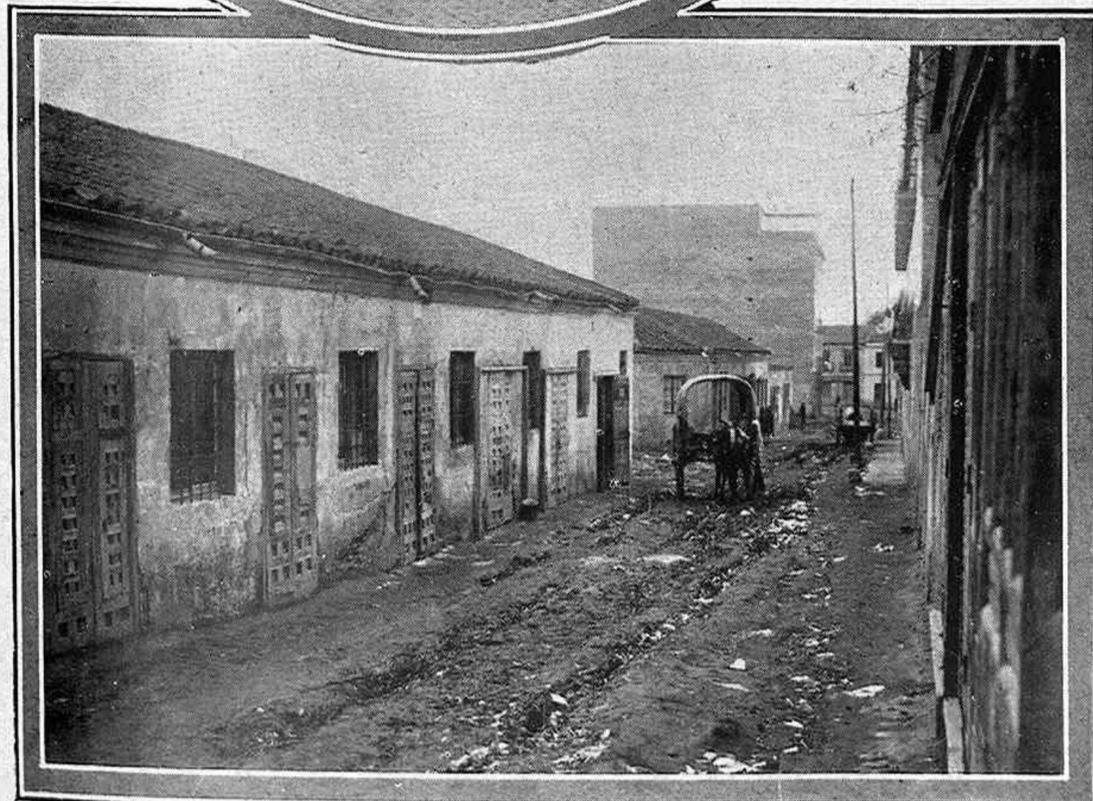
ALCALDE.—Pues es peor que el de las Moreras. Esos dos arroyos, que están descubiertos, los cogerá la nue-



Una bella vallscana cogiendo agua en la fuente  
(Fot. Cortés)



El arroyo Abroñigal, en Vallecas



Calles de Vallecas perfectamente intrasitables y faltas de toda condición higiénica. En el círculo, una casa moderna, en la carretera de Valencia.

(Fots. Cortés)

va red de alcantarillado, y allí haremos dos grandes y hermosos bulevares. Así desaparecerá ese peligro para la salud pública.

PERIODISTA.—¿Cuántos habitantes tiene actualmente el Puente de Vallecas?

ALCALDE.—Unos sesenta mil. Aquí viven más de 20.000 obreros y empleados que trabajan y tienen sus ocupaciones en Madrid.

PERIODISTA.—¿Cuántos habitantes tenía el año 1912?

ALCALDE.—Treinta mil almas.

PERIODISTA.—¿Qué ingresos tiene en la actualidad este Ayuntamiento?

ALCALDE.—Un millón quinientas mil pesetas. Antes, hace tres ó cuatro años, sólo tenía 400.000 pesetas de ingreso. Y todavía podían aumentarse más los ingresos actuales; pero no conviene apretar mucho. Hoy, aquí pagamos todos. Yo el primero.

PERIODISTA.—¿Liquida el Ayuntamiento sus presupuestos con superávit ó con déficit?

ALCALDE.—Con superávit. El año pasado, después de pagarlo todo, sobraron 280.000 pesetas.

PERIODISTA.—¿Se edifica mucho?

ALCALDE.—Bastante. Todas las semanas, en la sesión, nos encontramos un montón de instancias para construir.

PERIODISTA.—¿Hay aquí muchas enfermedades ó epidemias?

ALCALDE (*rápido y sonriente*).—¡No, señor! Será que Dios nos cría más fuertes ó más duros para soportarlo todo; pero, aunque usted se asombre, aquí tenemos menos enfermos, en comparación, naturalmente, que Madrid. ¡Ah! Otro de mis deseos más vehementes es traer directamente al pueblo el agua del Canal de Isabel II. Ahora bebemos el agua del Canalillo, que es algo impura por estar descubierto su cauce.

PERIODISTA.—¿Empezarán pronto las obras?

ALCALDE.—En seguida. Ya están aprobadas por la Superioridad. Y aparte de su urgencia, como le he dicho, es que estos trabajos darán empleo á las manos de trescientos hombres que hay parados en el pueblo.

(Llega una mujer de traza pueblerina, de limpio atavío, bajita y gordezuela. Se planea de no sé qué cuita doméstica. El alcalde, serio, dice que hablará con el marido de ella. Da un recado al alguacil.)

PERIODISTA.—¡Pobre mujer!

ALCALDE.—A mí acuden para todo. Yo tengo que arreglar los asuntos familiares. Si el marido ha pegado á su mujer, la mujer busca apoyo en mí; si una chiquilla sale traviesa y casquivana, el padre acude á mí; si hay dimes y diretes entre dos vecinos de la barriada, á mí apelan. Así estoy desde las ocho de la mañana á las ocho de la noche. ¡Señor!...

JULIO ROMANO

# VIDA MUNDANA UNA FIESTA INFANTIL EN LA EMBAJADA DE CUBA



El pasado domingo de Piñata se celebró, en la nueva y suntuosa residencia de la Embajada de Cuba, una simpática fiesta infantil, á la que concurrieron los niños de la aristocracia madrileña, invitados por el hijo de los señores de García Kchly, Carlitos García Kchly y Fernández. El baile de disfraces constituyó una encantadora diversión para los pequeños, agasajados por el Embajador de Cuba y por su bella esposa como ellos saben hacerlo (Fots. Vidal)



Un aspecto de la Exposición Tuset, en la Casa de Nancy, de Madrid

**H**AY palabras á las que el mal empleo y torpe uso de la gente, como el mal trato y la suerte adversa á muchas personas, amortigua y desvirtúa. Palabras destinadas á expresar cualidades diferentes á la condición vulgar, capaces de definir cuanto significa finura de carácter, dotes singulares, verdadera nobleza de espíritu, y que, sin embargo, ayudan la no recta intención de quien las dice ó no responden á lo que de ellas se esperaba en otro tiempo.

Son, por ejemplo, los vocablos *distinguido* y *discreto*, que, á juicio de quienes los estiman en su justo valor, gustaría de verlos aplicados siempre á su actitud social y á su comportamiento ético y estético. Distinguidos y discretos se nombra, por el contrario, a los que, en nuestros días del elogio caótico, el diti-rambo desenfrenado y la adulación simuladamente admirativa, son propiamente tales, pero en el sentido harto diferente de lo que el vulgacho gregario supone.

Conviene, pues, ahora que el mundo es botín de indiscretos, impertinentes, ordinarios, autorreclamistas, restablecer á su categoría exacta á los que se destacan por lo contrario, á los espontáneos tributarios de la pertinente discreción, de la ponderada modestia y la señorial conducta.

Viene todo ello á oportunidad



Cuadro de Tuset, que ha figurado en la Exposición celebrada en el Salón Nancy (Fots. Morenó)

de la Exposición Tuset, en el Salón Nancy.

Salvador Tuset, ó el artista distinguido y discreto, á la manera graciana, no según el pobre libertinaje del gacetillero. El artista que no vocinglea ni como pintor ni como hombre. Discreto, mesurado, correcto, estimable... Todas esas cosas que la gente teme decir si no quiere desdenar, y que precisamente debiera volver á acostumbrarse á decir cuando alabar quisiera.

De tal modo es así, que los veintitantos lienzos reunidos por Tuset en el Salón Nancy nos sugirieron en seguida la idea de algo muy olvidado por el atruendo del arri-vismo y la parlanchinería cromática de los exhibicionistas.

Tuset es el pintor á quien distingue una finura de concepto y de estilo, un congénito buen gusto que, desgraciadamente, se viene descuidando por los que le conocen ó desconociendo del todo por los que utilizan medios ilegales para la interpretación de la belleza.

El arte de Tuset busca, por encima del sorollismo—y ya hemos dicho repetidas veces que el sorollismo es sólo admirable en Sorolla, nada más, y vituperable en los sorollistas, simples aprovechadores de los rasgos externos de una fórmula—, el contacto con los netos representantes de la escuela

valenciana: Pinazo, Domingo, y asimila los grises, delicados y profundos á un tiempo, de aquellos maestros.

Su valencianía no caracolea ni se barroquiza, ni se infla, ni se congestiona, ni se emperejila. Es una valencianía pura y sobria, entrañable. Valencianía en el concepto alcurnial de una raza esencialmente esteticista, que ha ido asimilando varias influencias étnicas de diversos pobladores de su comarca privilegiada.

Esta señoría de Tuset está no solamente en los cuadros de tema localista, de figuras vestidas á usanza típica ó en retratos de mujeres nacidas rostro al Mediterráneo ó la huerta, sino que impregna y satura los motivos ajenos, esas deliciosas naturalezas en silencio donde tan cabal distinción de gamas y sutileza de matices logra el muy discreto pintor.

Esa señoría de pensamiento y acción que informa el arte de Tuset le lleva incluso á parecer desgano de asuntos, displicente de inventiva; pero si logramos vencer ese prejuicio, nacido de una época en que el jazz y la pedantería enfática han envenenado las más puras fuentes de la sensibilidad moderna, vemos que tales desgana y displicencia no son, en realidad, sino cualidades intrínsecas de aquella señoría espiritual y pictórica. Y descubrimos que los lienzos sencillos y perfectos de composición, las figuras sobriamente concebidas y resueltas están dentro de una trayectoria ideológica plena de serenidad convincente.

Tuset ó la discreta distinción se ha dicho. Tuset ó el buen deleite contemplativo, podríamos añadir. Y de muy pocos pintores contemporáneos puede hacerse este elogio grato al hombre inteligente, y, por fortuna, incomprensible para el envanecido.

•••••

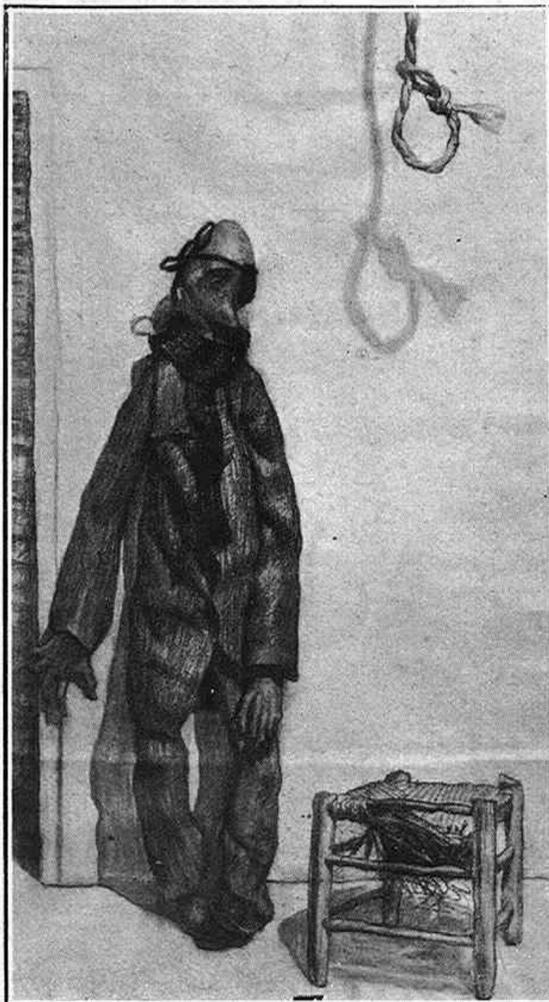
A Salvador Tuset sucedió en Nancy otro valenciano y otro artista como Tuset, excelente en la ponderada aplicación de sus facultades. Pero hartamente distinto en cuanto á la finalidad emotiva de sus creaciones.

Salvador Tuset apacigua. Enrique Climent inquieta. Tuset interpreta la realidad. Climent sacude la fantasía.

También por Climent hay que recabar el derecho de refundición, de reacuñación de un vocablo, demasiado á merced de juicios multitudinarios, para que recobre su pretérito fulgor: humorista.

Climent es el humorista, en la cabal plenitud del concepto. Va su humorismo desde la sátira violenta hasta la amarguísima ternura donde la piedad tiembla como una voz trémula de sollozos.

Ve el artista á la Humanidad y sus pasiones á través de muñecos y luces que él crea previamente y después combina. De aquí surge una de las originales características de su arte. Porque esos muñecos de grotesca ó patética apariencia personal no parecen parodiar la vida en momentos de dolor



«Ultimos momentos», cuadro de Enrique Climent

ó de burla, es que se piensa la viven realmente, con una desgarradora fatalidad en absoluto fraterna á la nuestra los míseros artilugios de nervios, huesos, músculos, á merced de Quien nos agrupa y nos separa al ritmo pendular definido por Schopenhauer.

Enrique Climent crea primero el muñeco; después le tortura ó lo ennoblece. Y cuando descubre que es, en su actitud y en su expresión, la síntesis sarcástica de un dolor ó de una ridiculez, le copia con rara maestría pictórica.

Llegan, por ende, la esencia íntima de este humorismo poderosamente sugeridor, de un modo taimado para los que gustan de la primera impresión; franco, para los que no se conforman con el valor técnico de un arte. Quiero decir que estas sátiras ó esas humoradas de Enrique Climent podrían ser no más de lo que aparentan: admirables notas cromáticas, «cuadritos de género», como se decía antes, enraizados en parte con escolastismos clásicos de buena tradición, y con legítima avidez, por otra parte, de nuevas tendencias hacia el rescate de las condiciones íntegras del color por el color.

Pero además—ó sobre todo, mejor dicho—son lo que al artista inquieta y apasiona que sean: elocuentes y casi feroces imprecaciones plásticas.

A veces—como en el dibujo *Ultimos momentos*, que imagina al suicida por fracaso social en el minuto que precede á subirse al taburete de paja para meter el cuello en el lazo corredizo de una sogá colgada del techo—no precisa incluso la fantasía y magnificencia del color para imantar mucho tiempo las pupilas y el sentimiento; á veces, la pompa cromática, añade—como en *El trio triste*, *El restaurador*, *El hombre del saco*, especialmente—un dramatismo más profundo á la emotividad inicial del asunto.

¡Qué lejos estamos, en medio de estos espejos ustorios del alma humana que devuelven formas de muñecos, de las caricaturas burdas simplemente deformativas, ó de los cuadros sin la cuarta dimensión, la ideológica! Esa equidistancia en que se sitúa Enrique Climent es la que le proporciona la excelencia de su humorismo.

El hecho de no copiar modelos vivos, sino muñecos inertes, á los que presta él la vida peculiar de su cerebro y de su sensibilidad, consolida aquella excelencia.

Y así como el artista voluntariamente se aísla de la muchedumbre y de las preferencias habituales de ella para que estas elucubraciones no se contaminen, la obra del artista cumple idéntico efecto en quien la contempla. Es un aislador que acaba por absorber con el irresistible encanto filosófico-estético del humorismo moderno.

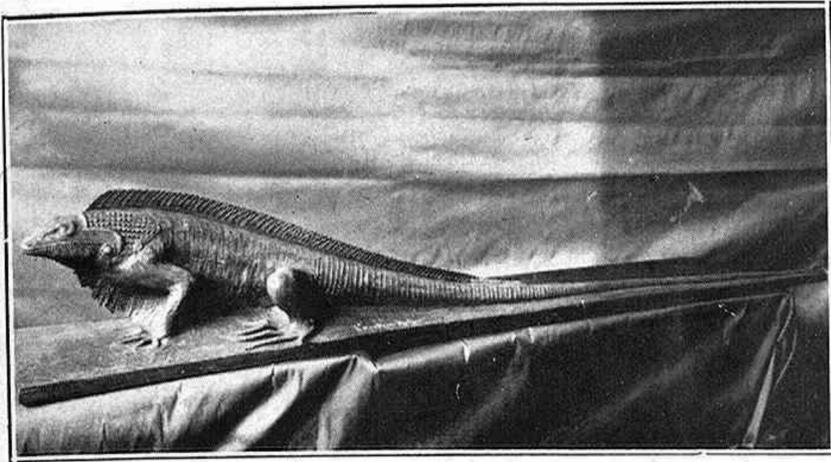
•••••

En la Casa Lizárraga, á pocos pasos de donde expuso por primera vez su audaz desenfado, ha reunido un joven escultor gallego varios tallados en madera.

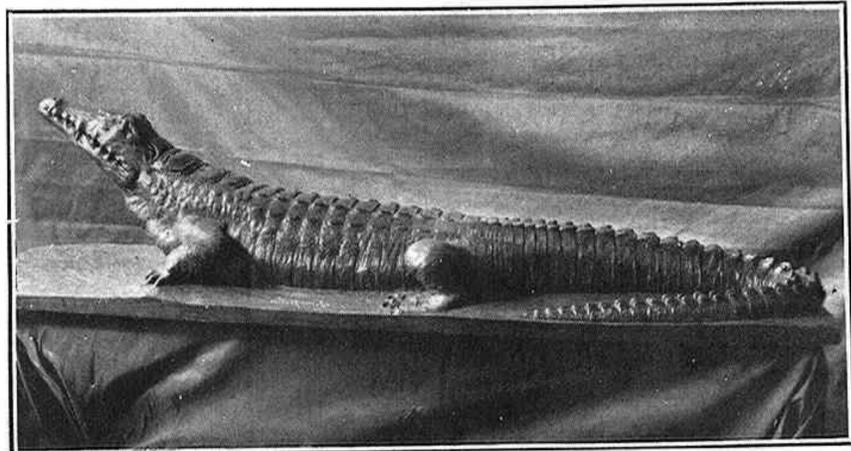
Se recuerda el antecedente de listo



«Trio Triste», cuadro de Enrique Climent



«Iguana común», por F. Vázquez Díaz



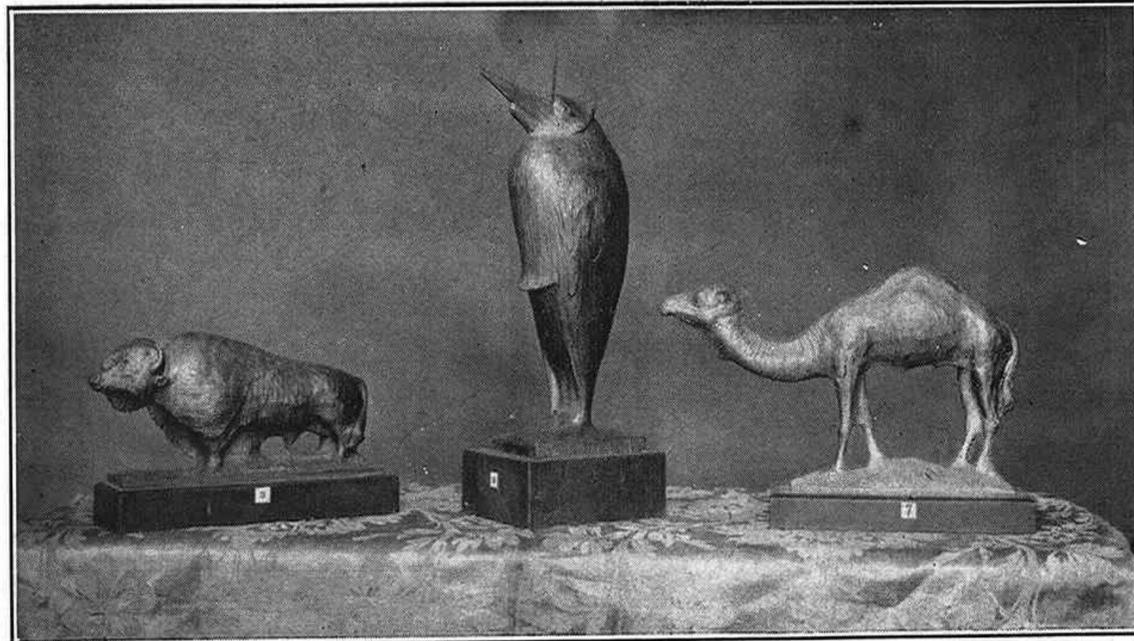
«Cocodrilo del Barco», por F. Vázquez Díaz

porque no daña á la efectividad de meritorio. Primero el escándalo callejero exhibiendo sus esculturas en la escalinata del Congreso, al aire libre y sin aviso previo; después la normal exhibición en un local autorizado y con las invitaciones repartidas el día antes.

Peligroso el juego, á no basarse en seguridad positiva de arte. Porque este mozo arriscado que sabe golpear diestramente sobre leño para arrancar la forma, y sobre el gong del reclamo para atraer la atención, merece nos enteremos de su existencia y del plausible empleo que quiere darla.

Se llama Francisco Vázquez Díaz, es natural de Compostela, y, como dos ilustres antecesores y copaisanos suyos, Francisco Asorey y Santiago Bonome, talla la madera con destreza artística.

¡Curioso injerto este de los nuevos imagineros gallegos—más concretamente, santiagueses—en la renacentista escultura española de hoy! A ellos se deberá el resurgimiento de la talla policromada, que fué una de las mejores características de nuestra plástica en otros siglos. A ellos ese recio y gracioso ejemplario de una raza ex-



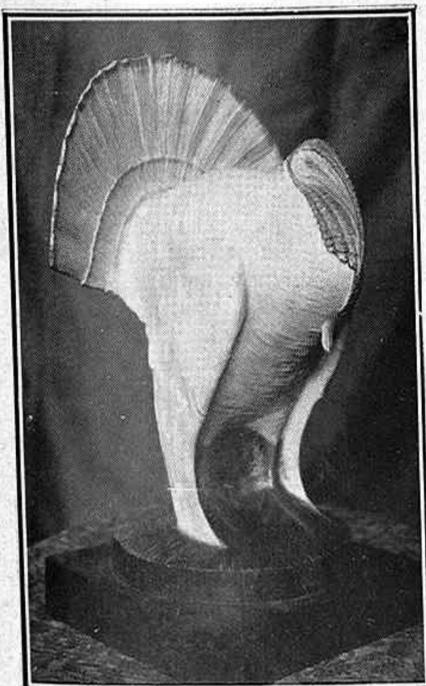
Varias esculturas de Vázquez Díaz

admirable de técnica y de espíritu, digna de figurar en un museo, hasta pequeños relieves de frívolo asunto y ligera factura.

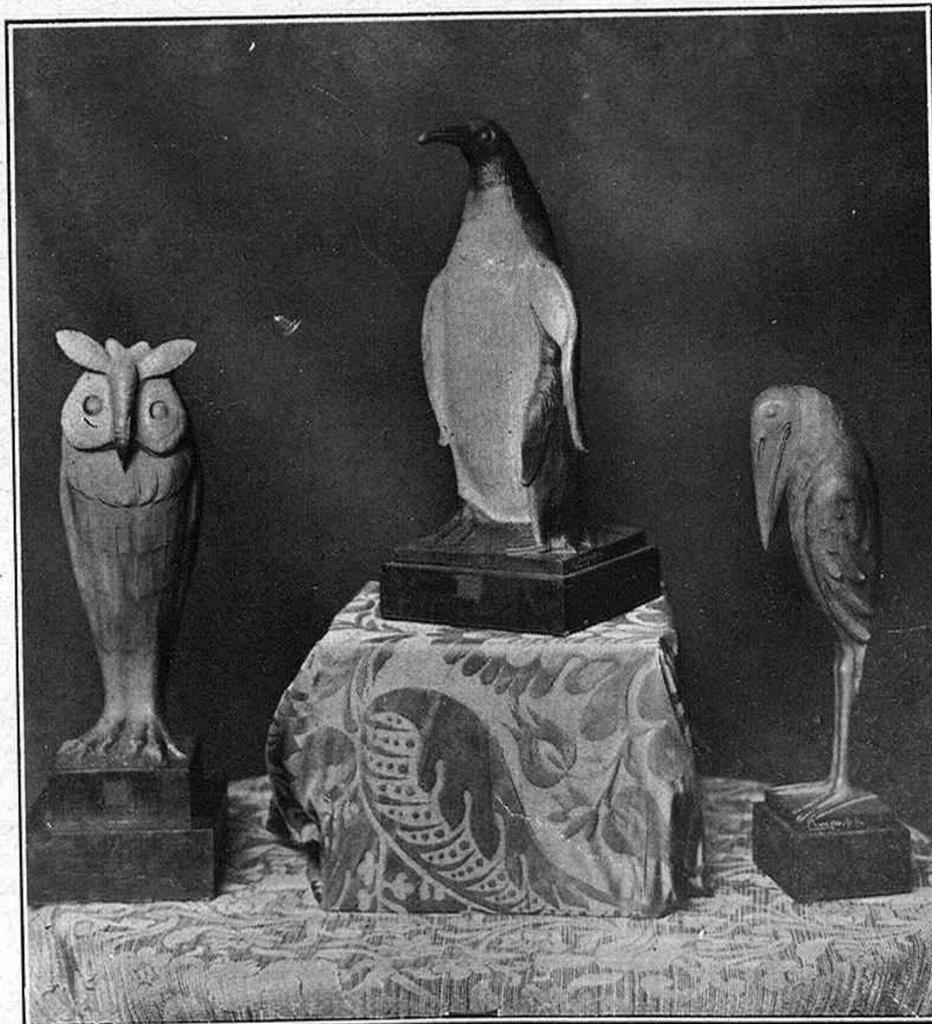
Afortunadamente, estamos en presencia de un prólogo feliz, bien logrado y bien cuajado de promesas. La adolescencia atrevida y sagaz del mozo que lo firma autoriza á esperar lo que vendrá después para mayor gloria de la escultura gallega.

José FRANCES

(Fots. Cortés)



«Pavo común»



Varias obras de F. Vázquez que han figurado en la Exposición de la Casa Lizárraga



«Maternidad»

SUELEN ser coincidentes con la optimista algarabía pascual las obras más mediocres, en los escenarios madrileños cuando menos. Tanto, que había cuajado una graciosa clasificación con el título de «obras de Pascuas», en la que tenía cobijo y fácil acomodo cuanto de mal, de mediocre, de mezquino se producía para el teatro. «Obras de Pascuas» era y es, de cuando en vez, el disparate libre y la chocarrería suelta. Se buscaba la carcajada libre, bruta y estrepitosa, que no la sonrisa fina y comprensiva al socaire de agudo aticismo.

Se diría que tenía que pasar, y pasaba, por los tabladillos escénicos el espíritu ramplón, grosero, de la callejera algarabía multitudinaria. El mismo espíritu detonante, ruidoso y agrio de la horrida lata vacía, del tambor, del pandero, de la zambomba, de la pandereta, del almirez...

¿Rimaba el ambiente y carácter de estos días conmemorativos del natalicio de Cristo con el de los escenarios? Lejos de ellos, las más de las veces, la ingenuidad encantadora, la sencillez pueril, la pura infantilidad, las expresiones simples, la candorosidad, se puede decir que estaba más cerca de las carnavales vocingleras que de los días efusivos, de íntima cordialidad, en que todos sentimos deseos de ser un poco niños y añoramos dulcemente los días más ó menos pretéritos de nuestra infancia.

¿Cómo pudo decaer tan honda, tan gravemente la actuación teatral en los días de Pascuas?

Porque no puede olvidarse que precisamente de las fiestas por Navidad y la Epifanía nacieron los Autos, y más que nada los *Misterios*, que fueron como las piedras angulares del Renacimiento escénico teatral, y en el que colaboró muy eficazmente la Iglesia, que les dió cobijo, prestigio y realce.

El *Misterio de los Reyes Magos*, antes que en la plaza pública, se representó en las catedrales francesas con gran pompa y con el concurso de los sacerdotes.

Fué durante la Edad Media. A partir del siglo x, la actividad teatral, dentro de su pluralismo mezquino, tenía una idéntica singularidad característica en todos los países. Los mismos motivos teatrales y parecidas representaciones del Nacimiento, Pasión y Muerte de Jesús, Adoración de los Pastores y Reyes Magos, Huida á Egipto, etc. Y el mismo lugar de regocijo popular: el templo.

Frente á las farsas impías y á las canciones de los *mimos* errabundos y de los *joculatores*, la Iglesia, intencionadamente, cultivó estas liturgias escénicas, de las que nació el *Misterio* medieval después.

El desplazamiento de los *Misterios* de los templos parece lógico. El drama litúrgico, que en un principio tenía lugar ante el mismo altar, representado por sacerdotes y niños, no carecía de alguna escena humorística, bien meditada—como la cólera de Herodes, disputas de pastores por quién iba antes y más colmado de cosas para ofrecer al

## TEMAS TEATRALES

# De las remotas obras medievales LOS MISTERIOS



Una escena de un «Misterio» de H. Gheon, inspirado en la vida de San Bernardo, representado en el Kingsway Theatre, de Londres, como en la Edad Media

Niño-Dios, etc.—, ó algunas imprevistas por torpeza ó exagerados ademanes de los actores, que produjeron ruidosas algarabías en los fieles, por lo que muchos sacerdotes escrupulosos protestaban de ellas; y esto, unido á la falta de espacio y á la frecuencia de estas representaciones, hizo que se las llevaran por fin á los porches de la iglesia primero, y más lejos después, á los mercados y plazas, y en 1411 á locales cerrados. En París, al menos.

Ahora que el «nuevo» teatro flamenco—que se distingue precisamente por su modernismo y se le considera nada menos que como teatro de vanguardia y de arte—sigue las normas remotas de las representaciones medievales, es grato evocarlas, por si cundiese entre nosotros el ejemplo que ofrece Henri Gheon (escribiendo un *Misterio* á la

manera medieval y á la manera medieval representado en Inglaterra, en el Kingsway Theatre, traducido por sir Barry V. Yackson, y representado por actores tan inteligentes como miss Valerie Taylor y Mr. León M. Lion); y por si, en vista de ello, nuestros actores sintieran también la tentación de llevar á cabo un acontecimiento de arte, de este subido jaez.

En estos días pasados, recientes, el conspicuo crítico francés M. Laplane dió sobre este tema una interesante conferencia en el Instituto Francés, haciendo atinadísimas consideraciones del teatro de M. H. Gheon, cuyo propósito es fundar una literatura dramática realmente popular. Los *Misterios* ya estrenados, «El pobre bajo la escalera», «Los tres milagros de Santa Cecilia», «La pastora en el país de los lobos», señalan las avanzadas de un pujante renacimiento del teatro cristiano popular.

•••••

Las representaciones de los *Misterios* tuvieron una especial modalidad, que apareció en la segunda mitad del siglo xiv, en Holanda y Bélgica. Se llamaron *Moralidades*, y consistían en alegorías y simbolismos de toda clase de vicios, virtudes é ideas, con mayor abundamiento de escenas cómicas. Ya habían aparecido las *empresas gremiales*, que se constituían para venerar un santo ó una reliquia, por voto ó... por negocio, ni más ni menos que hoy. Juan Bouchet (1504) fué un famoso director entonces; Juan Bodel, Claudio Chevalot, Marcadé, y sobre todo Arnaldo Greban, gozaron de gran fama como autores de *Misterios*.

Tomaban parte en ellos, especialmente, eclesiásticos, abogados, palaciegos y gente humilde. Cuando la representación de un *Misterio* era confiada á los gremios, éstos intervenían con arreglo á sus oficios peculiares en la representación y desenvolvimiento del *Misterio*; así, los calafates, por ejemplo, se encargaban de construir el Arca de Noé y tomar parte en la acción que á ella correspondía; los joyeros hacían los papeles de Reyes Magos; los pescadores intervenían en los pasajes del Diluvio, etcétera, y de esta manera acontecía todo.

Hoy suele asombrar á la generalidad escenas numerosas de acoplamiento, compactos grupos de comparsas, coros nutridos, abundantes conjuntos coreográficos, y seguramente ningún escenario presentará el espectáculo de algún *Misterio* medieval, que necesitó de 300 actores expertos, encargados de representar 491 papeles. La indumentaria, con frecuencia henchida de grandes anacronismos, tenía una gran ingenuidad y una riqueza insospechadas. Clámides, casullas, manteos eran de una suntuosidad grandes; y en damascos, oros, terciopelos y sedas envolvíanse aquellos actores incipientes, graves y prosopopéyicos, anunciados á toque de corneta. Los ademanes los tenía graves, y el tono de voz, con cadencias lentas, para dife-

renciarse de la violencia realista de los bufos.

Y ya que aludimos antes á las *Moralidades*, se debe citar, siquiera de pasada, á unos espectáculos de entonces, de índole análoga á los *Misterios*, que surgieron en Alemania de súbito. Las *Fastnachtsspiele*, funciones carnavalescas que lograron pujante desarrollo y atención pública.

La misma ó mayor atención, si cabe, que en Francia y en Alemania tuvieron los *Misterios*, «la sacra representación», en Italia, durante la Edad Media también (si bien la aparición del Humanismo y exaltación pagana hicieron que las alegres fiestas del Renacimiento tuvieran, en cuanto al teatro, un retroceso evidente, á lo que no fué ajeno la aparición, en 1471, de doce comedias inéditas de Plauto, que hizo á los espectadores y comediantes volver la vista al teatro antiguo, de nuevo representado con entusiasmo por Pomponio Leto, en Roma), y en España, donde los dramas religiosos de esta época tenían sus antecedentes en los dramas visigóticos, y también tuvieron acogida en los templos.

Fritz Maurice Kelly entiende que *El Misterio de los tres Reyes Magos* es la piedra angular del teatro español.

Como en todos los países, los *Misterios* se representaron en un principio en el interior de nuestros templos; en el Concilio de Aranda (1473) se dictaron disposiciones que restringían estas representaciones en las iglesias; después fueron á la vía pública, y á los sacerdotes sucedieron en las representaciones, primero, los gremios, y después, los actores. La época de más esplendor en nuestro país fué en los siglos XIV y XV. En Valencia aun persiste la tradición, y no ha muchos años, por San Vicente, se han representado por hospicianos de allí *Misterios* en honor del santo Patrón de Valencia. Gómez Manrique, padre del poeta Jorge, escribió un drama sobre el Nacimiento de Cristo, y Lope de Vega, después, entre autos sacramentales y misterios, compuso cerca de cuatrocientos.

Pero, por ironía del destino, el *Misterio* como el Auto sacramental, que nació y se propagó en la Iglesia y por la Iglesia, acabó á manos de ella, que por medio de cánones fué restándoles prestigio hasta que concluyó por impedir sus representaciones.

De nuevo, frente al anacronismo imperante, á las normas caducas y á las viejas formas escénicas, se alzan en los escenarios extranjeros los *Misterios* y las representaciones á la manera medieval, como suprema expresión de arte y como tendencia más moderna.

Frente al realismo del siglo XIX, estas remotas normas puras, sintéticas, estas expresiones de idealidad y estos romanticismos del Renacimiento.

Pero, ¿será posible?, nos preguntamos. Porque estas generaciones deportistas, sin inquietudes ni anhelos, no tienen educado el espíritu para esta clase de sentimentalismos. Realismo y rudeza, en cambio. Y este ambiente no es para *Misterios*. ¿Habrán decaído tan hondo, tan grave, por tanto, el teatro?

E. ESTEVEZ-ORTEGA

## Martínez Sierra y el teatro de arte

Al margen de un libro y de una temporada

EL teatro, ausente la política, es el medio más eficaz de cultura y de incultura que se conoce. Educa y corrige, alter-



Mr. León M. Lion en una escena del «Misterio» de M. Gheon, inspirado en la vida de San Bernardo



«La Virgen», papel desempeñado por miss Valerie Taylor en un «Misterio», estrenado recientemente en Londres

nativamente. En esta temporada, por ejemplo, nos hemos encontrado con dos ó tres comedias divertidas que han contribuido de un modo maravilloso á estragar el gusto de las gentes honestas, y con dos ó tres producciones de arte que, en medio de la indiferencia general, conquistaron, en buena lid, algún espíritu descarriado. Sin embargo, la balanza se ha inclinado de parte de la insipidez y de la chabacanería. Y esto siempre es un consuelo, porque cuanto más intensamente se manifiesten aquellas virtudes del perfecto cretino, más pronto acabaremos con ellas.

Martínez Sierra me ha enviado su libro *Un teatro de arte*, divinamente editado, primer tomo de las *Ediciones de la Esfinge*. Ese tomo inicial describe, comenta y glosa el teatro fundado por el autor de *Canción de cuna*. Seguirán las apologías del teatro ruso, de las modernidades de vanguardia, etcétera. Realmente, no se puede ofrecer al público una publicación más pulida y substanciosa. Artículos de los mejores escritores; dibujos de los más famosos dibujantes. Manjar de bibliófilo; bella expresión de inquietud, barrunto de resurgimiento en este aplanador barbecho espiritual. Pero hace daño el libro; establece un contraste doloroso. Si hay un hombre en España que, aun no figurando entre los primeros valores del teatro, ha pasado varios años luchando por la dignificación de la escena—dejando aparte ciertas disculpables escaramuzas demasiado frívolas—, componiendo la personalidad de una actriz deliciosa y eligiendo con singular

acierto autores, artistas y hasta espectadores; si le ha bastado á ese hombre realizar un viaje á América con su Compañía, para que el mundo supiese algo de ellas, y ellos sintiesen, por primera vez, la emoción del triunfo, ¿por qué no les hemos ayudado nosotros en la medida de sus esfuerzos? ¿Por qué dejamos que busquen fuera de casa los laureles que aquí utilizamos para engañar miserablemente á todas las medianías?

Son tan necesarios los valores absolutos del teatro, los grandes autores, como esos notables compendios de organización que dominan el sentido de lo bello y poseen curiosos engarces de fina pelrería para cualquier manifestación teatral que las requiera. Jacinto Benavente, escribiendo comedias, y Martínez Sierra, montándolas... ¿Podría pedirse más? Martínez Sierra, que ha triunfado en América, no como autor, sino como conjuntador de una de las Compañías más completas y sorprendentes que circulaban por los teatros españoles, hace falta entre nosotros; ha completado la obra iniciada hace bastantes años por María Guerrero; pero con menos suerte y el más desdichado de los aislamientos.

Por esto digo que el libro me hace daño. En otra ocasión cualquiera tendría una solemne efestividad de gallardete; hoy se presenta en nuestra casa, como esos personajes inoportunos que hablan del último estreno en una noche de velatorio.

Ya sé lo que dirán algunos: «¿Y dónde están los autores para que los selectos como Martínez Sierra tengan, al fin, un teatro en donde predicar y un público á quien dirigirse?» Yo no digo que se llamen *Azorín*, ni López de Haro; acaso no conocemos sus nombres todavía. Pero habiendo llegado antes á nosotros los ambientadores, ¿por qué no hemos de prestarles toda nuestra confianza, inducidos por el deseo de que, al amparo de sus nobles conjuros, aparezcan los hombres

que hayan de forjar el teatro futuro?

El público oye exclamationes todos los días: «¡Qué críticos! ¡Qué cómicos tan malos! ¡Ah! ¡Esos empresarios autores!» Y la verdad es que, diga lo que quiera *Azorín*, disponemos de los críticos más inteligentes y hon-

ha traído la guerra; los merceros de la literatura, que en calidad de empresarios, compran y venden como si estuvieran siempre detrás de un mostrador, y, como autores, cimentan su fama tanto sobre los grandes éxitos falsos, como sobre los grandes



rados del mundo, porque quizá no lleguen á cuatro — hablo de los críticos, no de los revisores de menor cuantía—; pero los cuatro saben perfectamente lo que se hacen, y, en realidad, no son más los periódicos importantes que se publican en la capital; tenemos á cada momento ocasión de aplaudir los mejores conjuntos de Compañías como no los hay en parte alguna; y si alguna vez se ha destacado un empresario-autor, ha sido, como en el caso del señor Martínez Sierra, para marcar orientaciones, para enriquecer el teatro con los poderosos auxiliares del arte y de la originalidad. Seamos un poco más liberales, y no regateemos méritos á quienes bien probados los tienen. El teatro español no está

Tina de Jarque, primera tiple de la Compañía de Velasco, que

en barbecho por sus críticos, que, con las excepciones naturales, han venido bregando, luchando á brazo partido, contra la incultura y la ñoñería; tampoco por sus cómicos, que en vano acechan, entre cajas, la llegada de un nuevo Sigfrido; tampoco por los empresarios autores, al menos como empresarios, como impulsores de temporadas artísticas. Los culpables son otros: los industriales del teatro, los que han embrujado al público aprovechándose del cansancio espiritual que nos

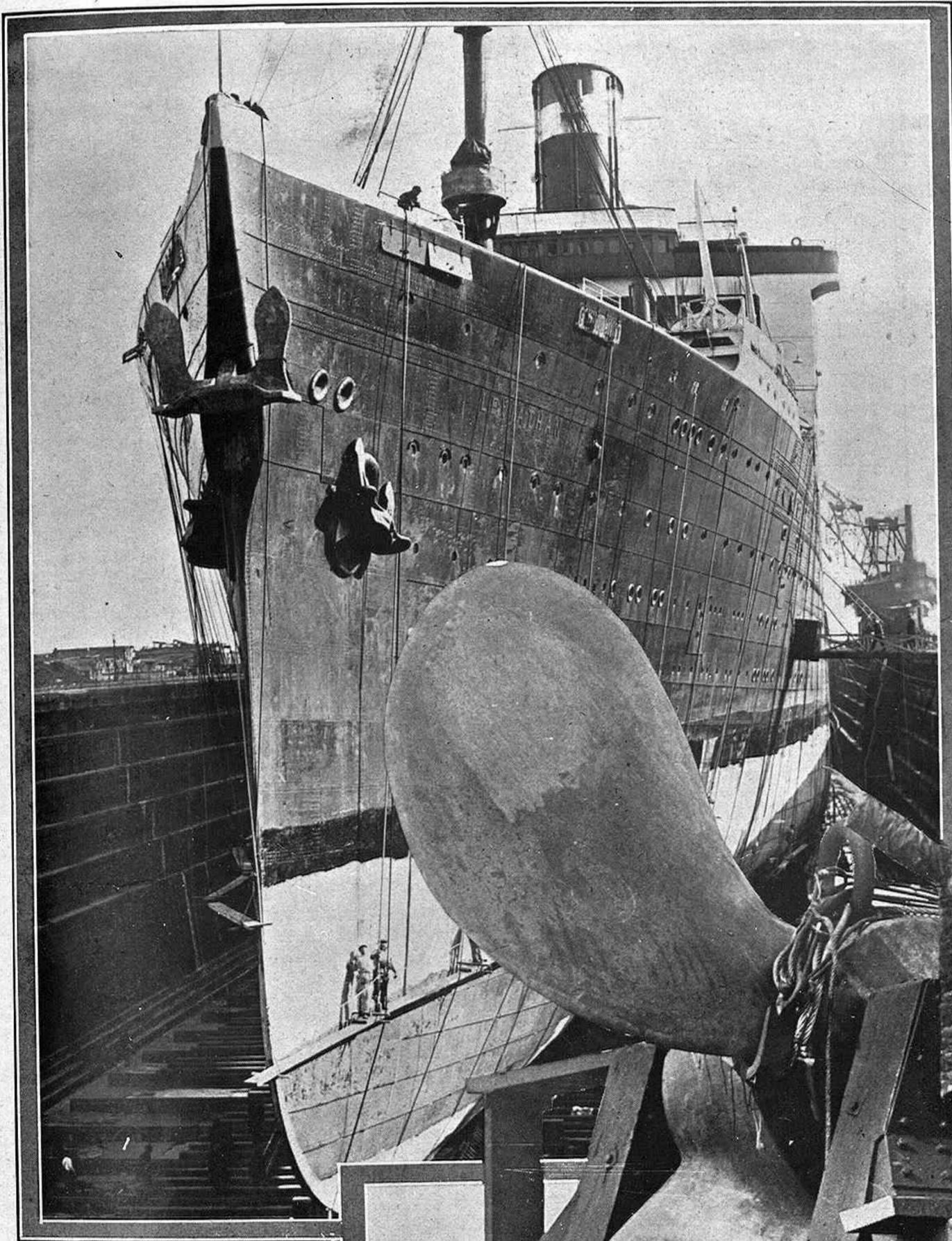
actúa con excelente éxito en el Teatro Nacional de La Habana

fracasos legítimos, que ya es teoría corriente la de que el caso es amontonar elementos de todas clases que unas veces puedan servir de pedestal y otras de barricada. Cuando regrese de América el señor Martínez Sierra es posible que no encuentre ni teatro en donde guarecerse. Lo peor sería que hiciese lo que hizo Vilches en mal día; lo que han hecho otros artistas de su categoría; lo que estuvo á punto de hacer Benavente: quedarse allí para bendecirnos á distancia. Y, después de todo, puede que consultando con los interesados, expongan razones que quizá justifiquen sus decisiones.

ARTURO MORI

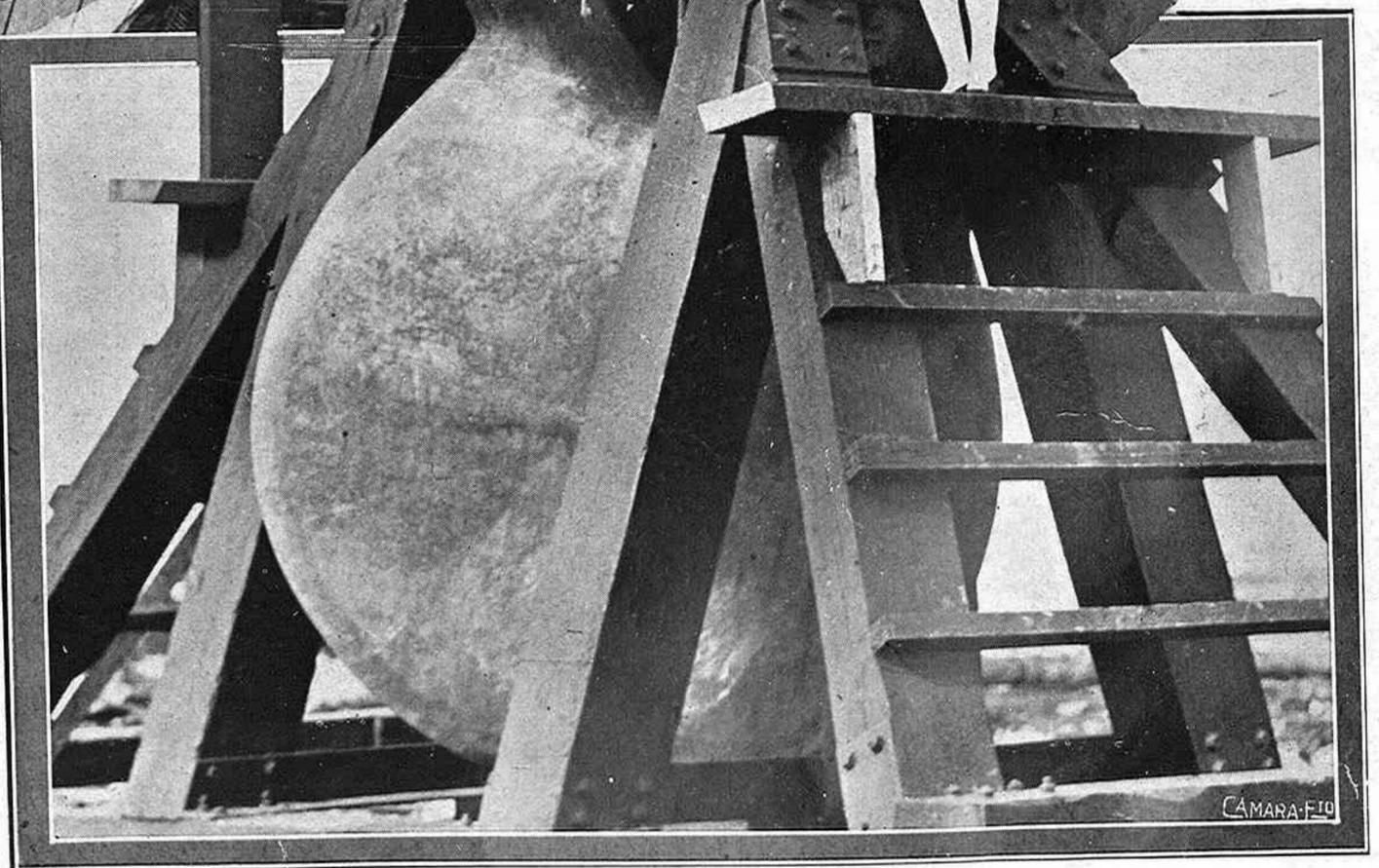
UN GIGANTE  
DE LOS MARES

*El "Leviathan",  
uno de los mayores  
trasatlánticos del mun-  
do, limpiando fondos y  
cambiando sus hélices  
en el dique seco de  
South Boston*



EL «Leviathan», [obra colosal de la ingeniería naval moderna, es uno de los barcos más grandes y más rápidos del mundo. De sus proporciones gigantescas da idea esta fotografía obtenida al quedar la inmensa nave en seco, sobre las calas del dique de South Boston. Las hélices del «Leviathan», de cuatro aspas, hacían vibrar demasiado al trasatlántico y comprometían su duración como máquina útil. Esas hélices han sido substituídas por otras de tres aspas. Junto á una de las nuevas propulsoras aparece Miss Margaret Schuster, para darnos idea del tamaño de dicha hélice que pesa 17 toneladas.

(Fots. Ma.in)



CÁMARA-FIO



## CUENTO

## EL HOMBRE QUE SE ENCONTRÓ UNA CARTERA

A mí sólo me falta una cosa para ser feliz.

—¿Cuál?

—Una cartera.

Y apostillé:

—Llena de billetes de mil pesetas.

Un joven flaco, ahilado, de ojillos de tachuela y nariz de pabilo, al oír las últimas palabras, volvió hacia nosotros la cabeza y sonrió tristemente.

Mi amigo remachó, tozudo, para apagar la malévolta sonrisa del desconocido:

—¡Pero atestada de billetes hasta los topes!

—Perdone usted, caballero—intervino el joven con timidez, acercando su silla á nuestra mesa—. ¿Cree usted que sería dichoso si se encontrara una cartera repleta de billetes?

—¿Quién lo duda!

—¡Yo, caballero!—insistió con energía el intruso.

.....  
Arrimado á nuestra mesa, el joven tomó parte en nuestro banquete verbal. Su aire melancólico y triste, aquella mirada que resbalaba sobre las cosas con desgana, y su declaración franca y noble, captó nuestra simpatía.

—¿Puedo hablar?

Asentimos con la cabeza.

—Yo tenía familia—dijo—: mujer, hijos, tíos y cuñados. Quitando de aquí y arañando de allá, vivíamos, aunque con fatigas. En el fogón ardía siempre la lumbre, y yo vestía con decoro. Un día mi mujer me dijo: «Para que tus pantalones lleguen á Diciembre hay que echarle unos «cuchillos». «¡Ahora, que tanto se habla del desarme!», gemí yo. Y bajo la pesadumbre de las palabras de mi cónyuge salí á la calle. Busqué un sitio solitario en un jardín público, y para distraerme abrí un periódico.

Mis ojos se clavaron como centellas en una titular: «Pérdida de una cartera...»

¡Ay, si me la encontrase yo! Y como en un cuento fantástico, al desviar los ojos del papel veo á mis pies un bulto.

¡La cartera!

Nervioso, anhelante, dándome saltos el corazón, la agarré. Había en su buche billetes de mil, de quinientas y de cien pesetas. Miré á un lado y á otro. Nadie me había visto. La hundí en el bolsillo del gabán, y para despistar silbé una tonadilla. En cada árbol me

parecía ver cientos de ojos fosforescentes y acusadores. A paso vivo huí. De vez en vez palpaba ansioso el tesoro. Me asaltó una duda. ¿Era aquella cartera de la que hablaba el periódico? Busqué la noticia. Leí: «Desde el Banco de España al Reñero se le ha extraviado á D. R. M. de la I. una cartera con diez mil duros.» Y añadía el periodista con encubierto regocijo: «Los billetes pertenecen á tal serie, y desde tal á tal número. El que se haya encontrado la cartera ó la haya robado—pues es posible que sea un robo—no podrá cambiar ni un solo billete, pues caerá en manos de la policía...»

Miré la serie y los números de los billetes. ¡Dios de Dios, aquélla era la cartera!

.....  
—¿Y qué hizo usted?—preguntamos los dos, ansiosos.

—¡Ay, señores! En un instante vi la fortuna y la cárcel. Todo mi afán era, ahora, desprenderme de aquel maldito dinero. Me quemaba la cartera como un hierro candon-



to. Me arrimé á un banco, y después de convencirme de que nadie me veía, dejé allí el dinero. Pero un guardia del parque me llamó:

—Caballero, se le ha caído á usted la cartera.

—¿Dónde?—pregunté, fingiendo sorpresa.

—Junto á aquel banco.

Y el funcionario me entregó el artilugio de piel.

Le di una propina y me guardé los billetes. Me fuí á la Moncloa. Jugaban en un desmonte unos niños. Más allá cuchicheaban unas mujeres. ¡Aquí la dejo!, y decidido la tiré en el césped.

Apreté el paso, satisfocho de haberme quitado de encima aquella carga. A poco se me pegan unas voces:

—¡Oiga, oiga, señor!

—¿Qué pasa?

—¡Ha perdido usted la cartera! Sí, señor, sí; yo he visto cuándo se le cayó—decía un arrapiezo, ofreciéndomela.

Hice la farsa de palparme los bolsillos, abrí mucho los ojos, me guardé la abultada piel y repartí unas cuantas monedas entre los niños. Una mujer me tachó de tacaño y de escaso.

—¡Tío usurero! ¡Lo devuelven una fortuna y paga con unas perras!

Como no podía dar los billetes, la cartera era mi ruina, pues las propinas iban mormando mi escaso peculio.

¡Ah, yo me desprendo de este miserable artefacto de piel sea como sea!, me dije.

Y en vez de la soledad de los paseos y los parques, busqué el riñón de la ciudad. Me

fui á un barrio obrero, populoso, junto á un mercado, de gente pobre. Hervían las calles del arrabal de criaturas. Allí no había más que proletarios, gente necesitada, que luchaba ferozmente por la vida. ¡Aquí no me la devuelven!

Y mientras, distraído, miraba el cartel de un cine, dejé caer al suelo el odioso apatusco. Y apreté el paso, metiéndome entre el jabardillo humano que pululaba en la rúa. De pronto veo que un brazo, como saeta, me señala. Después otro. Los ojos de la multitud, que se encendían como velas de altar, me miraban con curiosidad y respeto. Uno dijo:

—Es de ese señor.

Y alguien gritó:

—¡Caballero, caballero, la cartera!

Corrí como gamo acosado por una jauría de perros. Loco, aturdido, desesperado, tirando puestos de verduras y aplastando gatos, huí calle abajo. Las voces del populacho me seguían como un rabo fatídico:

—¡La carteraaaaaa!

Caí destrozado, jadeante, rendido, en un portal. Me entregaron con cierta solemnidad el trozo de cuero, y yo repartí entre todos los pocos cuartos que me quedaban en el bolsillo. Algunos guiñaron maliciosamente los ojos. Y argüían:

—Debe de ser un señor muy rico. Un pobre no lleva esa cartora.

Llegué á casa con fiebre. Pasé unos miedos terribles, angustiosos. De noche no pegaba ojo; de día andaba como sonámbulo. En mi familia hubo conciliábulos y cabildeos. Ellas dijeron á mi esposa: «En el camino de tu marido se ha cruzado una mujer.» Y los hombres: «Alguna estafa. Ha metido la mano hasta el codo.» Mi mujer se fué con los niños á casa de su madre. Huyeron todos de mi lado. ¡Qué tragedia!

Creí que mi cabeza iba á estallar. Hasta que una madrugada me levanté de la cama, corrí por el pasillo de mi casa como si fuera á cometer un delito, abrí el balcón y tiré á la calle el artilugio.



¡Y subió el sereno con la cartera! Y mi vida es hoy un crial. Triste, roto, vencido, sin familia y sin hogar, he perdido la alegría y la fe en el esfuerzo. Por eso, cuando usted dijo que sería feliz si se encontraba una cartera con billetes, yo lo negué rotundamente.

Y el desconocido se levantó, se llevó la mano al sombrero y se despidió de nosotros: —Buenas tardes, señores.

JULIO ROMANO

(Dibujos de Martínez de León)



## SALOMÉ MODERNA

*Garras de mujer coqueta;  
mañas de mala mujer;  
de la crueldad de tus dientes,  
¿cómo me libentaré?  
Tienes verdes las pupilas  
—verde terrible de mar—;  
tus finos dientes parecen  
de plata en la oscuridad.  
Monstruo divino y diabólico  
con belleza de mujer,  
que el corazón me devoras  
como nueva Salomé.*

*Tu alma es una encrucijada,  
donde acecha la traición;  
sirena negra que hechiza  
desde el fondo con su voz.  
Danzas con tus siete velos  
—los siete pecados son—,  
lucen tus finas uñitas  
sangre de mi corazón.  
Bailas como áspid de lumbre,  
perversa y linda mujer,  
salpicada de mi sangre  
como nueva Salomé.*

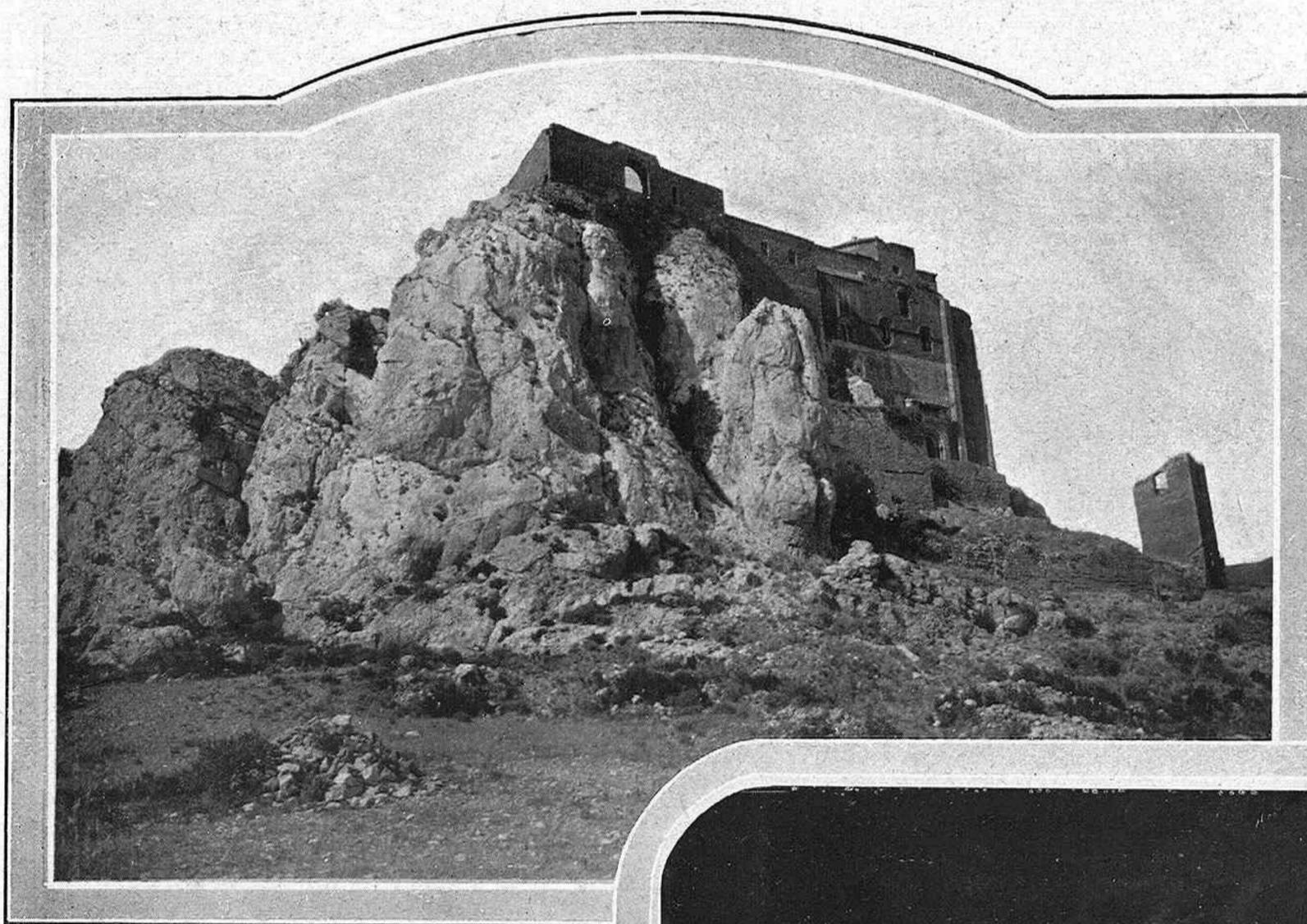
*¿Me quieres ó me detestas?  
¿Quién lo podrá comprender!  
Me emborrachas con tus besos  
para mordirme después.  
Y con tu sonrisa frívola  
sí que danzarías bien,  
con mi cabeza cortada  
por tus manos á cercén.  
Y en mi boca clavarías  
tu dentadura, y después  
besarías las heridas  
como nueva Salomé.*

(Dibujo de Muro)

E. CARRERE

## SANTUARIOS DE LA RAZA

## EL CASTILLO REAL DE LOARRE



Vista general del Castillo

ARAGÓN ha dado al arte español medieval un tipo especial de arquitectura: el castillo-abadía de la región pirenaica. Remontando el valle del Gállego, al fondo de las altas riberas, blanquecinas como fosfatos, alcánzase el estrangulamiento de los «mallos» de Riglos. Un paso brusco, roto de arriba á abajo por el afluente del Ebro, determina el primer contraste de la gran barrera pirenaica. Un emplazamiento cogido al azar sobre esta larga cresta y apenas fortificado constituye de por sí una posición inexpugnable: Desde uno de estos fuertes, los conquistadores de la España musulmana podían vigilar y combatir al enemigo. Pero en el caso que el sitio estratégico hubiese de ser un rápido refugio después de las derrotas sufridas en el Sur, la gran dificultad del acceso era para ellos mismos un peligro. Fué preciso, pues, edificar verdaderos nidos artificiales de águilas sobre las cimas de carácter igualmente pirenaico, pero más «humanas». Los reyes de Aragón eligieron las cúspides de los contrafuertes de las sierras avanza las del gran macizo fronterero para base de sus fortificaciones.

Cada uno de estos puestos de defensa fué adaptado á la naturaleza del terreno, cuyo carácter geológico les ofrecía los materiales; y como en Aragón todo participa de unidad de fuerza general, no hay ninguno de estos castillos que no haya acabado por asimilarse perfectamente y pintorescamente la decoración natural. Estos rasgos distintivos de los castillos aragoneses crean en torno de ellos una atmósfera que no es ni la de las ruinas temporarias y recogidas de las Castillas—á las que dieron nombre—, ni la de los majestuosos y casi pacíficos palacios árabes de las provincias meridionales. Tanto si son una construcción resistente entre los arrumbamientos de piedras muertas, como Loarre, ó un resto agonizante sobre las agujas de múltiples barrancos, como Montearagón; ó la mezquita en armas sobre la silla pétrea de una cumbre fantástica que, cual una montura maravillosa de *Las mil y una noches*, parece presta á saltar por encima de ríos y huertos, como

Alquézar; ó simplemente la misma escultura de la tierra, algo así como un derrubio maternal y valeroso, que tenga por nombre Monzón, el castillo-abadía del Alto Aragón requiere siempre la audacia del soldado, la largueza de un príncipe y la confianza de un religioso. Tal es de significativo.

En el orden militar, su construcción exige la defensa de todo un territorio. En el religioso, prepara asiento á una iglesia insigne servida por una comunidad.

Sobre la nueva



Paso de Ronda en torno de la torre del Homenaje



Portada de Castillo

Acceso al Castillo

línea directa de Madrid á París por Zaragoza y el túnel del Somport, ó sobre la ramificación, paralela á las sierras de Huesca á Jaca, de múltiples lugares, antes de recrearse en los parajes, un ojo experimentado separa de las pendientes agitadas y rocosas de la cordillera de Gratal una porción de construcciones de alto interés arquitectónico é histórico.

En la época de Sancho el Mayor, Loarre era ya un castillo con su «señor». Ramiro I lo reconstruyó á mitad del siglo XI. Cuando los moros fueron expulsados de la comarca, el rey Sancho Ramírez, prosiguiendo los trabajos, dió al conjunto de Loarre proporciones distintas á las de un simple asilo fortificado. Aunque la iglesia estaba inacabada, el monarca pidió al Papa Alejandro II que instituyese allí un Capítulo de Canónigos regulares de la Orden de San Agustín: una «Canónica» agustiniana. Entonces Loarre fué monasterio y Capilla Real, substraída á la autoridad episcopal y dependiente de San Juan de la Peña. Solamente la fundación de Montearagón disminuyó su importancia.

Monumento sin par en España, perteneciente á los siglos XI y XII y á la primera mitad del XIII, conserva una unidad románica absoluta, sin mezcla de otro estilo. Cuando, al dejar allá en el llano el pueblo se emprende la ascensión á Loarre, el observador se sobrecoge de admiración ante la majestad de su recinto. De basto y pequeño aparejo, provisto de ocho torreones macizos, no se le puede franquear sino por una sola puerta de la muralla. No hay otra abertura sino en la torre llamada de los Reyes. La del vigía, que

le sigue más arriba, eleva sobre una planta cuadrada tres pisos hasta la bóveda sobre trompas y proyecta su sombra sobre el cementerio, sobre la cisterna y sobre un reducho abovedado.

El recinto comprendía una serie de fortificaciones sabiamente dispuestas en torno del castillo y de la iglesia, levantadas sobre una roca, que es el punto culminante del conjunto. El ábside es de grandiosas proporciones. Ventanales de arquivoltas de dos órdenes se apoyan sobre capiteles espléndidamente decorados con todos los motivos de ornamentación de la escultura románica. Esta ornamentación ha producido dos obras encantadoras: dos ventanales con parteluz, uno llamado «Mirador de la Reina» y otro abierto en una torre lateral. Encima de la puerta de ingreso, las mutilaciones no impiden reconocer en un altorrelieve al Salvador sedente, rodeado de los símbolos de los Evangelistas y de cortejos de ángeles que recuerdan las romerías á los vecinos santuarios.

Por una escalera monumental, reciamente evocadora, sobre cuyas gradas se espera aún la aparición de los héroes de la leyenda de los siglos, se llega á las galerías, á las salas en ruinas y á la planicie sobre la que se levantaron las habitaciones nobles, con escape á la montaña por medio de una puertecilla abierta en la muralla. El tiempo ha respetado las almenas de la torre del Homenaje, cuyos tres pisos dominan aún la prodigiosa masa desierta de la plaza fuerte. Sus piedras guardan el eco de la vida agitada de los castellanos, sobre todo en los días que siguieron á la elección en Caspe del rey de Aragón,

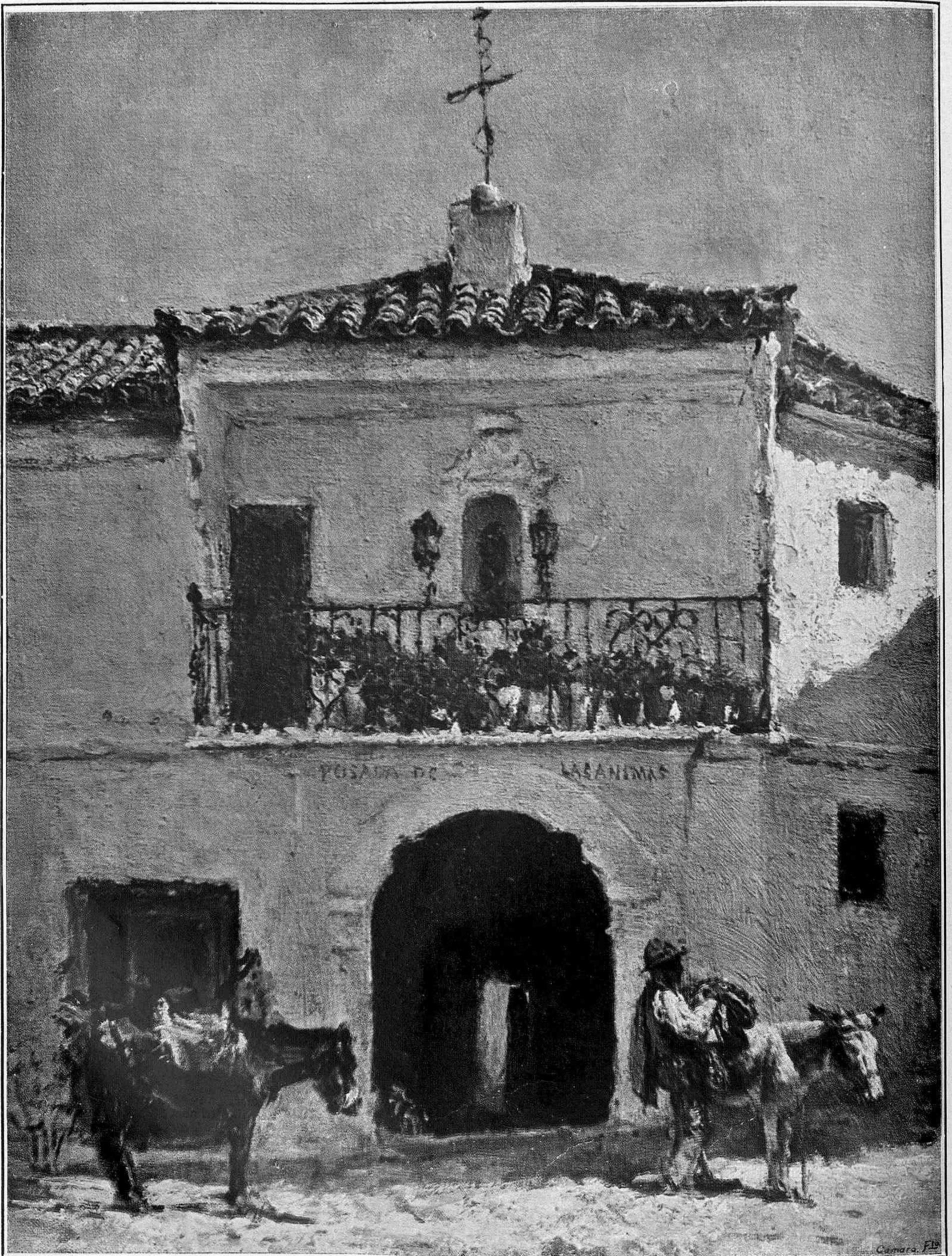
cuando D. Antonio de Luna y su hermana D.<sup>a</sup> Violante, abadesa de Trasobares, resistieron el asedio de las tropas reales defendiendo la causa del repudiado conde de Urgel.

Lo que en Loarre da acaso la mayor impresión de una fuerza reflexiva apoyada en un pasado de lucha y dedicando cuanto edifica á la seguridad de una gloria futura, es la iglesia, cuya cúpula representa, según Lampérez, uno de los ejemplares sobresalientes de la arquitectura europea, por su estructura sobre trompas sosteniendo anillos concéntricos.

Pero aún hay en Loarre más riqueza. Hay que hacer notar: una estatua románica de la Virgen titular; la cripta situada debajo del ábside, comunicando con la iglesia por doble escalera, con arcatura y capiteles esculpidos, y bóveda en cuarto de esfera prolongada en semicilindro; é igualmente la disposición de algunos ventanales y de los pasos de ronda en torno á la torre del Homenaje.

¡Romántico castillo el de Loarre! Sus ruinas venerables son el vigía secular de la cordillera central altoaragonesa, desde donde los esforzados reyes de esta dinastía lanzaron las huestes sobre Huesca, sobre Zaragoza luego, sobre Teruel más tarde, hasta arrojar la morisma á tierras de Valencia y de Castilla. Castillo roquero de excepcional interés en la historia del arte hispano, es hoy monumento nacional, y de sobra merece que la protección de un Estado celoso de las glorias históricas y artísticas de la Patria se ejercite en él con el más amoroso cuidado.

RICARDO DEL ARCO

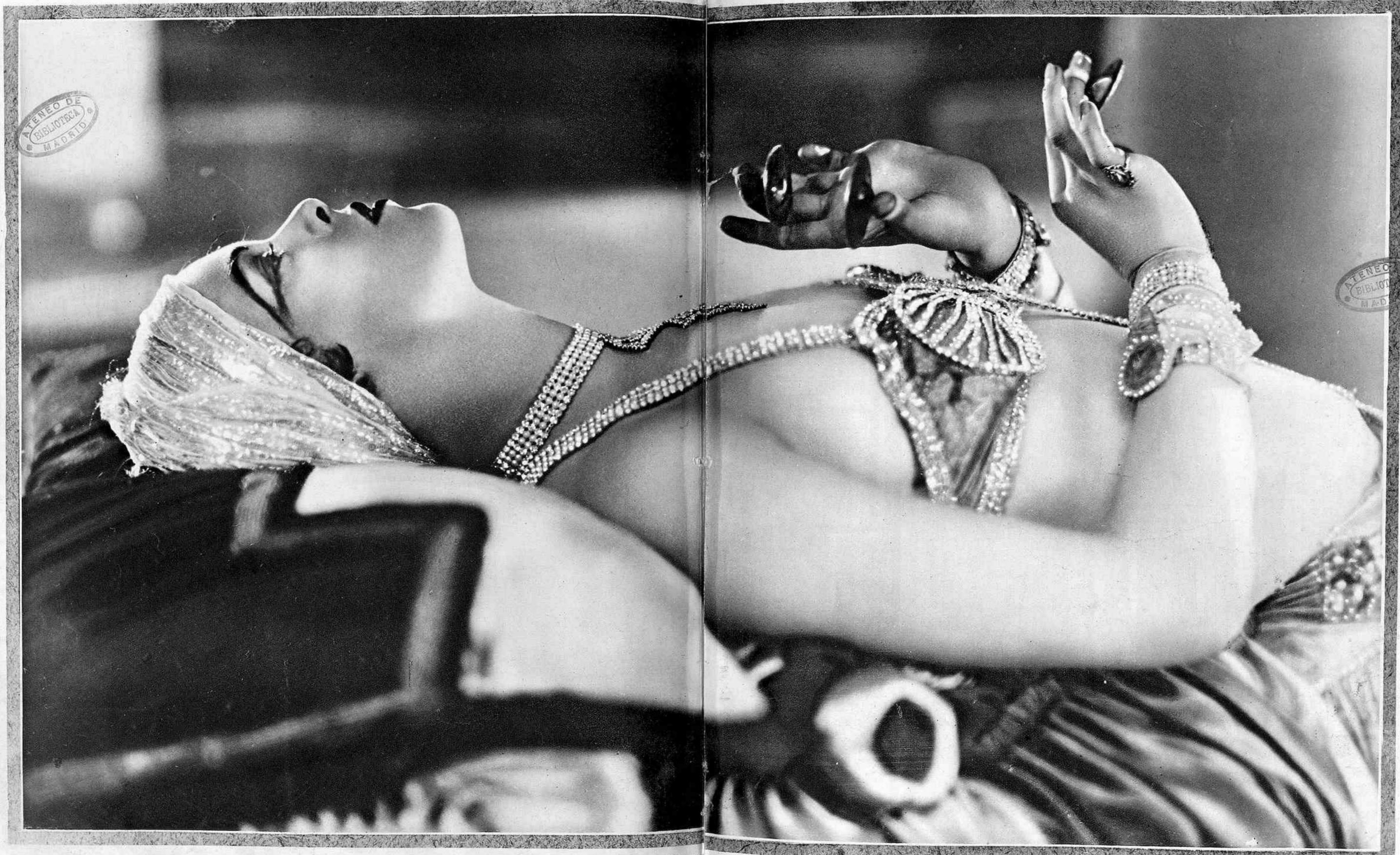


# LA PINTURA CONTEMPORÁNEA

«La posada de las Animas», cuadro original de José Moreno Carbonero



PAISAJES ESPAÑOLES  
Rincón pintoresco en las costas de Garraf  
(Fot. Cano Barranco)



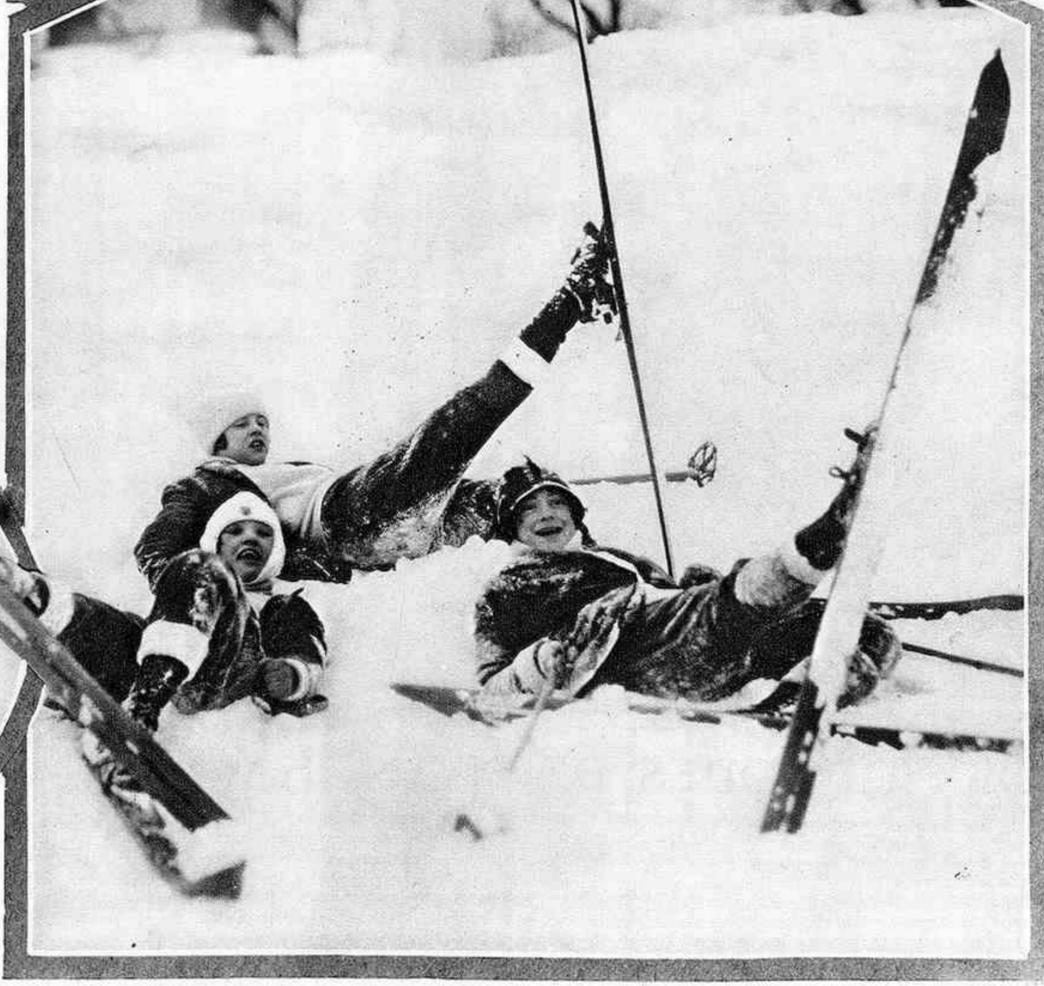
**UNA GRAN ARTISTA Y**

Gypsy Rhomma-Je, la maravillosa intérprete de danzas orientales que actúa con éxito triunfal en el Teatro de los Campos Elíseos, de París, después de haber logrado iguales aplausos en Berlín y en Londres

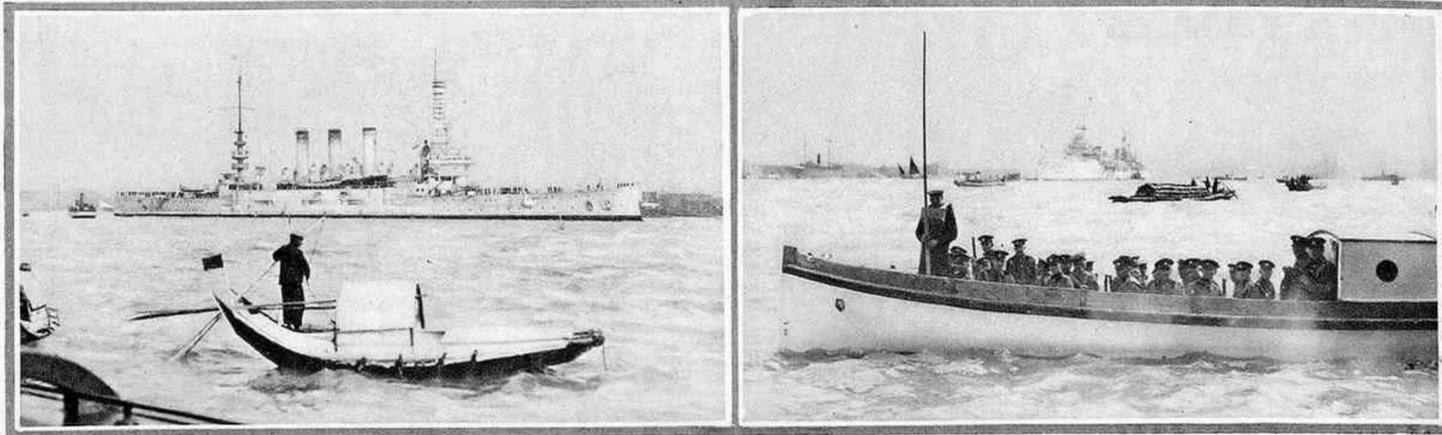
**UNA HERMOSA MUJER**

Gypsy Rhomma-Je, la maravillosa intérprete de danzas orientales que actúa con éxito triunfal en el Teatro de los Campos Elíseos, de París, después de haber logrado iguales aplausos en Berlín y en Londres

# Los débiles se hacen fuertes



A la izquierda: Una estrella de esquiadoras. Dos muchachas modernas descansando de una fatigosa ascensión, junto a los carámbanos de un arroyo helado. (Fots. Marín).—En el centro: Un pequeño esquiador disponiéndose a resbalar sobre la nieve. El paseo del bebé, en trineo. (Fots. Agencia Gráfica).—A la derecha: Habilidades de esquiadoras. (Fot. Marín).—Una salida complicada. (Fot. Agencia Gráfica)



Los buques de guerra europeos y americanos fondeados en el puerto de Shanghai, con objeto de defender las «concesiones» obtenidas abusivamente de los antiguos Gobiernos chinos (Fots. Agencia Gráfica)



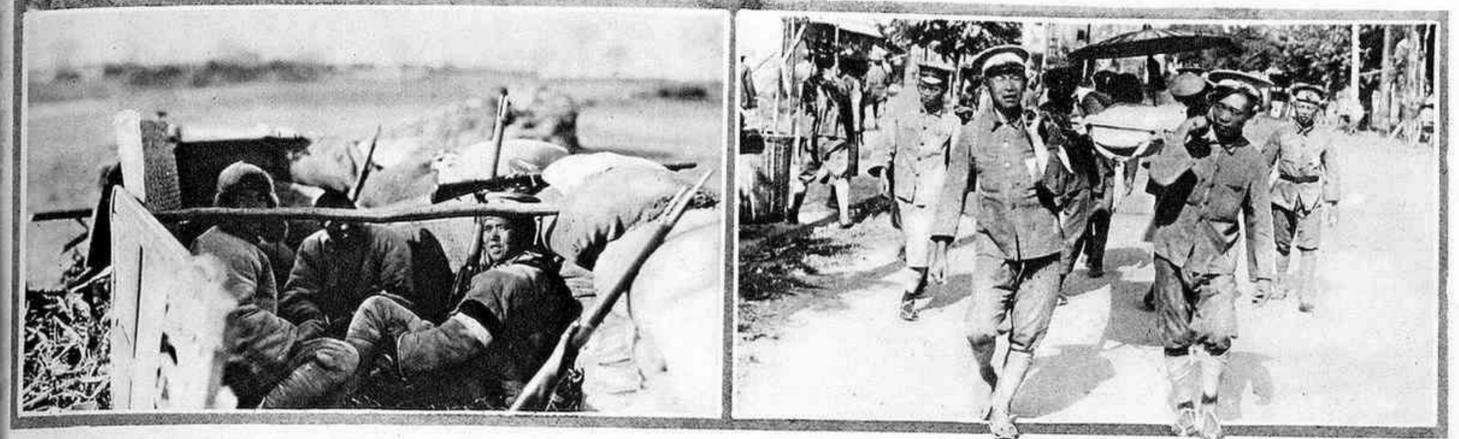
Una de las espantosas escenas de decapitación de transeúntes elegidos al azar por el verdugo del gobernador, en las calles de Shanghai (Fot. Marín)

## LOS HORRORES DE SHANGHAI

SHANGHAI, el gran puerto comercial de China, está en vísperas de ser conquistado por el ejército nacionalista—patriota, podríamos llamarle—, que, partiendo de Cantón, ha emprendido contra los extranjeros y contra los chinos partidarios de la dominación extranjera una verdadera guerra de independencia.

En Shanghai tienen su asiento las grandes «concesiones» obtenidas por los comerciantes europeos, americanos y japoneses: «concesiones» cuyos privilegios son incompatibles con los derechos de un pueblo libre, y que fueron otorgadas por los antiguos Gobiernos chinos, débiles, inconscientes ó venales.

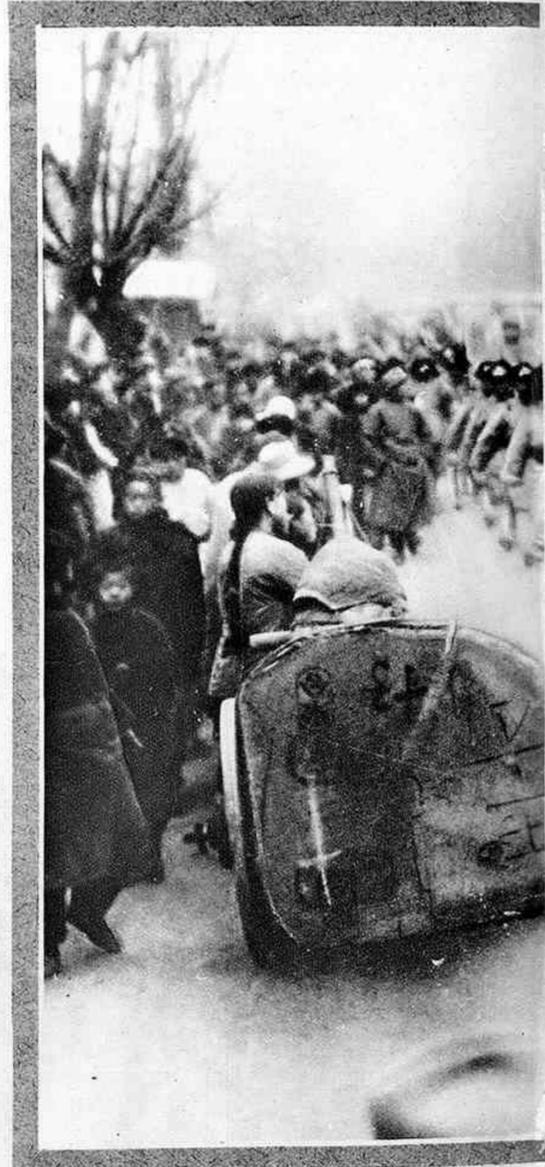
El gobernador chino de Shanghai, nordista y partidario del viejo estado de cosas, defiende la ciudad contra el asedio de los sudistas cuyo lema es «China para los chinos»; y para dominar por el terror á la población de la gran ciudad, propicia á recibir á los sudistas como liberadores, ha ejecutado á millares de infelices, llegando hasta el extremo de hacer que el verdugo recorra las calles y al azar elija entre los transeúntes las víctimas á quienes decapita *para ejemplo*. Es triste pensar que la «civilización» sea defendida así, y que los cañones de los buques europeos y americanos parezcan, aunque no lo sean, cómplices de tales escenas de horror.



Un puesto de avanzada de las tropas nordistas que defienden Shanghai contra el ejército nacionalista

(Fots. Marín)

Soldados del ejército nordista conduciendo á sus heridos, después de una lucha con los huelguistas en las calles de Shanghai



Camino de la eternidad.—Soldados del gobernador chino de Shanghai, sospechosos de simpatizar con el partido nacionalista, condenados á muerte y conducidos por sus propios compañeros al lugar de la ejecución. Los fusilados sin juicio ni pruebas, por una delación de dudosa veracidad, y más que nada para dominar al pueblo de Shanghai por el terror, se cuentan ya por millares

(Fot. Agencia Gráfica)



LA FOTOGRAFIA DE ARTE

«Meditación». Magnífico estudio fotográfico para el que «posó» la adorable actriz del Teatro del Silencio Dolores Costello

## LETRAS FRANCESAS LA EVOCACIÓN EN LA TIERRA EVOCADA

CUANDO se acercaba la Navidad se hacían grandes preparativos en casa de Siona. Recobraba entonces su madre una serenidad casi pueril. Para ella no solamente era la Navidad una fiesta religiosa; era, sobre todo, la fiesta sentimental y saudosa donde evocar los recuerdos de su infancia y las viejas tradiciones de su lejana tierra de Hesse.

Y no por celebrarla en Jerusalén, á pocos pasos del sitio mismo donde se cumplió el Humano Milagro, la Navidad dejaba de ser para la señora Benedictus una fiesta occidental. No podía prescindir del abeto y de la torta simbólicos, las dos cosas que desconcertaban el espíritu oriental de su hija.

Con mutuo y simultáneo desdén veían Siona y su aya Ouarda amasar aquella pasta negruzca, reseca, picante de especias, que luego Elisabeth cortaba en pedazos de estrellados y cruciformes, y que parecían evocar algún ardiente país de negros, en vez de la nivosa é insípida Alemania. Y Siona sentía la nostalgia de los pastelillos árabes de alegre colorido—rosa y verde alóncigo—, áureos de miel y espolvoreados de azúcar.

—Sin duda, ese pan negruzco debe comerse en memoria del rey Baltasar—decía con una mueca de asco.

Pero lo que no se explicaba tan fácilmente era la misteriosa relación entre el pesebre de Belén y el abeto, aquel árbol del Norte, sombrío y rígido á juzgar por las estampas, y cuyo recuerdo siempre eternecía á mamá.

En toda Palestina no había crecido nunca un solo abeto. Tuvieron, pues, que conformarse con un pino—el menos achaparrado y retorcido posible—, que Alfredo y Hassan lograron encontrar en el Valle de los Terebintos un domingo de Adviento.

Y desde entonces, viéndole aguardar la santa velada en el jardín recortado contra la tapia con su aspecto de humildanza y abatimiento, tan ajeno á las mimosas y los almendros recién floridos, Siona pensaba que era un árbol peregrino venido de muy lejos, de su patria fría y brumosa—como aquellos *mujicks* que veía pasar por la colina—, para adorar, bajo un cielo clemente, al Niño Galileo.

Por fin advino el instante de disfrazar aquel falso abeto en el simbólico árbol europeo de Noel. Mamá, Elisabeth y otras amigas ponían

en la tarea un amable fervor. Los frutos orientales eran substituídos por bolas brillantes; se doraban los frutos de Europa, las manzanas, las nueces, las castañas, y se les ponían candelitas de colores. El algodón en rama y la clara de huevo mentían la nieve, la escarcha y las estalactitas. Recortaban banderolas, grímpolas, y ataban con frágiles cadenas de simulados oro y plata al mísero pino, incapaz de escaparse de la tina verde donde le habían plantado sobre el algodón brillante de clara. Y bajo el pino, engalanado de este modo, ponían el «nacimiento», con su portal de techumbre de bálago—tampoco el bálago existe en Tierra Santa—, con su niño Dios rollizo, y la Madre y José y los pastores vestidos de un modo exótico; el buey—animal desconocido en Judea—, que soplabá sobre Jesús para calentar sus carnicitas de rosada cera.

Aquel año, Ouarda y Siona acompañaron á los invitados después de terminada la fiesta en el hogar. Fuera aun había claridad y tibieza. Los hombres iban delante, con sus capas antiguas; detrás las mujeres, vestidas de azul y enjovecidas. Descendieron el montecillo ruso y siguieron á lo largo de los baluartes hacia la llanura de Efrata, donde florecen de la tierra fecunda, roja y crasa, las estrellitas de Belén, los crocos de los

profetas y los asfodelos de los Reyes. Lejos, cerca, bajo almendros en flor, pastores guardaban sus rebaños como hacía dos mil años.

Encontraban otras familias belemitas, que también volvían de Jerusalén después de hacer sus compras pascuales. Tenían un andar rítmico y airoso, flotantes sus vestiduras...

Al subir la colina oyeron voces, vieron alzarse una polvareda. Eran peregrinos y turistas que se dirigían á pie, á caballo, en diversos vehículos, hacia Belén, cantando villancicos y letanías en distintos idiomas. Y la niña sintió que vinieran de tan lejos para turbar la divina armonía.

A la mañana siguiente, Siona, con sus padres y su hermana, fué á la iglesia anglicana del Monte Sión. Toda la nave estaba ornada con guirnaldas de terebintos y tamarindos. El obispo y los dos *clergymen* se habían puesto sus togas de fiesta. Cantaban himnos gozosos, y á la salida de la iglesia, Freddy Moore la besó á Siona, deseándole felices pascuas:

—*Merry Christmas, little darling.*

Por la tarde, Ouarda llevó á la

niña á la cripta de Belén, cuyo ornamento interior no consistía en austero y sombrío follaje, sino en gayas flores de papel de seda y lirios blancos y áureos traídos de Francia. Delante del altar había también un pesebre de tamaño natural, y en él María y José ataviados con magnificencias y pastores limpios y distinguidos, llevando sobre los hombros corderos inmaculados con delgados rabos de perro (en Oriente el rabo del carnero es un trozo informe de grasa). Más detrás, los camellos de dos jorobas (como no se han visto nunca en Palestina), engalanados, y los Reyes Magos con sus mantos y sus joyeles, y su séquito de negritos.

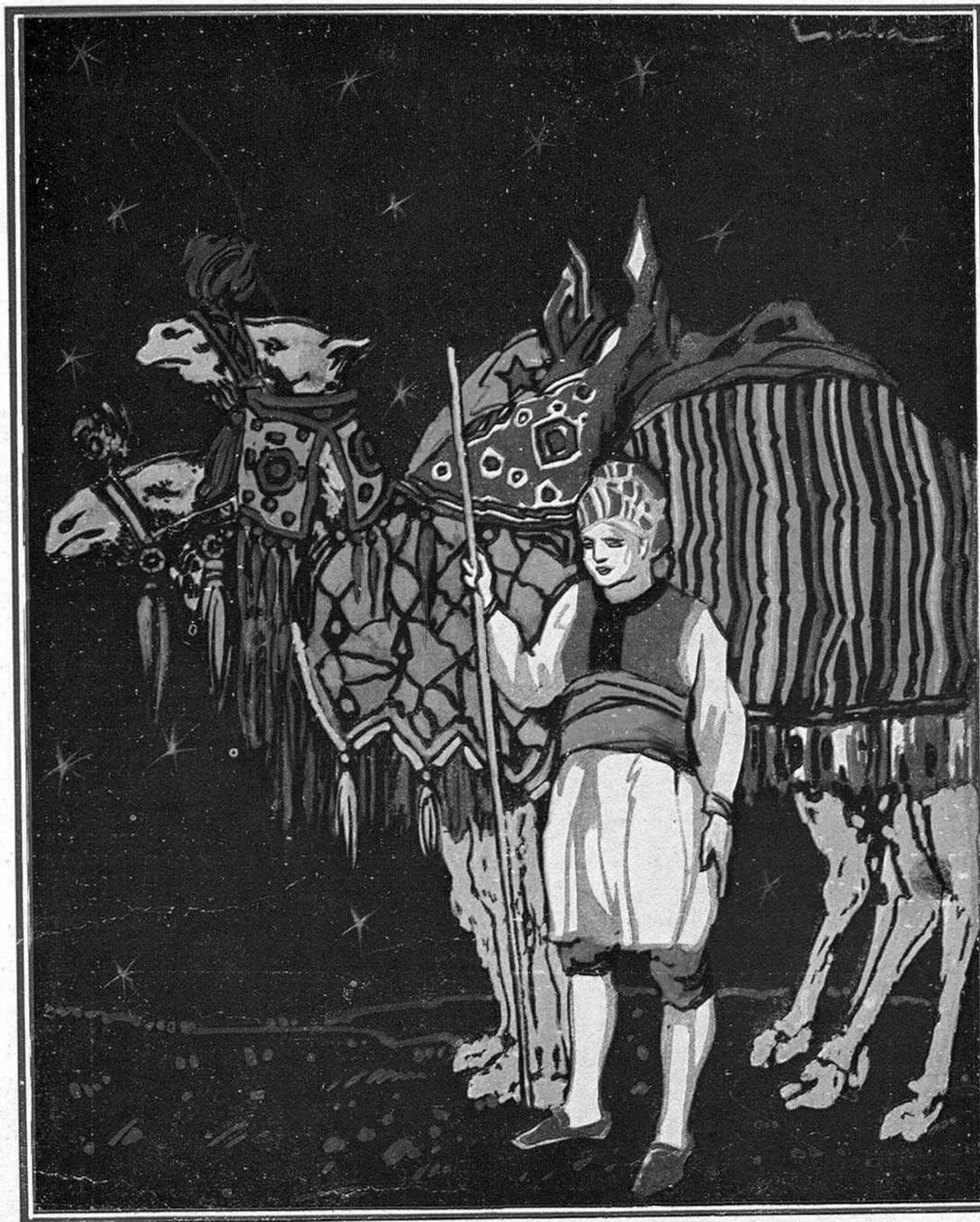
Toda la cristiandad árabe acudía á contemplar esta maravilla, y era cosa realmente insólita ver aquellas belemitas con sus trajes auténticos prosternarse ante aquellas imágenes pintorescas que llevaban todavía en los pliegues de sus vestidos suntuosos las señas de su fabricante parisién.

Pero las belemitas sentían cierto orgullo y salían de la iglesia engrandecidas por la idea de haber tenido antepasados occidentales tan correctos y peripuestos...

MIRIAM HARRY

Traducción de FORTUNIO

(Ilustración de Escribá)





## C U E N T O

EL viento soplaba violentamente, produciendo extraños ruidos. Por momentos parecía que la torre de señales Z. iba a desplomarse y sería precipitada en el fondo del valle que la rodeaba. Su débil estructura hacía temer semejante cosa. El mes de Marzo estaba finalizando, y, contra todas las tradiciones, no cesaba de llover desde hacía una semana, y cada día el frío se sentía más intensamente.

La torre Z. se hallaba situada en medio de un ramal de cuarenta millas del ferrocarril Midland, que corría hacia el Norte, internándose en los campos mineros de carbón duro del Estado Pensilvania. En los itinerarios de la línea, este ramal era conocido con el nombre de Pipestone Branch, debido á la gran mina de ese nombre que se hallaba en sus adyacencias.

Un solo tren diario de pasajeros cruzaba este ramal en ambas direcciones. Pero, en cambio, por sus rieles se transportaban millares de toneladas de carbón, á pesar de lo cual el ramal era de una sola vía.

Howard Branton, el adolescente vigía de la torre Z., se asustó un poco cuando el viento hizo sacudir la torre, y trabajaba temblando de miedo. Mirando desde la ventana, podía ver completamente el semáforo verde, que indicaba vía libre en la línea.

— ¡Bastante libre! — se dijo á sí mismo, en el tono de un hombre que quiere pasar una gran parte de su tiempo solo—. Está bastante libre, muy bien; no había que inquietarse mayormente por ello aquella noche. Este es un lugar desgraciado para abandonarlo; nada para ver, nada para hacer, sino esperar que pasen los trenes números 3 y 6, los que á veces ni se dignan hacer sonar los silbatos cuando pasan por aquí. El superintendente de división ni siquiera se ha dado aun cuenta de que existo. Y ellos me cuentan luego que ser ferroviario es un hermoso cargo para un joven que quiera hacer carrera.

Branton removió furiosamente el fuego en la antigua hornilla que servía de estufa en la torre. La mocedad es edad de camaradería, y él se encontraba solitario. Hacía más de un año que trabajaba en la torre Z., y á los veintidós años ese lapso de tiempo es demasiado largo.

El hecho de que en su población natal viviera una muchacha que se llamaba Susana, quien le había manifestado que no podía esperar durante mucho tiempo, no servía precisamente para enriquecer su paciencia. Susana tenía ojos negros y un temperamento muy nervioso. Se sentía segura de ver el mundo tal como era, y exigía mucho; pero Branton trataba de alejar á Susana de su mente por aquel entonces.

Hacia dos horas que había oscurecido, y el número 6 corría entre sombras. Fuera de algún corte de vagones con carbón de las minas, era poco probable que á Branton le tocara realizar algún trabajo adicional. Los trenes de carbón no circulaban con horario fijo durante la noche. Cuando se llenaban bastantes, el empleado de la mina enviaba instrucciones por telégrafo al vigía de la torre Z. para que averiguara si había vía libre. Este, á su vez, preguntaba lo mismo á la torre W., que estaba en conexión con la línea principal. La función más importante de la torre Z. era vigilar y avisar cualquier desperfecto en la vía.

Eran como las ocho de la noche cuando Branton oyó repetir su propio llamado.

«No más tráfico—hablaron los aparatos telegráficos—. Ya os había avisado que podíais encerraros en la torre. Hace una noche desastrosa. Los rieles están cubiertos de nieve endurecida por el frío. ¡Buenas noches!»

Branton devolvió el saludo.

Se volvió hacia el aparato de radiotelefonía, que tanto le ayudaba á pasar las horas tediosas en la torre. Probablemente Susana estaría escuchando el mismo concierto en ese preciso momento, olvidando su determinación de pensar en ella lo menos posible.

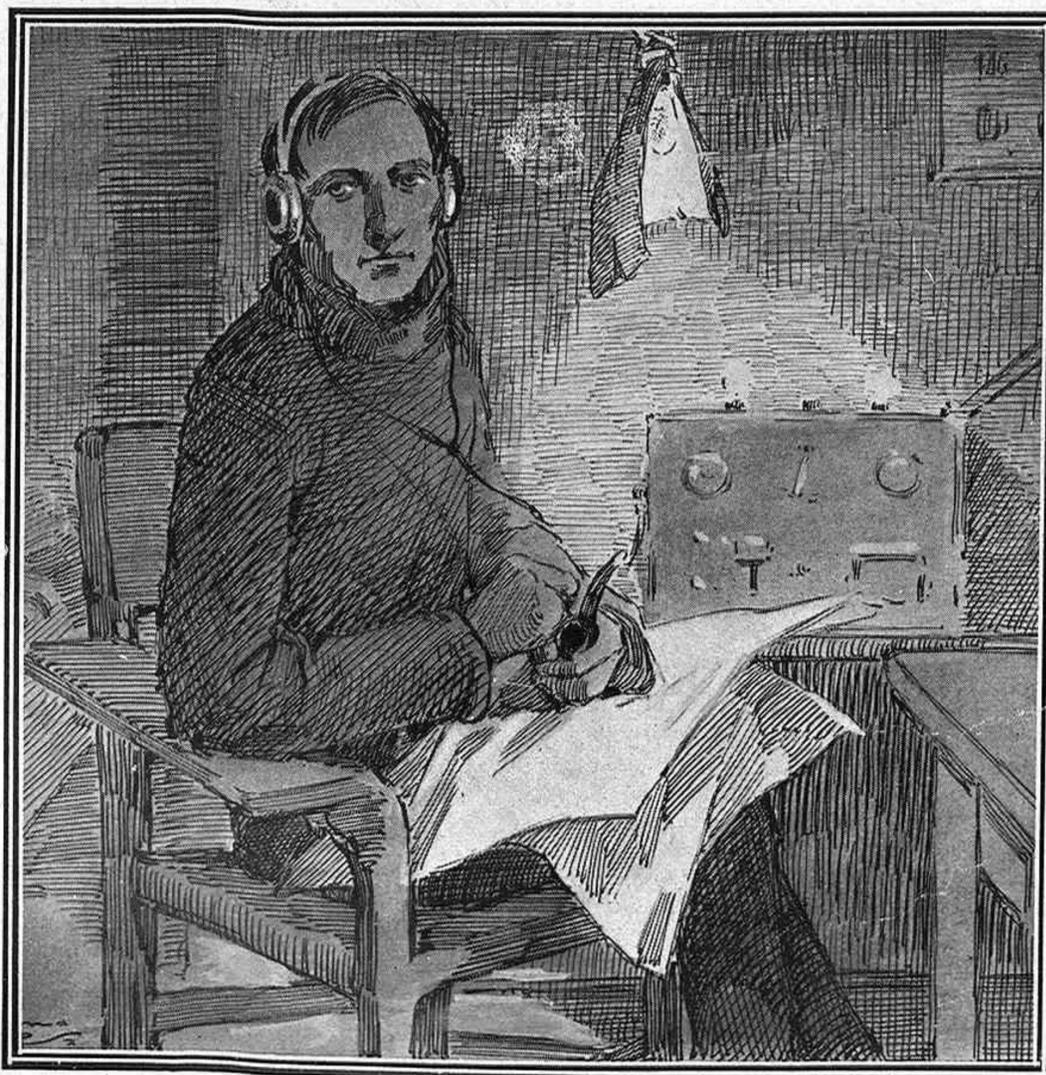
Esta posibilidad le confortaba no poco, y abrió un diario que el personal de una locomotora le había arrojado al pasar; miró al programa de la sección que corresponde entre Harrisburg y Pittsburgh.

Fuera crecía el huracán con violencia. El viento chocaba contra la torre y hacía cimbrar los árboles casi á ras del suelo. Era una mala noche, la peor que Branton había experimentado en el curso del año que llevaba en el ferrocarril. Estaba contento de

que no hubiese trenes por llegar. El repiqueteo del aparato telegráfico dábale la seguridad, asimismo, de que los alambres estaban en su lugar.

El programa de radio esa noche no se diferenciaba del de las anteriores. Branton se propuso escuchar el concierto leyendo simultáneamente el periódico. Entre los números para radiar figuraban las óperas *Pagliacci* y *Cavalleria rusticana*, en las que tomaría parte el tenor Santelli, á la sazón en Harrisburg.

Colocóse en los oídos el amplificador, cosa que sólo acostumbraba á hacer cuando alguien del personal de trenes se detenía por una breve conversación. El vigía notó que la tormenta había afectado muy poco á la transmisión. Escuchó un poco impaciente las historias para la cama, las cotizaciones de bolsa y las novedades de la moda en el vestir. Luego vino otra serie de comunicaciones. Entre ellas, una decía que la tormenta que se desarrollaba en esos momentos cubría una extensa zona. Había que lamentar vidas perdidas en localidades cercanas. Finalmente, la misma voz anunció que se iba á iniciar la transmisión de la ópera.



Branton se propuso escuchar el concierto

Branton estaba asombrado de la claridad con que percibía los tonos de la orquesta desde que la música inició sus acordes. Cargó su pipa y esperó que en Harrisburg se levantara el telón. Ahora se sentía como si estuviera en el teatro. El rumor de la tormenta penetraba en la torre, y la voz de Santelli lo llenaba de beatitud. Antes de que se diera cuenta de que el período de la ópera había pasado, el rugido del viento sacó de su embelesamiento. La voz del anunciador avisó que en el tiempo intermedio de *Pagliacci*, que acababan de representar, y de *Cavalleria rusticana*, se transmitirían noticias informativas.

Branton se puso instintivamente de pie a la primera de ellas:

«Harrisburg, Pensilvania, Marzo 28. Acaban de recibirse noticias de que cincuenta y ocho mineros han sido sepultados en la mina de Pipestone, que se halla situada a unas cincuenta millas de Altoona, en los campos de carbón duro.»

El vigía se abalanzó sobre su llave telegráfica, después de arrojar a un rincón el amplificador radiotelefónico, para no tener que depender de esa pieza auditiva.

Interrogó en el circuito y llamó al empalme.

—No tenemos noticias—fué la respuesta de la torre W. después que Branton comunicara lo que había oído.

—Esta tormenta levantará a Caln con los alambres. Yo no puedo conseguir comunicarme con Altoona. ¿Cómo están sus líneas?

—Parece que bien—dijo Branton—. Déjeme saber si puedo oír algo. Trenes de auxilio quizá salgan en seguida, usted lo sabe.

El aparato de radiotelefonía estuvo en silencio unos minutos, y luego agregó novedades:

«Últimos despachos recibidos del personal superior de la mina hacen abrigar la esperanza de que los mineros sepultados han podido hallar refugio en un viejo corredor, huyendo por las galerías subterráneas. El accidente fué causado por unos desprendimientos en la galería número 1, después de una explosión que se produjo poco después de iniciar sus tareas el turno de mineros de la noche.»

«Los propietarios de la mina (decía un despacho ulterior) piden socorros en forma de Pulmotores (aparatos para producir oxígeno), médicos y trenes de auxilio.»

«Un despacho del ferrocarril Midland dice que un tren de socorro se está organizando con toda rapidez posible. El tren consistirá en una locomotora de gran velocidad y dos coches. En dos horas llegará a la mina.»

Branton corrió nuevamente hacia el aparato teleográfico.

Operas y conciertos, respecto a él, habían pasado a segundo lugar, por lo menos durante esta noche. El tren de socorro debería correr forzosamente por el ramal de Pipestone y pasar por delante de la torre Z. Este seguiría la línea principal del Midland en cuarenta y cinco millas. Luego el ramal de la parte de la línea tardaría en ser cruzada alrededor de una hora. Por esta última parte el tren no podría desarrollar una velocidad mayor de cuarenta a cuarenta y cinco millas por hora, debido a la nieve que cubría los rieles.

«Aviso a todas las señales—anunció el telégrafo—:

«Al tren que parte de Altoona a las 9 y 55 para socorrer a las víctimas del desastre minero debe dársele vía libre, con preferencia a ningún otro tren. La torre Z. deberá...»

Aquí paró de funcionar el apa-



Susana tenía ojos negros...

rato teleográfico. Branton trató de obtener conexión nuevamente. Fué imposible. Los alambres estaban fríos. Sin duda, en algún punto, entre la oficina principal de Altoona y la torre Z., se habían roto los hilos en el preciso instante en que Branton estaba recibiendo instrucciones vitales. Se sintió complacido de que el aparato de radiotelefonía se encontrara aún en perfectas condiciones de funcionamiento. Por fin se le ocurrió que podría seguir comunicando con Altoona por medio de la oficina transmisora de radiotelefonía, instalada en Harrisburg. El rumor de la tormenta seguía llenando de pánico el ánimo del joven vigía.

El transmisor de Harrisburg envió otro mensaje diciendo «que un tren especial de socorro acababa de partir de Altoona con cien voluntarios, nueve médicos y veinte enfermeras, que en estos momentos está corriendo a merced de la tempestad, con obje-



... conducidos por los murmullos del temporal, se oían ruidos salvajes magnificados por el amplificador

to de llegar cuanto antes a la mina de Pipestone».

Minutos después oyó un vago ruido lejano, semejante al de un desmoronamiento, seguido por horribles sacudidas.

Branton siguió escuchando por breve rato el ruido infernal que producían la caída de millares y millares de árboles y la remoción de la tierra en una cuesta cercana. Al principio creyó que todo este ruido, análogo al de descargas de artillería, provenía de las montañas que le circundaban, y que parecían desplomarse sobre la torre. Iba a dirigirse hacia la puerta cuando los ruidos cesaron.

El vigía miró en dirección de la llave telegráfica para ver si por algún milagro se habían restablecido las comunicaciones; pero ninguna señal vino por los alambres. Sacó una linterna del armario y abrió la puerta, pero no pudo salir. La fuerza del viento le obligó a retroceder. El huracán sacudíole rudamente todo el cuerpo y golpeóle ruidosamente en la cara; pero Branton hizo un gran esfuerzo y salió a mirar la vía, caminando unas cien yardas.

Sus peores temores eran una realidad. Parte de las alcantarillas habían sido llevadas por la inundación, ayudada por el huracán. La parte final del ramal a Pipestone estaba deshecha.

«... Con cien voluntarios, nueve médicos y veinte enfermeras, con objeto de socorrer a las víctimas del desastre minero...»

El último comunicado de Harrisburg conturbaba su conciencia. El especial pasaría por la torre Z. dentro de una hora, y después que un tren especial corría por la última parte del ramal, ningún poder humano en la tierra podría detenerlo. Una catástrofe era inminente.

Por un momento, Branton pensó producir unas llamaradas con los enseres de la torre, a fin de hacer conocer de alguna forma el peligro en que se hallaba el tren especial, y hasta consideró la conveniencia de incendiar la misma torre, con la esperanza de que tan primitivo procedimiento de señales serviría para llamar la atención de los conductores del tren de auxilio.

Luego se acordó de que los desmoronamientos de la vía habían aglomerado una enorme cantidad de tierra y de nieve y hacían imposible ver nada desde el lado que venía el tren. El vigía estuvo pensando nerviosamente qué hacer en tan trágicas circunstancias, en medio de la obscuridad de la noche y la soledad de la torre. El puente más cercano distaba más de dos millas, y no quedaba tiempo suficiente para alcanzar algún lugar en que hubiera teléfono, y, antes que nada, su deber en la torre era permanecer en su puesto, ocurriese lo que ocurriese.

Corrió nuevamente a la torre, pero el aparato teleográfico seguía mudo. Branton no podía comunicarse con nadie. La situación era desesperante.

Una gran Compañía minera tenía abandonados varios filones, que había explotado años atrás, y que rodeaban la torre.

Las partes huecas, por las extracciones de carbón, habían sufrido durante los últimos tiempos sucesivos hundimientos, y esta parte estaba inundada por las aguas de la lluvia, formando un lago de media milla de largo y cien yardas de ancho. Para cruzar esto necesitaba un bote, y el único que había por las cercanías quedaba detrás de la laguna.

La fatalidad parecía haberse confabulado con los elementos de la Naturaleza para impedirle toda



Sacó una linterna del armario...

ayuda á los viajeros en peligro. Branton sabía que cruzar é nado la parte inundada era cometer un suicidio, debido á los bloques de hielo que se habían formado con el frío y la nieve, y quien tuviera la osadía de hacerlo, corría el riesgo seguro de estrellarse contra uno de ellos, y dar la vuelta por los alrededores de la zona inundada suponía mucho tiempo. Volvió á su mente la obligación á que debía sujetarse, según las órdenes de la Com-

pañía, por las cuales no podía abandonar la torre por razón alguna más de contados minutos.

Mientras Branton estuvo fuera de la torre se había iniciado nuevamente el programa de ópera. Una muchedumbre, en el Harrisburg Opera House, sentada confortable y despreocupadamente, escuchaba las romanzas de los cantantes, mientras un tren corría entre montañas, con grave peligro para más de cien personas, en un abnegado esfuerzo por salvar á los mineros sepultados en la entraña de la tierra. La música pareció á Branton particularmente triste, y dióle una terrible sensación de lo irremediable.

El vigía estaba casi sin aliento en su batalla con la tempestad, sintiéndose desmoralizado por la imposibilidad de prestar ninguna ayuda á tantos seres que estaban en ese momento absolutamente ignorantes del peligro que corrían. Finalmente cayó, como vencido, en una silla. Al hacer esto tomó con pulso afiebrado la manija reguladora de la distancia de las ondas del aparato radiotelefónico. El canto acababa de dar comienzo; pero, en vez del sonido de campanilla que acostumbraba á salir de la garganta del cantante Santelli, sólo se oyó un agrio chillido salido de la bocina, profundamente antipático y fuerte.

Branton recordó que en ocasiones anteriores el aparato radiotelefónico había producido ruidos horribles, ajustando impropriamente el regulador de las ondas. Repentinamente ocurriósele la idea de utilizar estos sonidos.

A corta distancia de la torre, cruzando un extremo del lago, había una pequeña casa, que parecía remota por las barreras que había para llegar á ella. Habítala un hombre llamado Tomkins, de temperamento un poco excéntrico, á quien le había ido bien en los días en que la minería era asunto de mucho trabajo y buena suerte. Su hogar era rústico, aunque confortable, y lo más importante de todo era que Branton recordaba que Tomkins te-

nía teléfono, cuyos alambres probablemente estaban intactos. Sobre todo, él poseía el único bote que había por el lugar.

Nerviosamente, Branton descolgó un rollo de cable telefónico de la pared. Juntó los dos extremos del alambre en el receptor y marchó en medio de la noche con el amplificador en los brazos. Desenrolló rápidamente el alambre sobre los rieles cubiertos de nieve, en la amplitud que le permitieron las aguas que inundaban la antigua mina. En un segundo ajustó la manija del regulador del aparato radiotelefónico.

«Si Santelli quisiera sacar fuera la cabeza ahora», murmuró para sí el vigía, volviendo á toda prisa á la torre. Debido al viento que soplaba contra la dirección á que iba dirigida la voz, ó por lo que fuere, él oyó extraños chirridos en el aparato. Salió corriendo nuevamente de la torre, llevando consigo dos pequeñas sillas, una lata de Kerosene y un haz de leña seca.

Detrás de las aguas, conducidos por los murmullos del temporal, se oían ruidos salvajes magnificados por el amplificador. Branton, sofocadamente, dejó caer el haz de leña y lo roció de petróleo. Usando su cuerpo para resguardar la llama de la cerilla, consiguió iniciar el fuego, y en un momento las llamaradas salían á diez pies del nivel del suelo.

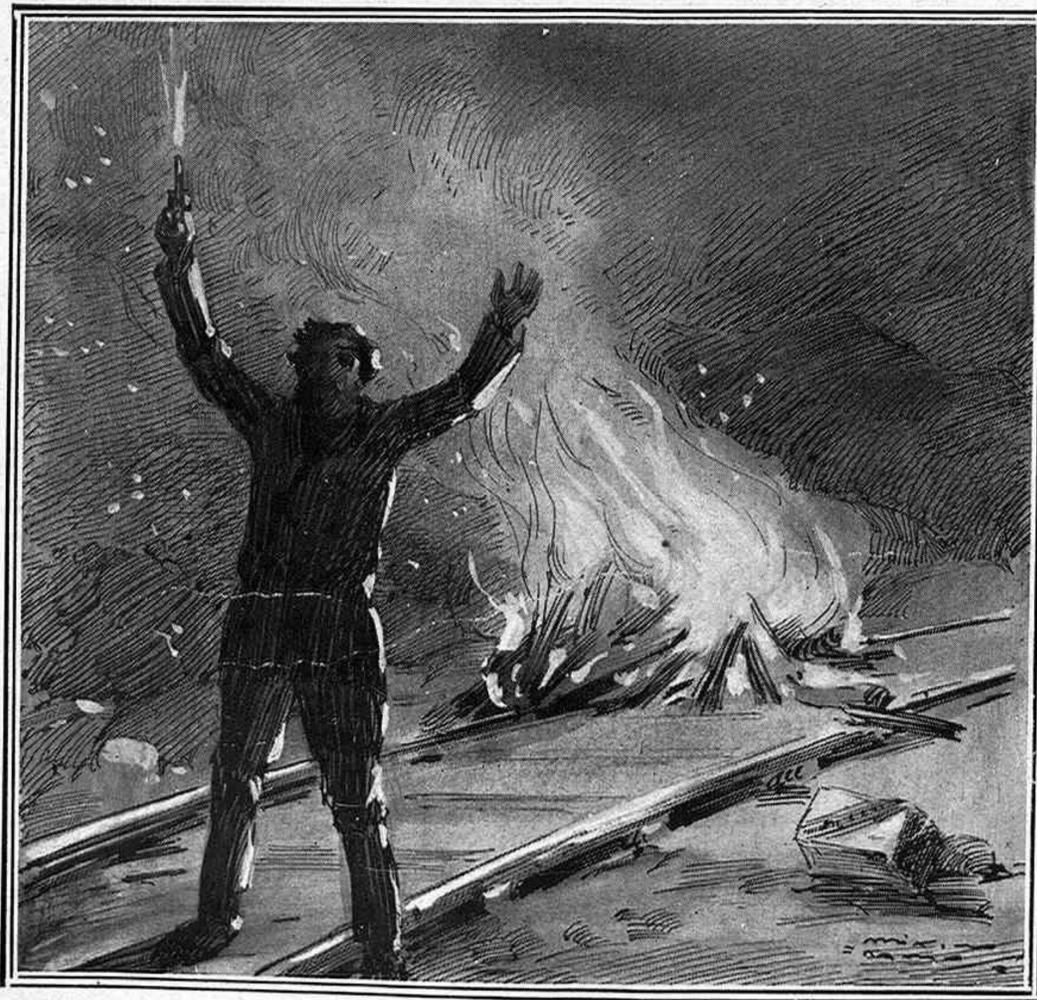
Encima de la leña ardiendo arrojó las sillas. Escuchó ansiosamente por un momento, haciendo votos para que en esos precisos instantes, en la Harrisburg Opera House, un Caruso, como en sus tiempos mejores, apareciera cantando los trozos más resonantes. El especial tardaría todavía unos cuarenta y cinco minutos para alcanzar el empalme del ramal.

«Si á Tomkins se le ocurriera ver las llamas y venir», musitó Branton después de regresar á la torre.

La puerta de la torre abrióse violentamente y Branton saltó de alegría para saludar á Tomkins.

—¿Qué se quema?—preguntó éste.—¿Qué es lo que pasa?

Seguía con las manos en los oídos para evitarse oír los torturadores chillidos del amplificador.



—¿Qué se quema? ¿Qué es lo que pasa?

—Casi me ahogo—siguió diciendo Tomkins—cruzando las aguas.

Percibí unos ruidos molestos y miré por una ventana y vi el fuego.

—¿Estáis celebrando un aumento en vuestro sueldo, ó se trata sencillamente de una borrachera?

—¡Las vías deshechas!—gritó Branton.

—¿Sería un ruido que se oyó hace poco?

—Sí; y necesito que usted me ayude. ¿Su teléfono funciona bien?

—Funciona bastante bien—respondióle Tomkins, sin saber todavía la importancia que tenían los segundos que pasaban—. Pero ¿qué ocurre? Si la vía está deshecha, por esta noche no es urgente. Creo que hoy no habrá más trenes. ¿No es así?

—No es así—respondió Branton—. Existe un hundimiento en la mina de Pipestone. Un tren especial está en camino. Mis alambres se han caído, y no puedo comunicarme con nadie á fin de contar lo que ocurre en el empalme. El tren de auxilio pasará por la torre W. en dirección nuestra dentro de menos de una hora. Decidle á la telefonista que trate de conseguir que lo comuniquen con la oficina de radiotelefonía Westinghouse de Pittsburgh. Después comuníqueme que retransmita este mensaje á las otras oficinas de la misma Compañía y que lo retransmitan á su vez. Y todo... ¡pronto, pronto!

•••••

Redactó un mensaje rápidamente, y empujó á Tomkins para que saliera corriendo, pues estaba como petrificado en la puerta de la torre. Había una esperanza, una pequeña esperanza, de que el plan se desarrollara con éxito. Pero Tomkins actuaría rápidamente. Era hombre experto en desastres mineros é inteligente, aunque no lo parecía. Sabía Branton que Tomkins se había encontrado varias veces en hundimientos de minas, y que su actuación había sido siempre útil.

—¡Ya lo conseguí, muchacho! ¡Ya lo conseguí!—entró Tomkins gritando triunfalmente pocos minutos después.

—Contadme—pidió Branton.

—Le he dado á la telefonista vuestro mensaje. Le pedí que si fuera preciso hiciera es-

tallar el alambre con Pittsburgh. Me comunicaron con la oficina de la Westinghouse tres minutos después de decirme que estaban rotos los alambres con el empalme de Altoona, y no se recibía contestación de ese punto.

«Estoy hablando de parte de la torre Z. del ramal á Pipestone del ferrocarril de Midland», le dije. «Se ha producido un desmoronamiento en las vías, los alambres están rotos. Un tren especial acaba de salir para socorrer á las víctimas de un hundimiento en la mina de Pipestone, y se precipitará en medio de las vías, en la parte afectada por el desmoronamiento, de no conseguirse prevenirle á tiempo del peligro que corre. Si los empleados consiguen transmitir la noticia, quizás se logre evitar una catástrofe.»

Durante algún tiempo el amplificador que Branton había llevado nuevamente á la torre comenzó á transmitir nuevos trozos de ópera. Estos caían en oídos poco propicios á semejantes temas. Branton no llegaba á participar del optimismo de Tomkins, quien parecía seguro de que el

mensaje sería escuchado y el tren detenido. Ambos hombres miraron con curiosidad el amplificador.

«Escuchad—dijo el transmisor—este anuncio importante, que nos obliga a interrumpir el programa de concierto. La estación de radiotelefonía de Harrisburg acaba de recibir el siguiente mensaje de la oficina de la Westinghouse en Pittsburgh:

«A todas las personas que viven cerca de las vías del ferrocarril Midland, particularmente las que viven en la parte del ramal que va entre Altoona y Pipestone, se les ruega que traten de detener el tren especial que partió con el propósito de auxiliar á las víctimas del hundimiento minero. Parte de las vías están deshechas, se han desmoronado y los alambres telegráficos se hallan rotos. Quedan pocos minutos para salvar más de un centenar de vidas.»

—¡Este es vuestro mensaje, muchacho! ¿Qué os decía yo?

—Nunca lo creí posible—replicó Branton—. Quedan unos veinte minutos antes de que el especial alcance el empalme. Conozco como unas veinte personas que tienen aparatos de radiotelefonía por ese lugar. ¡He realizado mi trabajo, Tomkins!

En un esfuerzo para aquietar sus propios nervios, Branton preparó café para Tomkins y para él. El reloj demostraba que no eran aún las once de la noche. Una de dos. O el personal y viajeros del tren especial había sido detenido y avisado, ó corría hacia una catástrofe segura. Ambos hombres miraban ansiosamente de continuo, confiando oír palabras consoladoras. Por fin oyeron la voz del anunciador:

«Por informaciones de quienes oyeron la llamada para detener el tren especial que iba á Pipestone, nos sentimos congratulados de poder anunciar que el tren ha sido avisado al acercarse al empalme de Altoona. No tenemos más detalles. ¡Buonas noches!»

—¡A usted se le debe!—exclamó regocijado Tomkins.

•••••

Pero Branton no hablaba. Las sensaciones que había sufrido en la hora última habían extenuado su sistema nervioso. Estaba nuevamente solo, pues Tomkins había regresado á su hogar. Los aparatos de comunicación seguían silenciosos. Las horas de la noche pasaron despaciosamente; pero el color del cielo detrás de las colinas tornóse de negro en gris y de gris en blanco. La lluvia había cesado completamente, y el sol naciente llenó el cielo con violentos tonos rojizos. Branton se puso rápidamente de pie, y corrió á ver la vía donde vio escenas de extraña confusión. Traviosas, rieles, alcantarillas habían sido llevadas por la inundación y el temporal. Postes del telégrafo en el suelo, alcantarillas convertidas en escombros y montañas de tierra desplomadas sobre trozos de vía.

Se dirigió luego á la torre, y estaba desayunando cuando oyó el prolongado silbato de una locomotora. Miró por la ventana, y pudo ver que detrás de esa máquina venía



—¡Este es vuestro mensaje, muchacho!

un vagón-góndola cargado de rieles y otros materiales para la reparación de vías.

—¡Hola!—le dijo el maquinista deteniendo la marcha y dirigiéndose al lugar donde se habían producido los desmoronamientos—. He oído que habéis tenido alguna dificultad.

—Alguna—respondió Branton—. ¿Cuánto tiempo se tardará aún en poner la vía en condiciones de tránsito? ¿Y qué ocurrió en la mina? No pude hacer que un alma contara á mis avisos por el alambre.

—Creo que tendremos el trabajo terminado al anochecer. No sé nada de la mina. El superintendente de división me ha encargado entregaros esto.

Y sacando un papel del tafilote del sombrero se lo alargó á Branton.

Lo leyó con inusitado interés y exclamó: —¿Qué significa esto?

Entretanto el maquinista lo miraba con una sonrisa llena de simpatía.

—Yo no sé nada, hijo—fué la respuesta—. Bien; os veré luego.

Volvió corriendo á su locomotora. Branton volvió á leer una vez más el telegrama de su jefe: «Escucho esta noche el programa de Harrisburg.»

Después de un par de horas de reposo, Branton volvió á su puesto en las horas de la tarde, y fué sorprendido cuando á las ocho de la noche el ingeniero, el capitán de la cuadrilla de reparaciones y un grupo de obreros aparecieron en la torre.

—Hemos puesto un pequeño puente provisional en la parte más afectada por el temporal—explicó el ingeniero—; ahora queremos escuchar algo de radiotelefonía.

—Entrad sin temor—respondióles Bran-

ton—. ¡Hola, Tomkins! ¿Usted también por aquí?

«Van á dar comienzo los despachos noticiosos de Harrisburg», dijo la voz del transmisor. Los visitantes demostraban gran atención.

«Filadelfia, Marzo, 29. Un tren especial, con más de cien personas, fué salvado anoche, cuando un agricultor que vive cerca de la torre W. del ramal del ferrocarril Midland que va á Pipestone oyó el llamado radiotelefónico, á fin de prevenir al conductor del tren mencionado que una parte de la vía se había desmoronado y deshecho por el temporal. En manifestaciones hechas hoy por mister E. H. Merriam, presidente del ferrocarril Midland, se ha anunciado que el mérito de todo se debe á Howard Branton, un joven vigía.

«Uno de los más horribles huracanes que se recuerdan azotó durante la noche última toda la zona que comprende las montañas de Allengheny. Branton supo que había partido un tren especial de socorro á la mina y se mantuvo en guardia.

«El...»

—¡Eh! ¿Por qué cortáis la comunicación?—dijo la voz de Tomkins cuando Branton desconectaba el aparato—. ¿A qué se debe esa gran idea cuando empezábamos á entrar en curiosidad?

—¡Conozco el resto por mí mismo!—respondió sonrojado Branton—. ¿Pero qué se ha hecho de la expedición de socorro? ¿Ha llegado á la mina? ¿De dónde han sacado los periódicos tanta materia prima?

—Yo les conté parte de ella—contestó Tomkins—. Me entró tanta curiosidad por la suerte de los mineros, que hablé por teléfono con el director de un diario de Jhonstown esta mañana. Esto me dijo que los que componían la misión de auxilio habían continuado el viaje en automóviles y la mayoría de los mineros ya estaban fuera de peligro. Entonces le hice saber lo que habías hecho anoche.

La brigada desfiló silenciosamente por la puerta para continuar su trabajo de reparación de vías.

Branton se encontró de nuevo solo, confuso, pero contento. Después de todo, su oportunidad había llegado en buena forma. Se interrogaba si Susana, Susana la de los ojos negros, habría oído algo de lo ocurrido. Quizás ella misma escuchó la transmisión de Harrisburg.

Probablemente un ascenso seguiría á la transmisión radiotelefónica, y probablemente también ella no seguiría pensando que él era tan torpe. Sus meditaciones fueron interrumpidas por el repiqueteo del telégrafo que ya había sido reparado:

«Orgullosa y feliz—decía el despacho—; lo he oído todo. ¿Cuándo te veré?—Susana.»

—¿Puedo mandar un despacho de contestación?—preguntó Branton al operador.

—¡Naturalmente!—fué la respuesta telegráfica.

—Voy en el primer tren—fué su comunicado á Susana.

HENRY F. PRINGLE

(Dibujos de Máximo Ramos)

# CINEMATOGRAFIA

## BUSTER KEATON

La expresión más difícil y singular en la comedia es la de la seriedad, con la que muy pocas veces puede provocarse una risa franca y mantenida. Sin embargo, Buster Keaton no se ríe nunca; y este solo detalle provoca en el público un sentimiento espontáneo y ruidosa hilaridad.

Este cómico *sui generis* presenta las situaciones más ridículas, sufre los descabros más fuertes, se exhibe con la indumentaria más deplorable, es blanco de las burlas más atroces, objeto de las sátiras más crudas, y pasa bajo el peso de las calamidades más dolorosas sin que ninguna de sus situaciones provoque en el ánimo del público el más leve sentimiento de conmiseración. Buster Keaton es un verdadero payaso genial, de la estirpe de los clásicos payasos ingleses, que hace reír al mundo con la máscara de su dolor y la figura doliente de su humanidad, desgarrada y sombría...

Difícil tema el suyo en el arte cinematográfico.

Buster Keaton, que es también escritor humorístico, de labor bien retribuida y apreciada en los grandes rotativos norteamericanos y entre los millones de lectores, es tipo perfecto, el aca-

bado del hombre que hace reír. Hasta dijérase que es un magnánimo del buen humor, que á fuerza de derrocharlo tanto, de dilapidarlo ante el público, se queda sin un solo adarme para sí, y goza con el propio dolor de sentirse abandonado por la alegría. Tal es, al menos, la sensación de su figura sobre la pantalla.

Verdad es que en los Estados Unidos la comedia es el género más socorrido: el chiste ligero, breve, sin grandes complicaciones, pero de fondo equívoco, da de comer á muchos cómicos que se pasan la vida repitiendo una misma farsa sobre los escenarios del arte hablado. En la pantalla, la comedia tiene muchos adeptos; pero pocos son los que hasta ahora han logrado imponer su carácter y su tendencia. Fuera de Charlie Chaplin, Max Linder, Harold Lloyd, Douglas McLean, del retirado Fatty y de Buster Keaton, los demás son figuras de poco valor, imitadores casi todos de los mencionados como primeras figuras de la pantalla.

Buster Keaton escribe, dirige y representa sus comedias, dentro de las que su personalidad es la sola nota culminante. Buster es un *yoísta* formidable, uno de esos *yoístas* incapaces de formar

reputaciones á su sombra, como en los casos de Harold Lloyd y Charles Chaplin. El primero de estos dos ha dado al cinematógrafo *estrellas* como Bebé Daniels y Mildred Davis. Chaplin ya se sabe que descubrió y consagró á Jackie Coogan como *estrella* de primera magnitud. Buster Keaton, en cambio, se ha hecho solo y para él solo, sin que los personajes que se mueven en torno suyo tengan derecho á reclamar el aplauso y la risa: son verdaderas sombras secundarias que únicamente sirven para realzar la figura central de Buster Keaton.

Buster Keaton ha sido un aventurero en la vida: uno de esos aventureros sanos á quienes circunstancias especiales empujan á una marcha hacia adelante, sin que les sea dado arrepentirse, para guarecerse á la sombra de la casa paterna. Nació en Pickway (Kansas), en un poblado que á lo sumo tenía un centenar de edificios. Pasó una vez un ciclón sobre Pickway, arrasándolo todo, dispersando por el país á los habitantes de la villa, que, de común acuerdo, convinieron en que aquello no merecía el honor de una reconstrucción. La familia de Keaton se dedicaba á la exhibición de fenómenos; pero después de ensayar con pocos resultados la misma profesión por los pueblos cercanos á la villa destruida, la familia Keaton y la familia Houdini resolvieron organizar un cuadro de variedades, que representaban por separado, pero conservando una íntima cordialidad fuera de la escena.

Buster Keaton se llamaba por entonces Joseph Francis; pero una vez, cuando gozaba ya de cierta fama como equilibrista, se desprendió de una altura considerable. De tal caída creyeron todos recogerlo medio muerto; pero Joseph Francis no había sufrido ni la más leve quebradura, ni el menor rasguño, por lo que Houdini lanzó una exclamación muy gráfica:

—*What a buster!*...

Y se convino después que el muchacho quedara confirmado por semejante nombre, que en inglés se emplea para designar á individuos empedernidos, tenaces...

Buster Keaton llegó á ser el personaje más célebre de la tropa ambulante. Su padre se valía de él para realizar suertes atrevidas, que muchas veces lo hicieron comparecer ante los tribunales de justicia para responder del cargo de crueldad que aquí se explota con harta frecuencia para los casos de divorcio, más que para las faltas contra los animales, vigiladas por una Sociedad protectora. El público que llenaba la sala de los Keaton se enfurecía ante la forma con que el padre explotaba las raras cualidades del hijo desvergonzado. El muchacho era arrojado por el padre hasta treinta pies de distancia, con la facilidad y despreocupación con que se arroja un mueble inútil; pero la verdad es que, en justicia, nunca se encontró mérito suficiente para castigar ni tachar de cruel á aquel padre que lo único que hacía era procurarse los medios de vivir, aun á costa de la vida que engendrara, se supone, con mejores fines. De modo que, después de haber sido arrojado de su pueblo por la fuerza destructora de un ciclón, Buster Keaton siguió siendo arrojado, ante el público, por el propio autor de sus días, en fuerza de necesidad...

•••••

Todos los biógrafos de Buster Keaton convienen en que esa su seriedad en la pantalla no es otra cosa que un reflejo de su melancolía en la vida. Esto no es cierto: Buster Keaton tiene todo lo que se requiere para considerarse dichoso, y lo es, en efecto.

—Yo—me decía una vez—soy un mártir de esta *pose*, que si la he impuesto es porque el género de comedias que explotó necesita de la seriedad para el éxito. Pero, amigo mío, créame que me cuesta gran trabajo no reirme algunas veces de mis propias ocurrencias. Y en cuanto á mi vida ordinaria, debo declararles que soy feliz.

Efectivamente, en muchas conversaciones que más tarde he tenido con Buster, si he notado que se guarda mucho de esbozar una sonrisa, me ha parecido adivinar en su espíritu la alegría del hombre que, siendo joven, lo ha visto y observado todo: Buster



BUSTER KEATON  
El cómico de la seriedad

Keaton no se ha separado nunca, voluntariamente, de los suyos; vive con su esposa Natalia Talmadge, hermana de Norma y de Constance, en un hermoso *bungalow* del elegante distrito de Wilshire, y á dos calles de distancia habitan sus padres, acompañados de sus hijos Henry y Louise, que concurren diariamente á una escuela superior.

Sólo una vez, llamado por el deber de la patria, Buster Keaton hubo de abandonar á su familia: marchó á la guerra en un regimiento de soldados, muchos de los cuales dieron su vida, derramando su sangre, en nombre de la llamada «Democracia Universal». Las balas respetaron la vida del notable cómico, que en aquella época, seguramente, pudo mantener á todas horas la expresión de seriedad que lo caracteriza en la pantalla...

De lo único que se entristece de veras es de la poca suerte que tuvo su ciudad natal, incapaz de sobrevivir para gozar de su gloria.

Cuando él refiere el desastre de Pickway, exclama con un gesto entre sentimental y cómico:

—Yo no podré llegar nunca á mi tierra, ni ser recibido por las autoridades y condecorado por las muchachas de mi pueblo...

•••••

En la calle Main, á las siete de la noche, la hora de mayor tráfico.

—No empuje.

—Perdone, pero me están empujando á mí.

—Me está usted deshaciendo un pie.

—Y á mí el estómago con este brazo...

—Perdóneme, excúseme...; pero me empujan los de atrás...

Y así, entre empujones, quejas y denuestos, logró llegar al centro de la aglomeración. Ante mis ojos se presentó un espectáculo digno de cafres: dos muchachos, robustos y ágiles, se golpeaban brutalmente; sus rostros mostraban tumefacciones dolorosas y chorreaban sangre. Cada golpe, como un trallazo, dejaba una marca cruel, suscitando comentarios de entusiasta aprobación en el seno de la multitud, ebria de gozo. Presidía el encuentro, encantado de ello, el policía de punto, hombre corpulento y sanguíneo, con modales plebeyos y lógica de bestia. Alguien lamentó á mi vera:

—Lástima que no esté aquí mi esposa. Lo que gozaría viendo esto...

Luego comentó la labor de los combatientes:

—El pequeño sabe más, pero el otro es más fuerte. ¿No le parece?

Hice un gesto ambiguo. Esto dió base á mi vecino para forzarme á una apuesta, que rehusé, asegurando no entender de «esas cosas». El se quedó ufano de su sapiencia en asuntos de boxeo...

El tránsito se congestionaba, se hacía imposible: las bocinas de los *autos* desgarraban una sinfonía estridente, angustiada. Así pasaron cinco minutos. Por fin terminó la contienda: el *fuerte* derribó á su adversario de un último y soberbio puñetazo sobre la nuca, y el infeliz cayó redondo, como fulminado por un rayo. Sonó un aplauso..., y el triunfador, indemne, erguido, marchó después de recibir las felicitaciones del policía, entre la admiración de la concurrencia.

Normalizóse el tráfico como por encanto. El policía pidió auxilio á un puesto de socorros. Sólo un pequeño grupo quedó frente al vencido, que resoplaba fatigosamente. Aseguré mi vecino después de palparle:

—No es nada. Mañana á esta hora puede aceptar otra pelea.

Y empeñado en preguntarme, inquirió nuevamente:

—¿No le parece?

—Repito que no entiendo de esas cosas—contesté, algo molesto.

Reparé en el que me hablaba: de estatura mediana, rostro ingenuo, cuerpo embutido en un abrigo monstruoso, manos enojadas con profusión. Su aire provinciano me hizo cambiar de actitud, y acepté la charla con aquel tipo pintoresco, dulcificando mi entonación:

—¿Usted piensa que se trata de un síncope sin importancia?

—Sí. Sólo tiene pequeñas contusiones. Una



PATSY RUTH MILLER  
Bellísima «estrella» de la Warner Bros

ducha helada lo pondrá en pie. El muchacho es débil... ¿No recuerda que se lo dije?

En aquel momento llegó la ambulancia con bocinazos de infierno y recogió al herido. La operación fué rápida y desprovista de mimo, como quien recoge un canasto de basura. Del mismo carro alguien bajó un cubo con agua, y limpió del pavimento las escasas huellas de sangre; todo esto en un minuto. El convoy partió veloz y alarante. Sobre el «terreno del honor» sólo quedaron dos chiquillos discutidores y sucios...

—Estos espectáculos me agradan sobre toda ponderación—me aseguró mi nuevo amigo—; usted podrá deducir: iba en busca de mi esposa y ha pasado la hora de la cita; ella, que conoce mi delirio sobre estas cosas, sabrá disculparme cuando la entere.

Alenté su morbosa inclinación declarándome su partidario, á fin de congraciarme; él estrechó mi mano efusivo, y como á la sazón pasáramos frente á un puesto de refrescos, me invitó á tomar algo. Acepté.

El establecimiento estaba lleno de gente. Una orquesta de negros estropeaba con acierto las cadencias de un vals: *Encantadora Susana*, que ha logrado popularizarse extraordinariamente. Mientras tomábamos cerveza, mi amigo hacía

una minuciosa apología del músculo. Su erudición no tuvo límites tratándose de deportes; todos le eran conocidos, y me dió cuenta de los más recónditos consejos de las hipologías nuevas...

Le escuchaba, cuando de pronto me asaltó una preocupación. ¿Dónde había visto anteriormente la cara de este hombre? Por más que forcé la imaginación, no pude descifrar la incógnita. Intrigado, clavé los ojos en mi amigo incidental y revolví ideas y recuerdos. Casi hipnotizado por mí, él amainó en su charla, y cuando la fatiga puso un punto en ella, creí oportuno felicitarlo por sus vastos conocimientos y contuve su charla inagotable, asegurándole que me era forzoso acudir á la casa de un amigo enfermo. El, galante, ofreció llevarme en su automóvil. Pagó el gasto y salimos á la calle. A una orden suya avanzó hasta nosotros, solemne, un flamante Cadillac. Yo me preguntaba, intrigado, mientras mi amigo encendía un cigarrillo: «¿Quién será este hombre?» Cuando, de pronto, mis ojos tropezaron con las cifras en oro de la familia «Talmadge», colocadas sobre la portezuela del carro. Eché sobre mi amigo una mirada definitiva: estaba hablando con Buster Keaton.

J. M. SANCHEZ GARCIA

# Elegancias

## LAS TENDENCIAS DE LA MODA

**E**N otro tiempo, cuando nos figurábamos á una inglesa de viaje, la representábamos siempre con un impermeable anchísimo, largo, poco elegante y confeccionado en caucho.

Todo ello ha cambiado. Nuestras damas más elegantes han adoptado el impermeable durante los días lluviosos, y excuso decir que éste se ha convertido en una prenda de gran *chic*, y que ninguna deja de desear que figure en su guardarrota. Se trata de una prenda práctica, de aspecto sportivo, que se confecciona tan coquetón como cualquier otro vestido femenino, sin que por ello pierda su carácter especial.



Vestido de crespón de China adornado con georgette plisado

Hay que observar algunas reglas particulares.

Los bolsillos, inmensos y uno en cada lado, deben ir abotonados de manera que el agua no entre en ellos. Los puños deben estar sujetos con una banda que los mantiene apretados; el cuello debe ser amplio, subido y muy cerrado. Dicho esto, podéis elegir las combinaciones que os inspiren los colores á la moda.

He visto impermeables de color *beige*, forrados de franela inglesa color naranja; otros de color marrón oscuro, forrados de *kasha*, color arena, y otros en crespón de china negro, el forro de franela á cuadros grandes blancos y negros. Con ellos se llevan una *echarpe* gruesa de lana igualmente con cuadros y un sombrero negro. El conjunto no puede ser más elegante y sobrio.

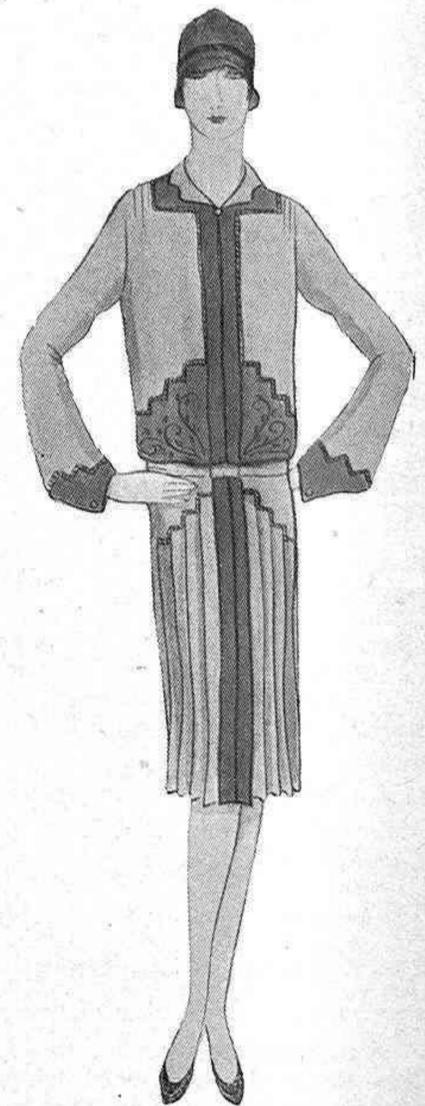
Una gran casa ha exhibido un traje cuya falda, de color amarillo, va bordeada de azul, y el cuerpo azul marino. Es un modelo muy apropiado para el *golf* ó para un día de excursión al campo.

Si creéis que debo y puedo daros un consejo, os diré que debéis escoger el impermeable, sencillo, elegantemente forrado y á la vez confortable y práctico. De él os cansaréis menos pronto y resistirá bien todos los chaparrones.



Vestido impermeable en piel verde aceituna

(Modelo Francis)



Vestido de «crêpe marocain beige» adornado con seda marrón y bordados en negro

Se puede asegurar que hoy todas las mujeres practican el *sport*. Las unas por higiene, otras por fantasía, por *plaisir* algunas, y por entretenimiento, actividad. é incluso por snobismo, muchas. De ahí hemos llegado á bautizar con el nombre de *sport* todos los ejercicios físicos, desde el más atlético hasta el más humilde.

La primera y más importante condición para que la marcha, por ejemplo, ó el *tennis* constituyan un verdadero *sport*, es la que impone llevar un traje adecuado y estar calzada con zapatos confortables y medias ligeras, pero de abrigo. No hay nada más ridículo que una media de seda transparente y de color delicado para recorrer los campos del *golf*. Sería imprudente decidirse á una excursión de campo con zapatos finos, de tacones Luis XV.

No; lo que hace falta es un buen zapato ancho, que entre bien el pie, con talón bajo y medias suelas anchas y fuertes.

Lo que más importancia tiene en el calzado, con respecto á la moda, son los cueros. Esos nuevos y raros, recientemente lanzados, como el cocodrilo, el *lezaro* y la serpiente. Estos interesantes animales proporcionan unas pieles de incomparable solidez, y esta cualidad les hace perfectas para tal uso.

Otra ventaja consiste en su limpieza, que resulta maravillosa. En un zapato de cocodrilo se obtiene un brillo que no puede conseguirse en los de boxcalf, y este detalle no deja de ser importante en el capítulo de la elegancia.

Otro refinamiento es la mezcla ó, mejor dicho, la oposición de dos cueros y de dos tonos. Por ejemplo: para el *golf*, un zapato de cocodrilo amarillo, con la punta de charol, y alrededor una banda estrecha del mismo cuero. Medias suelas, como ya dije, muy anchas, en *crêpe* blanco, que salen de la forma misma del zapato. Este zapato puede calificarse ideal por su confort y elegancia.

Para las medias de *sport* ha surgido este año una moda nueva: los dibujos geométricos, losan- ges, cuadrados, rayados, formando ángulos de- rechos ó agudos. Se hacen generalmente en dos colores: *beige* y marrón; azul lavanda y avellana, por ejemplo. El fondo de la media, de un color neutro, y el dibujo, muy poco marcado. Para conservar una nota elegante es necesario, en efec- to, evitar los colores agresivos, que marcarían demasiado violentamente un dibujo, vistoso ya por sí mismo. Un refinamiento que completa la acabada silueta de una dama sportiva es la de combinar el color de las medias con el del *jersey*.

Estas combinaciones geométricas tienen, sin embargo, un defecto, y es que hacen más gruesas las piernas; por lo tanto, no pueden recomendarse á las que de por sí ya las tienen algo gruesas. A éstas se les debe recomendar las medias con rayas de arriba abajo, que á la «vista» adelgazan.

Algunas muchachas han adoptado para el *golf* ó el *tennis* la media gruesa de lana en *tricot*, que resultan en ellas bonitas, porque entonan las figuras juveniles. Por otra parte, las manos diligentes de las jovencitas pueden hallar entretenimiento manejando las agujas y combinando ellas mismas los «puntos» difíciles, con los que obtienen resultados muy bonitos, capichosos y artísticos.—ELEHEME



Sombrero de seda con bordados en oro y una fantasía de esmalte. (Modelo Marguerite et Germaine)



Toca de fieltro azul marino con una fantasía de brillantes (Modelo Lewis)



Gorrita de fieltro con fantasía de plumas (Modelo Page)



Sombrero de fieltro moteado en tonos grises y «beige» (Modelo Hamar)



Sombrero de paja y fieltro en azul (Modelo Georgette)

Toca en picot negro con cinta negra ribeteada en rosa. (Modelo Louise Marsan). (Fot. Henri Manuel)

## LA MUJER MODERNA Y EL AUTOMÓVIL

Es indudable que desde que el coche automóvil es tan fácilmente manejable—que las mujeres pueden utilizarlo sin demasiado esfuerzo físico—, la opinión de las graciosas conductoras ha ejercido sobre la orientación y el desenvolvimiento de la industria automovilista una acción preponderante.

El refrán que dice: «Lo que la mujer quiere, también lo quiere Dios», es y debe ser el principio del cual parte el constructor de automóviles, consciente de la importancia del feminismo á la vez que del renombre y de la prosperidad de su marca.

En un tiempo no muy lejano, las mujeres guiaban coches con uno ó dos hermosos caballos. Eran, sin embargo, dos docenas en toda España. Comenzaba entonces la era del automóvil, y nuestras damas sentían por la mecánica un desprecio sin límites. Se preocupaban sólo del aspecto y de la decoración interior de los nuevos vehículos, reconociendo que el automóvil era digno marco donde encerrar sus bellezas.

Hoy los tiempos han cambiado mucho. La mujer conduce su coche como el más vigoroso é inteligente de los hombres. Adquiere ella misma su auto con una competencia extraordinaria en la elección de marca, y conoce la *panne* irritante, felizmente menos frecuente cada día.

El coche es hoy algo indispensable para la mujer moderna, que ya no desdeña la mecánica, sino todo lo contrario, puesto que sabe manejar perfectamente el volante y conoce á conciencia todos los secretos del motor.

Ocasiones hay, sin embargo, en las que su audacia, su conocimiento en la materia de conducir *autos* se estrella ante una *panne* extraña, que obliga á determinadas y fatigosas reparaciones.

En este caso, la mujer no puede tenderse debajo del coche, ni martirizar sus dedos, cuidadosamente pulidos, manejando llaves inglesas y otros útiles rudos y pesados.

No; felizmente, la mujer no ha llegado aún á esto. Ciertas cosas quedan reservadas para el sexo fuerte, justificando esto la conversación que he sostenido sobre el particular con una de mis amigas.

—Pero, ¿cómo se las arregla usted cuando le ocurre una *panne* en la carretera ó en el paseo, ó cuando simplemente tiene que hacer el recambio de una rueda?

—Muy sencillo—me contesta—. Yo nunca pongo mi mano en el motor de mi coche. Si es en la carretera donde me ocurre la avería, espero pacientemente el paso de otro coche para que el chófer me auxilie, lo que siempre consigo, y si es en el paseo, nunca falta un caballero galante que se preste á sacarme del apuro, lo que no impide además que se entable, primero, una conversación técnica, y más tarde, amistosa.

Lo corriente es que acabe por los vericuetos del *flirt*. Para que las manos femeninas desciendan á estos trabajos mecánicos, sería preciso que las piezas de un automóvil se convirtieran en algo tan delicado como los objetos del tocador.

Esto es imposible; pero hay que reconocer el esfuerzo que han realizado los constructores para conseguir la máxima perfección en el ajuste y precisión de las piezas, con el fin de evitar de un modo casi radical las *pannes* en la carretera ó en el paseo. Los coches tienen hoy una dirección suave; los frenos son potentes, y pueden ser manejados sin el menor esfuerzo. Esto favorece á la mujer, pues, por muy fuerte que ésta sea, carece aún en nuestro siglo (afortunadamente) de las fuerzas que sólo les están reservadas á los hombres. Mañana tal vez, el *sport* y la ausencia total de la coquetería femenina hagan el triste milagro de convertir á la frágil Fémica en rival odiosa del coloso Sansón.

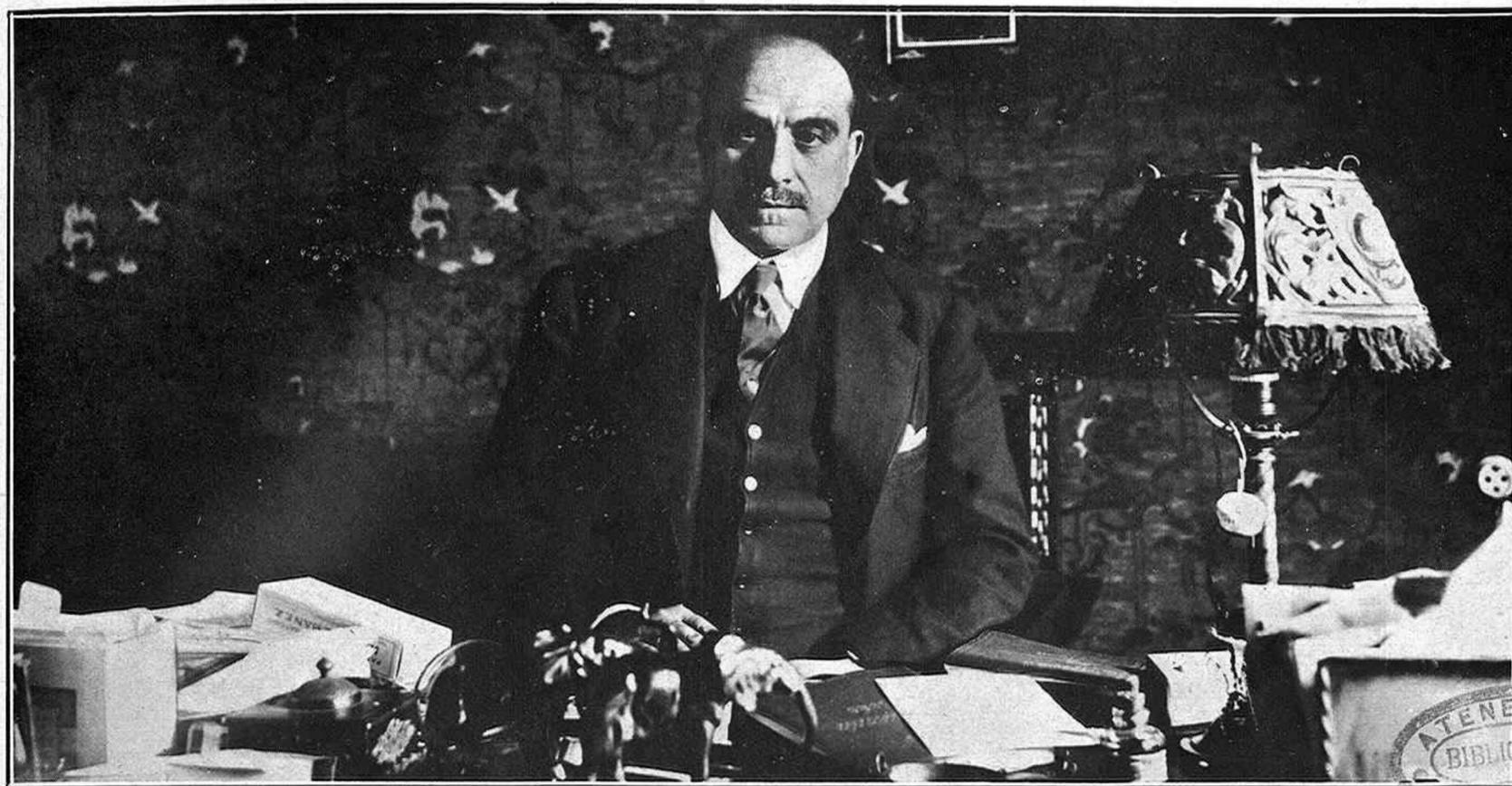
ANGELITA NARDI



Vestido para jovencita en «crêpe georgette» verde «amandes»  
(Modelo Romaine.—Fot. Manuel Frères)

## INFORMACIONES DE DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

## Hablando con el doctor Suñer, catedrático de "Enfermedades de la Infancia", de la Facultad de Medicina de San Carlos



El doctor Suñer en su despacho

(Fot. Díaz Casariego)

EL doctor Suñer, un hombre todo cordialidad, de mirar atento y penetrador, nos cede una butaca frente a la suya, cabe la mesa del fastuoso despacho donde recogemos estas notas.

Con la primera curiosidad del improvisado Ripalda reporteril: «¿Qué le aficionó a la especialidad de los «peques»?», él se ajusta en estos términos:

—Mi afición a la especialidad nació de una circunstancia fortuita. La Facultad (provincial entonces, hacia 1906) de Medicina de Sevilla marchaba con muy lamentables irregularidades. Los catedráticos por oposición que el Estado envió, y entre los cuales me encontraba, nos quejábamos—yo fui el primero de ellos—, con sobrada justicia. Hubo un ministro que decretó mi excedencia legal, y entonces, por razón de ley, fui colocado en la primera vacante de asignatura análoga. La casualidad hizo que ésta fuera la de Enfermedades de la Infancia de Valladolid. Joven y plétorico de entusiasmo, me abraqué con tesón a la nueva disciplina, y de aquí parte mi vocación, que me llevó, en 1921, a la Universidad de Madrid, previas nuevas oposiciones—acentúa tenuemente—, que gané.

—¿Puede decirme algunas palabras sobre la mortalidad infantil?

—En España tenemos aún una mortalidad infantil excesiva. Anualmente perecen, en los cinco primeros años de la vida, alrededor de 175.000 niños. A esta cifra hay que añadir la considerable de las demás edades, lo que trae a la mente una cifra poco menos que espantable.

—¿Cuáles son las causas principales de esa elevada mortalidad?

—Se condensan en estas dos palabras: ignorancia y miseria, a las que oponer cultura y «dinero». Ambos factores necesitan ser aumentados y aplicados coordinadamente. En este sentido se ha hecho mucho en los diez últimos años en favor del niño; pero todavía queda mucho por hacer. Una campaña *pro infancia* cordial é inteligente debe ser emprendida. Mis entusiasmos y esperanzas para el logro de estos fines los tengo puestos en la institución naciente, a la que he dado vida—¡ojalá llegue a ser larga y robusta!—: la Escuela Nacional de Puericultura. En ella se comienza a preparar una generación de personas competentes en los cuidados de la infancia; que sepan cómo hay que alimen-

tar al niño, vestirlo, bañarlo; que conozcan los momentos más salientes de su anormalidad y procuren llevar al seno de las familias las nociones de higiene más indispensables. De esta Escuela saldrán iniciativas de todo género, y si Dios me da vida suficiente, espero ver convertido en árbol vigoroso el tierno arbusto que ahora regamos con amor unos cuantos españoles. Pido desde las columnas de LA ESFERA protección al Gobierno, a las personas pudientes, a todos los buenos españoles para esta obra que espero será fecunda para el porvenir de nuestra Patria.

—¿Podría indicarme en pocas palabras los cuidados generales debidos al niño, apuntando a su delicada psicología?

—¡En pocas palabras—comenta—, cuando no es suficiente dilatados volúmenes para llenar tamaño cumplido! Pero, en fin... Los que vivimos entre niños—reanuda, roto un ligero silencio—, nos damos cuenta de la sagrada trascendencia de todo cuanto a ellos se refiere. El germen del hombre del mañana pide constantemente amor y desvelos. Los cuidados que el niño necesita deben siempre ser aplicados con inteligencia y técnica. El romanticismo del amor al niño, que permanece estéril cuando no pasa de la retórica de un lirismo trasnochado, no proporciona el menor bien. Para querer al niño hay que estudiarlo, trabajar y aprender los infinitos problemas que a la infancia se refieren. El mundo de los niños no está formado por un protoplasma homogéneo; no es una especie diferenciada y uniforme. Las diversas gamas que llegan hasta lo infinito del mundo de los hombres, existen, con su peculiar colorido, en la Sociedad infantil. El niño es héroe ó cobarde, ingenuo ó solapado, franco ó mendaz, robusto ó enclenque, gracioso ó pesado, educado ó montaraz. En suma, el niño tiene todas las facetas de una roca tallada minuciosamente y todos los matices del rayo de sol descompuesto en un prisma de cristal.

—¿Recuerda alguna anécdota curiosa que tenga por protagonista un niño?

—Sí. Nunca olvidaré a un pequeño enfermo de ocho años que, casi agonizante en una cama de mi clínica de San Carlos, quiso agradecerme mis cuidados cogiéndome las manos para decir: «Don Enrique, los pequeños nos vamos con el querer.» Era un muchachito campesino que dejó en mi alma un recuerdo imborrable. Y es que el niño, aun el más adusto y sin cultivar, pue-

de resultar un filósofo estoico a la hora de la muerte.

Y se cierra en pertinaz pausa, que abre al cabo él mismo con estas palabras:

—Imposible sería pretender atacar en los límites de una breve conversación los múltiples asuntos de tan alto y palpitante interés referentes al niño. Sólo su índice abarcaría muchas páginas. Pero, esencialmente, sobre que el Estado debe velar fisiológica, psicológica, terapéicamente por el niño, con esto, en conjunto a la campaña pedagógica, escolar, emprendida por el ilustre D. Luis Bello, la descentralización de las Inclusas, y más que todo, el primer peldaño para elevarnos a seres de perfección, *investigación de la paternidad*—subraye, previene—. He aquí por dónde debimos haber comenzado...

Tras un corto silencio, agrega:

—Pero vamos a terminar con algunas palabras referentes a las Inclusas—propone.

Y al detenerse dubitativo, como si no se atreviera a atacar tan trascendental tema, le atraigo a la charla con estas palabras:

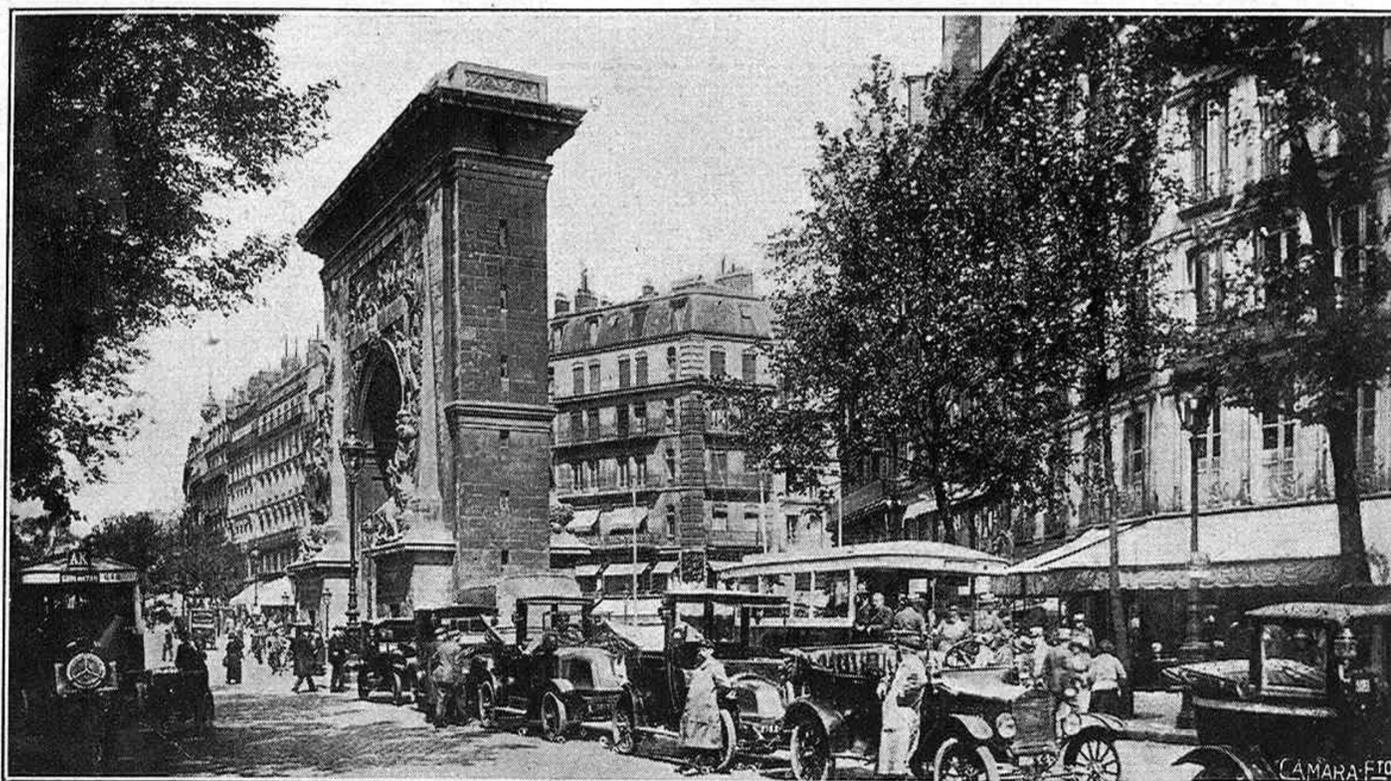
—¿Es usted partidario del actual sistema de Inclusas?

—Bien reciente, en una conferencia dada en Sevilla, dejé expuesto mi criterio. Y sostuve que, *en absoluto*, debe desaparecer el presente régimen de Inclusas... Antes de que continúe el régimen actual de Inclusas, que, por muy buena fe que todos tengan y por muy grande que sea el celo de las Diputaciones, como así es, cuyos resultados son fatales y lamentabilísimos para la vida del pobre niño abandonado, debemos buscar el remedio en la creación de asilos maternales; protección desinteresada al ilegítimo; en comprender que la mayoría son hijos más del amor que del vicio. Se debe suprimir la alimentación artificial, y sólo cuando sea preciso evitar un contagio se deberá recurrir al biberón.

Y termina:

—Creo que la finalidad práctica de los asilos maternales no deben ofrecernos un punto de duda. En muchos países ya están impuestos, y su funcionamiento es admirable. ¿Por qué, pues, no intentar establecerlos en España?... Le vuelvo a repetir: todo antes de que continúe el régimen actual de las Inclusas de España, exceptuando, afortunadamente, las de Barcelona, San Sebastián y Sevilla.

LORENZO RODERO



La Porte Saint-Denis en el Bulevar

A lo largo de los grandes bulevares, desde la Magdalena hasta la plaza de la República, se extiende, vibra, cascabelea ó solloza un poco del ánimo de París. De París, el viejo, que no tiene nada de común con este que le ofrece ahora, como una exposición, á los turistas trasatlánticos.

Cada momento, en los grandes bulevares, es un rostro distinto de París, la ciudad de las expresiones sin número. Nada de lo que no está consagrado por los grandes bulevares es verdaderamente parisiense. El fetiche de moda es necesario que entre en el mundo á través del cristal de una vitrina del bulevar de los Capuchinos. Una novela, para hacerse notoria, necesita que su nombre se grite desde el estante de un librero del bulevar de los Italianos. Para popularizar un cuplé, aunque este cuplé sea *Valencia*, es preciso que lo canten bajo la caricia de un acordeón los músicos callejeros que se asoman al bulevar por los anchos cauces del *faubourg* Saint-Denis...

El bulevar es todo eso. Y el comentario picante. Y la frase afortunada, estribillo insistente que dura tanto como los de los cuplés nacidos bajo una buena estrella. Un poco de color, un poco de aroma, otro poco de armonía. Los grandes bulevares principian en una de las tiendas de lujo de Lancel, el hombre que mató al efebo de su compañera, y acaban en un drama de Berstein creado asimismo por los bulevares.

El Café de Madrid, en el corazón del bulevar Montmartre, ha instalado en los balcones de su entresuelo un rótulo luminoso. Las lámparas de este rótulo son rojas y amarillas. Son «Madrid» resplandeciente; atrae á los españoles y á las pequeñas mariposas urbanas. En realidad, el Café de Madrid es tan poco español como cualquier otro café de los bulevares. Pero el transeunte desapasionado se da cuenta en seguida de que son españoles quienes lo suelen frecuentar. Porque es el único café de París en el que se habla á gritos y en el que alguna vez vibra una palmada. Las palmadas enojan á los camareros de París como si las recibiesen en el rostro. Y, sin embargo, estas palmadas son quizá lo único que justifica el nombre de este café.

Por este mismo bulevar Montmartre trota una pobre chica «de estas que llaman del partido» que ofrece una extraña particularidad: es coja. Camina apuntalada por dos muletas. Entre estas dos muletas, su pobre cuerpecillo es un péndulo triste. Y, no obstante, esta cojita tiene un abrumador «mote» muy popular. Se la conoce,

en efecto, por el cruel remoquete de *El terror de los bulevares*. Un amigo mío dice que la pobre muchacha le evoca á ciertos hombres sin inteligencia, no obstante lo cual viven de su pluma.

Puede que mi amigo tenga razón. Pero, en definitiva, esa especie de hombre es más frecuente que los peripatéticos mutilados. Y además, si fuesen cojos, no podrían escribir.

En un balcón, frente al pasaje Jefroi, funciona todas las noches un pequeño cinematógrafo que, entre cada dos fragmentos de película vieja, brinda á los espectadores un anuncio. Este pequeño cinematógrafo evoca á los saltimbanquis nómadas, que después de unos ejercicios de acrobacia primitiva pasan una bandeja. Las bandejas, en este caso, son los anuncios. Cuando éstos aparecen, los espectadores, en apretado haz sobre las márgenes de la acera, se vuelven de espaldas al balcón del cine, como se volverían ante la bandeja del *titiritero*. Se trata de un público que lleva la sordidez á todos los límites...

Desde el triunfo de la *Mome Moineau* en el Olympia, las muchachas que venden flores en los bulevares han ganado mucho en respetabilidad. La *Mome Moineau* también vendía flores, y ahora está cantando cuplés franceses en Nueva York. En realidad, lo interesante del caso de la *Mome Moineau* es lo vertiginoso de su carrera. Aparte de esto, en la historia de las estrellas de *music-hall* hay antecedentes mucho menos líricos que los de esta muchacha, hija predilecta de los bulevares.

El agente de orden público que cuida del buen orden de la circulación en la calzada de la Puerta de Saint-Denis se ha hecho popularísimo. Tiene tanta importancia como la Torre Eiffel. Los periódicos dieron la noticia de que se ha dejado la barba, como la hubiesen dado de un suceso trascendental. El buen hombre se había hecho famoso en París á favor de unos mostachos formidables. Sus guías llegábanle al pecho. Ahora se confunden con la barba, que es no menos copiosa.

Al anochecer se estrujan sobre las aceras miles de curiosos para contemplar al guardia barbudo. A causa de él, va á ser preciso colocar otro agente que cuide de la circulación de los pezones. Este otro, para pasar inadvertido, deberá ser un guardia afeitado.

Es posible que, andando el tiempo, el guardia peludo, á merced de sus bigotes, logre los premios académicos, á título de superviviente de una raza de hombres con pelos en el rostro. Entonces

podrá hombreadarse con los Fratellini, los tres clowns condecorados.

En los bulevares hay cosas que molestan mucho. Por ejemplo:

El vendedor del *New-York Herald*, que pregona su periódico en inglés.

La trotacalles de cincuenta años que ya no sabe sonreír y hace con la boca una mueca trágica.

Un español que se sienta en las terrazas de las cervecerías con sombrero ancho y coleta plegada sobre la coronilla.

Las fotografías amarillentas de la revista del Concert Mayol.

Los «hombres sandwiches», que son claudicaciones del género humano.

El que corre y atropella á los transeuntes para no perder el último Metro.

Los que interrumpen el tránsito para escuchar el *haut parleur* de la telefonía sin hilos de *Le Matin*.

El *haut parleur* bronco y metálico de la telefonía sin hilos de *Le Matin*.

Las señoritas de smoking y cabeza destocada que salen á pascar los bulevares en los entreactos de la función.

Los vendedores de periódicos que no se compran.

Los «amigos del escaparate».

Los enemigos de andar despacio.

El hombre alemán... ¡Oh! ¡El hombre alemán! Desde que la lamentable benevolencia de Francia nos ha puesto en ridículo á los francófilos, el alemán en los bulevares es más irresistible que nunca.

En el fondo todo París no es el bulevar, como todo Madrid no es la carrera de San Jerónimo, ni la calle de Alcalá. Pero debemos de inclinarnos ante la precisión del tópico. Los bulevares son un término medio entre el Luxemburgo y el Moulin Rouge. Es decir, la ciudad visible para todo el mundo. Pero si extendiésemos esta evidencia, los turistas creerán de seguro que somos nosotros quienes no conocemos París, y aun París mismo puede que nos echara en cara un pecado de desafecto.

El buen «hijo de Madrid» debe dar diariamente una vuelta á la Puerta del Sol. El buen parisiense debe de pasearse todos los días desde la plaza de la Opera hasta el *faubourg* Montmartre. Si el madrileño no es de Madrid y si el parisiense no ha nacido en Francia, estos tributos deambulatorios son inexcusables.

CEFERINO R. AVECILLA



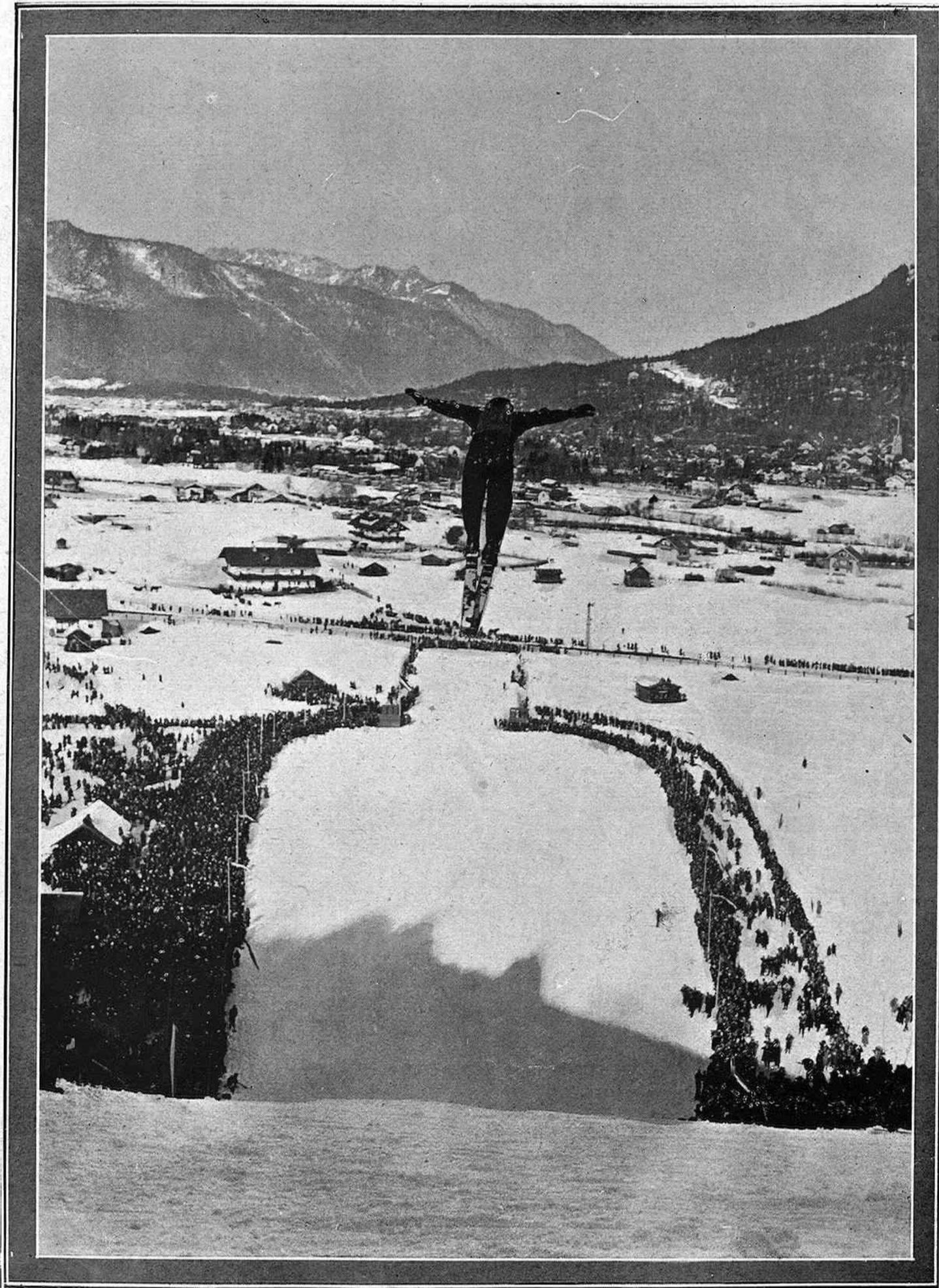
UNA  
SUBASTA  
SENSA-  
CIONAL  
EN  
LONDRES

El próximo día 16 de los corrientes tendrá lugar en el Christie's, de Londres, la venta, en pública subasta, de las joyas del Estado ruso. Estas alhajas, de extraordinario valor, fueron compradas al gobierno de los Soviets por un sindicato de joyeros ingleses. Tal

sindicato es el que ahora pone en venta sus adquisiciones, con objeto de liquidar el negocio. Se trata de una magnífica colección de joyas construídas en el siglo XVI por orden de algunos soberanos rusos, y especialmente por encargo de las emperatrices Isabel y Catalina II. En esta plana reproducimos las fotografías de las piezas más importantes, que son, siguiendo el orden de iz-

VENTA  
DE LAS  
JOYAS  
DEL  
ESTADO  
RUSO

quierda á derecha y de arriba á abajo: 1.ª, Broche de brillantes, esmeralda, topacio, dos zafiros y dos perlas, montado sobre filigrana de oro; 2.ª, tiara de diamantes con montura de oro figurando espigas de trigo: la piedra central es un espléndido zafiro; 3.ª, tabaquera de jaspe verde, con aplicaciones de oro y filigrana del mismo metal, construída en estilo del período Luis XV y guarnecida de brillantes; 4.ª, brazalete de brillantes y esmeraldas; 5.ª, corona de las bodas imperiales, guarnecida de más de trescientos hermosos brillantes montados sobre oro y plata; 6.ª, pendentif formado por dos grandes esmeraldas y varios soberbios brillantes; 7.ª, broche que lleva un solo brillante de 40 quilates, y cuyo tamaño es el mismo que tiene la reproducción fotográfica; 8.ª, brazalete de perlas y brillantes



Un espléndido salto del campeón bávaro de esquí Gustavo Müller, en el concurso nacional germano celebrado en Partenkirchen recientemente y al que asistieron todos los ases del deporte alemán de la nieve. Esta fotografía, tomada desde el trampolín, permite divisar el maravilloso valle de Garmisch (Fot. Agencia Gráfica)

## LOS DEPORTES

### CRÓNICA DEL «SPORT» UNIVERSAL

#### LOS CONCURSOS INTERNACIONALES DE NIEVE

Cuando el Comité de los Juegos Olímpicos anuncia su programa para el invierno próximo, en las pistas de toda Europa, aprovechando la estación propicia, se mueven los mi-

llares de aficionados al deporte en un afán jamás igualado de superar marcas y *records*.

En Polonia y Alemania se han celebrado recientemente los campeonatos nacionales, á los cuales han acudido millares de esquiadores, entre los cuales se dibujan jóvenes figuras prome-

tedoras de *ases* extraordinarios. Cuanto á los acostumbrados á vencer, las marcas obtenidas en carreras y saltos en las pistas de Garmisch, en el maravilloso patinadero de Partenkirchen, demuestran que el papel alemán en Chamonix será decisivo en las contiendas olímpicas.

#### EL CAMPEONATO NACIONAL DE ATLETISMO

La ciudad del Turia ha visto este año la más clásica organización atlética nacional. Todos los corredores seleccionados de la Península han acudido, siguiendo la costumbre iniciada hace doce



Del «match» de hockey entre los estudiantes seleccionados de Oxford y Cambridge.—Una arriesgada salida del portero de Cambridge, que rechaza oportunamente la pelota lanzada contra su puerta por los atacantes del equipo de Oxford



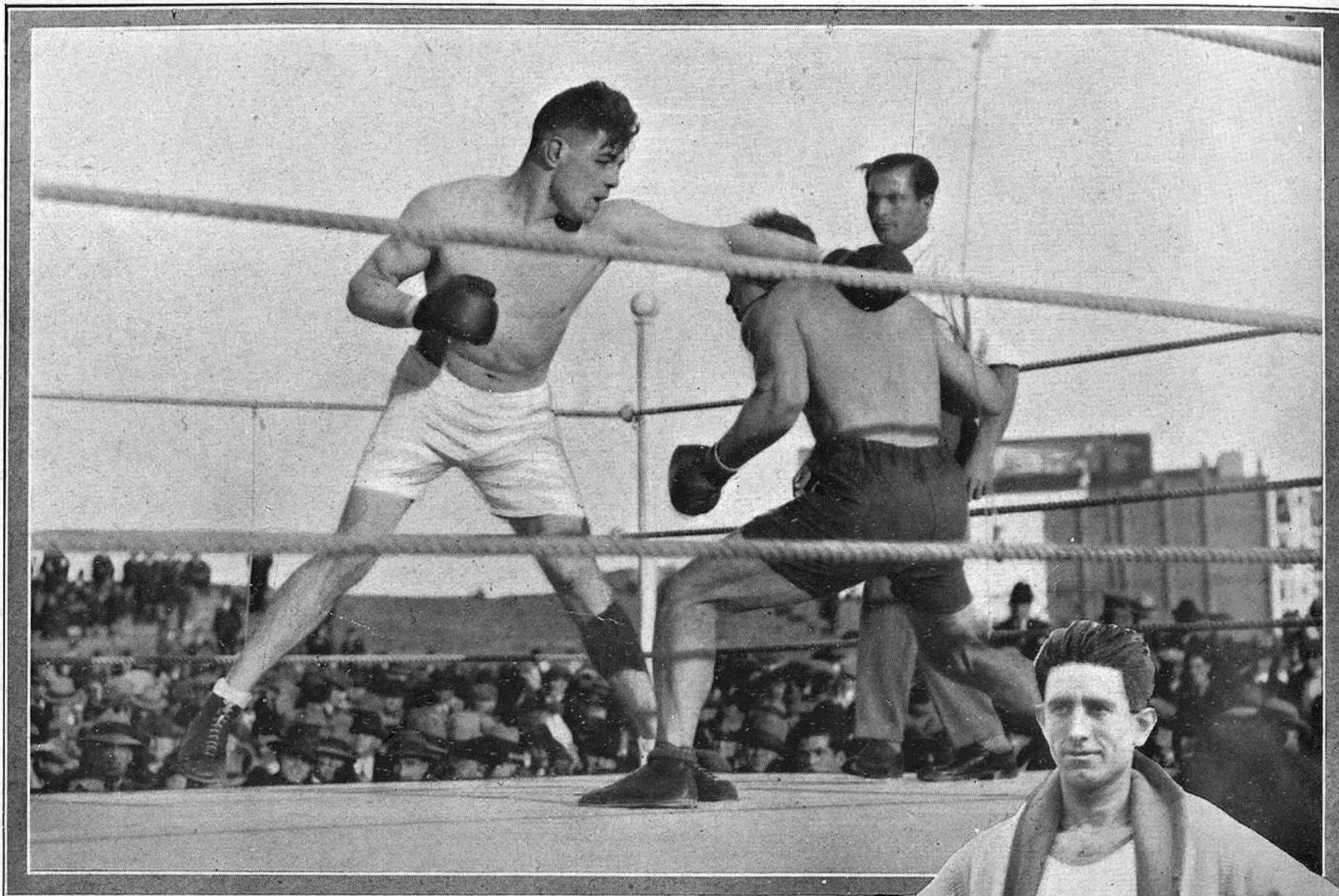
De la prueba de resistencia motorista del Yorkshire Moto Club.—Un piloto atravesando la helada charca del pésimo camino, en el que quedó aprisionado otro motorista, que trabaja con ahinco para sacar su máquina del atasco (Fots. Agencia Gráfica)

temporadas, al concurso que los levantinos han puesto en acción con indudable esfuerzo; y desde este punto de vista, y aunque no hayan faltado reparos de los intransigentes, el éxito ha sido cierto.

Pero aquí deben cesar las alabanzas al *cross* nacional. La clase atlética mejorada no ha aparecido por parte alguna, y siguen nuestros deportistas y las regiones todas en la misma situación que las dejáramos la temporada anterior.

Un año y otro confiamos en asistir á ese despertar esforzado que debe ir acercando nuestro atletismo al de allende las fronteras; y siempre, llegado el momento, nos vemos obligados á comprobar, cuando no un descenso, ese *statu quo* que es equivalente.

En Valencia, las regiones mejor preparadas, Vizcaya, Cataluña y Guipúzcoa, han llenado su papel sin excederse, distribuyéndose los lauros en una acomodación donde la lucha, si se exceptúan los lugares



Ricardo Alís, el campeón nacional de los pesos medios, durante su reciente combate contra el francés Egral, en Barcelona, del que resultó vencedor por puntos

de honor, no ha sido reñida. Por lo que respecta á Castilla, la inferioridad ha sido manifiesta con relación á otros años... en los cuales el papel tampoco fué brillante. ¿Falta de entusiasmo? ¿De entrenamiento? ¿De clase?

Probablemente de todo ello, y en abundancia. Desde que los impulsos de la Sociedad Cultural Deportiva—ya desaparecida—avivaron el ambiente madrileño con la noble rivalidad frente á la Real Sociedad Gimnástica Española, hasta este momento en que la veterana sociedad casi sola sostiene el pabellón, hay gran distancia en perjuicio del plazo actual. Apenas si varias sociedades de fútbol tienen escasamente atendido un grupo de atletas que al cabo es atraído por el balompié. ¡Triste suerte la del atletismo!

Por si ello no fuera bastante, en una ocasión, cuando á los muchachos se les ocurre agruparse y formar una entidad de afanes exclusivamente atléticos, muy homogéneos, la Federación cree su deber preocuparse de minucias; de detalles de entre bastidores, y realiza, finalmente, la pretensión que hubiera podido salvar el deporte al rejuvenecerlo, impidiendo la cristalización de esa entidad que podría haber obrado el milagro de traer nuevos tiempos de batallas deportivas empeñadas de las que únicamente pueden salir los hombres que faltan en la región.

No se puede, por tanto, atribuir ahora al fútbol, por falta de generosidad, el descenso atlético indiscutible. En el caso particular de Madrid, el fracaso es de todo: preparación, hombres y organizadores. Por lo que se refiere al más amplio problema nacional, si Vizcaya puede legítimamente ufanarse de un gran éxito y Cataluña de haber alcanzado el honroso segundo puesto, los triunfos son más bien singulares: de la personal valía de varios muchachos de una y otra región, cuya forma está por encima de la crítica generalizada, que culpa del fracaso del atletismo

nacional á la falta de entusiasmos colectivos y de espíritu organizador local acertado.

#### LOS BOXEADORES CAMPEONES NACIONALES

Nos referimos á los que se mueven dentro del territorio hispano. Esas figuras como Antonio Ruiz y Ricardo Alís.

La popular figura de Vallecas se ha lamentado del mal trato de que la crítica le hizo objeto con ocasión de su último combate frente al italiano Quadrini, afirmando que sólo á un defecto de entrenamiento se puede achacar la deplorable exhibición. Mas, ¿quién tuvo la culpa de que él precipitara su presentación al regreso de América? Seguramente no sería la crítica...

Respecto del campeón nacional de los pesos medios, Ricardo Alís, reiteradamente vencido por el francés Mclinat, su último combate contra Egral, un galo de segundo plano, acusa, por lo menos, un propósito de enmienda: el de suprimir desplantes y gestos de *film* en el tablado, que le censuraron hasta los adeptos incondicionales.

Los otros, Paulino Uzcudun é Hilario Martínez, siguen allá en Norteamérica abatiendo hombres y conquistando lauros. De este último, Tex Rickard no se ha recatado para afirmar que es uno de los hombres excepcionales en su peso, y de aquél..., bueno, de aquél emplearemos el comentario cuando él le explique á Maloney ó á Sharkey, sus probables rivales, cómo se dan puñetazos en euskaro.

JUAN  
DEPORTISTA

Amador Palma, el corredor vizcaíno que ha conquistado brillantemente el título de campeón nacional en la carrera á través del campo celebrada en Valencia  
(Fots. Sport y Vidal)



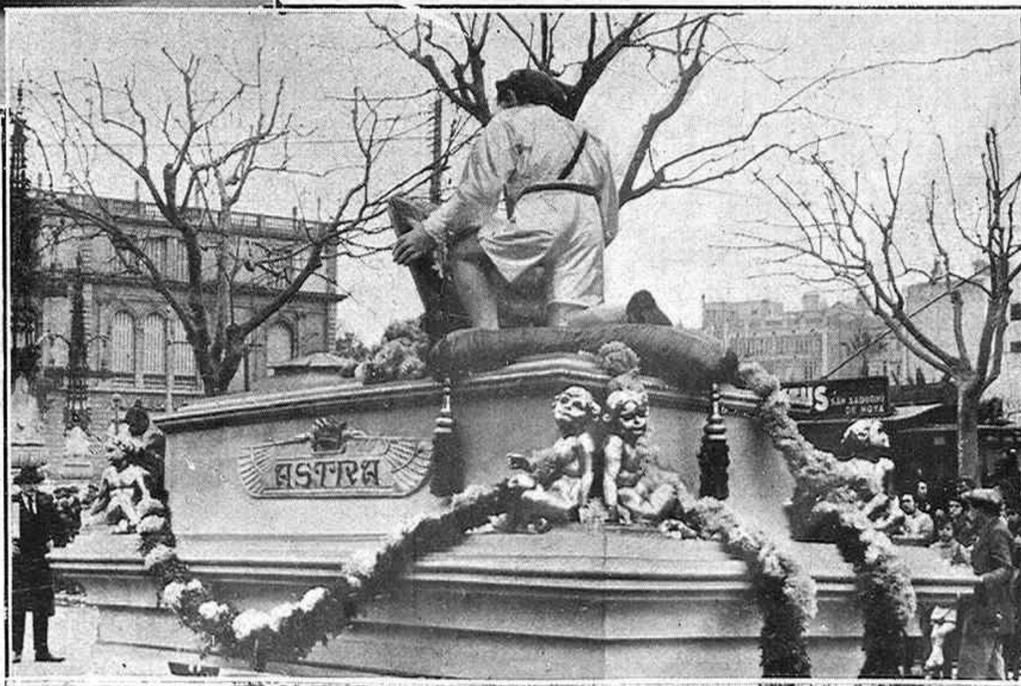


Madrid.—La inauguración de la temporada de carreras de caballos en el Hipódromo de la Castellana. El público en el «stand» ante el cuadro de afichaje de los jockeys en la tercera carrera. En el círculo, el caballo «Colindres», del conde de la Cimera, montado por Belmonte, ganador del Premio Retiro



*Una carroza que ha llamado la atención en Barcelona, durante los últimos  
 \* \* Carnavales \* \**

Una de las carrozas que más ha llamado la atención en este último Carnaval, fué la presentada por DESTILERIAS DE PLANTAS Y FLORES, S. A., elaboradora de los perfumes ASTRA, presentando su última creación NARCISSE DE FRANCE en un lujosísimo estuche que se ha impuesto actualmente como regalo de moda.

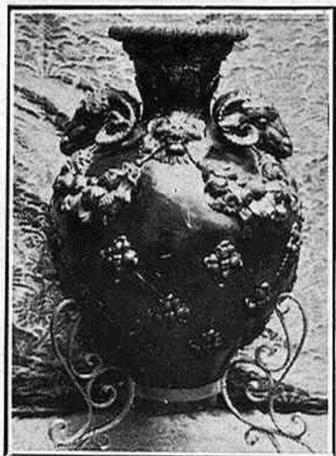


# LA ESCULTURA DECORATIVA PEDRO NAVIA CAMPOS



**DON PEDRO NAVIA**  
Gran escultor y ceramista extremeño

Desenvolviéndose con las dificultades propias del artista huérfano de protectores, ha luchado incansable por hacer conocer sus producciones y valor sus



**TINAJA RENACIMIENTO**  
Obra del escultor Pedro Navia

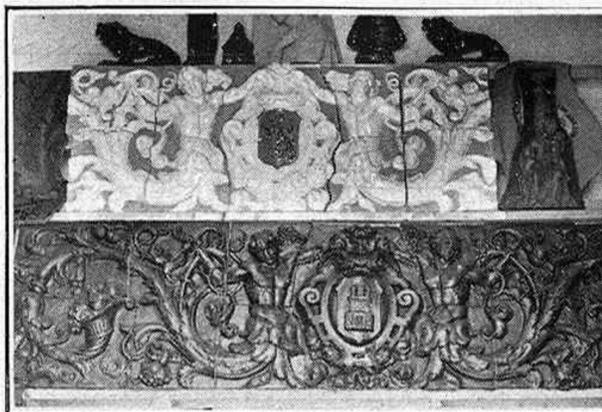
He aquí uno de los nombres artísticos cuyo prestigio ha sido alcanzado por méritos propios. Su constitución artística y su laboriosidad han sido los elementos contribuyentes al triunfo de su personalidad.

Necesaria ha sido la llamada del núcleo de artistas sevillanos para la decoración de los majestuosos palacios de la Exposición Ibero-Americana, y entre ellos hubo de elegirse.

méritos de exquisito temple; y cuando ha llegado el momento de medir la competencia, el Sr. Navia ha dado pruebas terminantes de su valía, siendo solicitado para que con su refina-

do gusto artístico ejecutase gran parte de la escultura decorativa de la Exposición.

Cuando tuvimos el gusto de saludar en su taller-estudio de Triana (Ruiseñor, 14) al inteligente escultor Pedro Navia, observamos detalles y trabajos maravillosos. Entre tantos que nos llamaron la atención, recordamos de momento: el boceto de una lápida á doña Antonia Labraña; boceto de la Virgen de Guadalupe, hecho para el Real Monasterio; en construcción, una fuente para la Fábrica de Tabacos de Málaga; y varias obras de frisos, ánforas y



**Frisos Renacimiento, obra de Pedro Navia**  
(ots. Dubois.—Sevilla)

jarrones de cerámica, verdaderas obras de arte.

Digno discípulo de Antonio Chuny, ha dado en todo momento notas de gran sentimiento escultórico, como lo demuestran los retratos hechos en bronce á D. José Ojeda, D. José Caballero, D. Francisco González y don Bernardo García.

Además de los trabajos indicados, ha ejecutado en decoración, para la iglesia de Santa Paula, unos medallones religiosos de un conjunto de detalles admirable, y para la de San Sebastián y San Francisco, de Almendralejo, diferentes trabajos en barro cocido.

Para las escuelas del Ave María de Granada ha regalado el Sr. Navia un magnífico busto del padre Manjón.

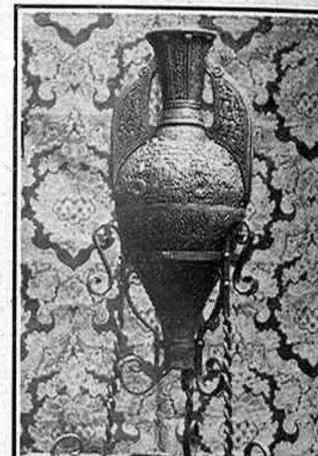
Tiene en proyecto, de lo que sólo pudimos ver el dibujo,

un monumento á Espronceda, para erigirlo en Almendralejo, pueblo natal también del Sr. Navia, que llamará poderosamente la atención.

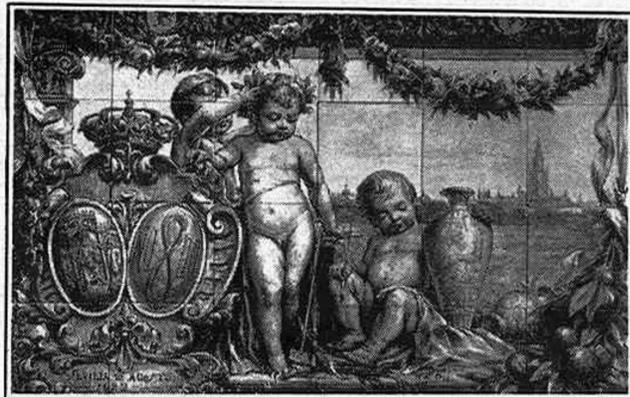
Tanto en la infinidad de trabajos que el gran escultor Pedro Navia ha realizado en distintos estilos de escultura y cerámica artística, como en las exposiciones á que ha concurrido con sus producciones, ha obtenido los más lisonjeros éxitos que acusan en la personalidad de este eminente artista condiciones excepcionales para el desempeño de su profesión



**MADROÑA**  
Obra del escultor Pedro Navia



**ANFORA ARABE**  
Obra del escultor Pedro Navia



**Viuda é Hijos de  
M. Ramos Rejano**  
Fábrica de Azulejos  
— Cacharrería —  
Cerámica Artística  
en general  
San Jacinto, 101  
SEVILLA (Triana)



## SANTIAGO GASCÓ

EN nuestra visita á Sevilla hemos tenido el gusto de saludar en su despacho de la calle de San Pablo, núm. 31, al inteligente escultor decorador don Santiago Gascó, que con tanto éxito ha contribuido en las obras de la Exposición Ibero-Americana.

El Sr. Gascó, dedicado á la profesión que actualmente le ocupa hace más de quince años, ha obtenido triunfos que le han situado en un plano digno de su gran competencia. Y como prueba palpable de ella, pueden observarse los trabajos que don Santiago Gascó ha realizado para la Exposición, que son las columnas de la plaza de América y solerías de mármoles de colores, habiendo ejecutado otros trabajos importantes ajenos á aquélla, y que patentizan el cimentado prestigio de que goza, tales como los monumentos á Colón, á San Fernando y á Martínez Montañés, pudiendo citar muchos más de ellos de no menos importancia.

Un detalle sobresaliente de la pericia del señor Gascó, que se muestra sumándose á las producciones que levantan su merecida fama, es el panteón á Luca de Tena, por el que ha recibido muchas felicitaciones á su buen gusto y técnica.

También se dedica con especial atención á trabajos de cantería, pavimentos, columnas de mármol y ornamentación en general.

## DECORACION Emilio García y García

AL hacer nuestra labor informativa por Triana, tuvimos el gusto de saludar al industrial D. Emilio García en su taller de la calle Requena, núm. 2.

Este joven y activo industrial, que desde los comienzos de su negocio—hace unos cuatro años—ha demostrado en todo instante aptitudes suficientes para la industria á que se dedica, hubo de expresarnos en nuestra entrevista, en forma documentada, su experiencia y estudio en lo que á materia decorativa se refiere, dándonos pruebas de ello el procedimiento que él sigue para decoraciones exteriores, sistema en barro cocido, y en lo que tiene puesta su especialidad con éxitos lisonjeros, dadas sus cualidades de economía, duración é impermeabilidad.

Además de esto hace toda clase de trabajos de decoración en yeso y cemento.

El Sr. García puede decirse que ha hecho su aprendizaje definitivo en la casa del Sr. Sánchez Dalp, en cuya decoración ha contribuido en gran parte, y que por su trabajo difícil y delicado ha sido necesario el completo estudio de su profesión.

Como testimonio á su competencia, baste saber que trabaja á la Empresa General de Construcciones, Casa González, Vías y Riegos, y á todos los cerámicos de Triana. Tuvimos ocasión de observar en su taller algunos trabajos de yeso y cemento que bien merecen la aprobación del espíritu más exigente.

## ELECTRO HARINERA DE CORTES

S. A.  
É C I J A

Esta es una de las entidades de Ecija que más cimentado prestigio tienen, tanto por la capacidad del negocio grande que desarrolla como por el beneficio que aporta su servicio á la población.

Fundada hace unos treinta años, no ha dejado un momento de velar por el bien y comodidad de los vecinos de Ecija.

Esta fábrica de electricidad, que suministra flúido á toda la población, es movida por un salto de agua en el Genil de unos 1.000 HP. de fuerza, el cual sirve, al mismo tiempo, para mover la gran fábrica de harinas, sistema Butler, que esta misma Empresa posee.

El Consejo de Administración, del que forma parte como presidente D. Juan N. Díaz Navas, y como director técnico D. Juan N. Díaz Custodio, tiene en proyecto la instalación de una red para el suministro de energía eléctrica á Fuentes de Andalucía, cuya fuerza procederá de la misma fábrica que actualmente funciona, constituyendo ello una de las mejoras más sobresalientes para aquella población.